

eTerciopelo

# El alocado mundo de Rebeca

DONDE EL RIESGO ES ENAMORARSE



VEGA FOUNTAIN

# El alocado mundo de Rebeca

(Donde el riesgo es enamorarse)

Vega Fountain



# **EL ALOCADO MUNDO DE REBECA**

Vega Fountain

**¿Y si el mayor peligro de trabajar en riesgos laborales fuera el de enamorarte de tu compañero de trabajo? ¿Y si no pudierais apartar las manos el uno del otro y convertís la oficina en un campo de juego sexuales?**

## **ACERCA DE LA OBRA**

Rebeca trabaja en el departamento de Riesgos Laborales de una empresa constructora, pero realmente el riesgo es ella: torpe, despistada, y parece llamar a las situaciones complicadas allá por dónde va.

Con los hombres no es mucho mejor; como asegura su mejor amiga Nadia, tiene el radar activo para encontrarse con tíos raros, niñatos, hombres casados... las veinticuatro horas del día.

Conocer a Carlos, un nuevo compañero de trabajo, no es una excepción. Y, para colmo, tiene encontronazos con él todos los días, pues su jefe se empeña en juntarles continuamente; lo que ha puesto a Rebeca al borde de un ataque de nervios.

Sin embargo, cuando está a su lado sale su lado más borde y chulo, y ese tira y afloja les pone a ambos; no se soportan y cada uno ve en el otro la antítesis de lo que ha buscado en el amor, pero... la vida tiene riesgos y uno de ellos es enamorarse...

## **ACERCA DE LA AUTORA**

**Vega Fountain** es ingeniero técnico agrícola de formación, nunca hasta ahora había escrito una novela.

Empezó a hacerlo como terapia y poco a poco ha ideado personajes e historias que le gustaría encontrar en los libros que lee compulsivamente.

# Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

1. Situaciones embarazosas, relaciones equivocadas
2. ¡Necesito el plan ya!
3. Quedada frustrada
4. Operación despiporre
5. Resaca de campeonato
6. De excursión
7. Comida infernal
8. Viernes, sola en casa
9. ¡No me persigas!
10. Semana intensa
11. Jueves de chicas
12. Fin de semana
13. Acabemos de una vez
14. Comienzo de semana
15. ¿Cómo lo arreglo?
16. Tiempo para pensar
17. Improvisando
18. Fin de semana alocado
19. Trabajo, viajes, novedades
20. Cambio de compañía
21. Tregua

22. Tregua y armisticio
23. Seamos serios
24. Inventando excusas para no salir
25. Encuentros furtivos
26. El riesgo me pone
27. A mi despacho, ¡ya!
28. ¡Fuera el luto!
29. Tiempo para mí
30. Flaqueando
31. Recursos humanos
32. ¿Esto es lo que querías? Pues lo has conseguido
33. Búsqueda activa de empleo
34. Siempre llamo a la desgracia
35. Mimos, mimos y más mimos
36. Rehabilitación
37. Mujer de armas tomar
38. Asimilando información
39. Organizando mi vida
40. Empiezo a aburrirme y a desesperarme
41. Nervios
42. Primer día de trabajo
43. Calma
44. Chispas
45. TSNR
46. ¡Soy su novia!
47. TSR

Epílogo: Tiempo después

Créditos

Para Quique y Nicolás,  
por vosotros sigo adelante

## Situaciones embarazosas, relaciones equivocadas

*M*ujer, treinta años, blanca, de estatura media, delgada, pecosa, con ojos claros y pelo color ceniza. Esa sería la descripción de mi aspecto físico, la apariencia externa; en cuanto a mi carácter y mi forma de ser, nada que ver.

Desconozco la razón, pero tengo un imán para verme involucrada en situaciones embarazosas, complicadas y algunas veces hasta increíbles si no se debiera a lo cómicas que resultan.

He de señalar que soy un poco patosa, bueno, ¡para qué mentir!, soy un pato mareado, y muy torpe; me tropiezo sin motivo. Donde aparentemente no hay peligro yo puedo sufrir un percance, vamos que atraigo la desgracia. También me considero algo despistada, y eso hace que todo se acentúe. Me suceden contratiempos cada dos por tres.

En cuanto a mis relaciones personales, no no es que anden mucho mejor. ¿Qué habré hecho yo para merecer esto? No lo veo venir. O bien por mi ingenuidad o porque el peligro me motiva, ¡vete tú a saber!

Mi última relación estable, por expresarlo de alguna manera, fue con Andrés, un chaval. Un universitario que me hizo ir de fiesta en fiesta, beber más de lo que estoy acostumbrada y seguir un ritmo que por mi edad ya no me correspondía.

No es que me considere una vieja, me gusta la juerga cosa mala, sin embargo una ya no está para estos trotes. Con Andrés mantenía una dinámica agotadora para mí. Él carecía de límites, y claro, yo como soy así... pues allá iba a intentar igualarme a unos chavales que pueden con eso y más. Confieso que reviví una segunda adolescencia con Andrés, y llegó un momento en el que ya no podía más. Como reza el dicho: «el que con niños se acuesta, cagado se levanta», y eso me pasó. Andrés era muy crío, no me lo pasé mal con él, en realidad no era eso lo que buscaba... y esa fue la razón por la que todo acabó.

No me enamoré; aunque me gustaba bastante, de ahí al enamoramiento había mucha distancia.

Del que creo que sí que me enamoré fue de Sebas, y tampoco lo vi venir. Ese era un tío hecho y derecho, uno de esos que con solo su presencia dices: «Madre mía de mi alma y de mi corazón». ¡Qué porte! ¡Qué educación! ¡Qué saber estar! Pues sí, era todo eso y más, no obstante había una tara, como en casi todos estos casos, estaba casado y tenía dos hijos. Un «pequeño detalle» que omitió y que llevó a que todo finalizara en cuanto me enteré. ¡Miento otra vez! No terminó de forma inmediata. ¡Lo reconozco! ¡Era imposible para mí dejarlo sin más! Sentía tal atracción por él que me costó más de la cuenta romper la relación. Algo en mi interior me decía que todo debía acabar.

Yo no quería entrometerme en una familia, pero por otro lado, no me importaba nada más que Sebas y yo. Al final mi cordura, por poca que parezca, venció a mi inconsciencia y todo finalizó. No sin nuestros encuentros furtivos, desesperados y clandestinos desde que descubrí que había alguien más esperándolo en casa. Esos momentos eran pasionales a tope, lo hacíamos desesperadamente, como si quisiéramos agotar todos los cartuchos, despedirnos y, por qué no decirlo, dejarnos con ganas de más, con la esperanza de algún que otro acercamiento más.

Finalmente, la cruda realidad se impuso y zanjé el asunto. Actué como cuando dejé de fumar, me lo propuse y aunque tuve mis recaídas, con fuerza de voluntad lo conseguí. Llevo casi diez años sin dar una calada y estoy orgullosa de ello.



## ¡Necesito el plan ya!

Como todos los días ya me encuentro en la oficina. Trabajo en una empresa constructora con proyectos importantes en el país y fuera de él. Formo parte del departamento de Prevención de Riesgos Laborales en el que llevo varios años.

Entré de la forma más tonta. Un día en un bar, tomando un café, oí al que ahora es mi jefe hablar con otro de la necesidad de incorporar a la plantilla a alguien con conocimientos en riesgos laborales. Como tengo mucha cara y justamente acababa de terminar un máster en prevención me presenté ante de ellos —ahora reconozco que una cosa era lo impartido en el máster, y otra la realidad—, sin embargo yo, muy valiente y osada, dije que sabía de lo que hablaba, que prácticamente era la chica adecuada para el puesto y que si me dejaban ir sería la mayor estupidez que cometerían en su vida.

Concertamos una entrevista y aquí estoy. Se ve que no lo hago mal del todo, porque continúo en mi puesto. Mi esfuerzo me ha costado, me ha tocado ponerme al día, empaparme de toda la normativa vigente y seguir formándome además para desempeñar mi trabajo de la mejor manera posible. Junto con dos compañeros más redactamos los planes de seguridad y salud de las obras que realizamos. Estoy un poco quemada, pero bueno, busco en otros lugares, aunque de momento no doy el paso de irme.

—Buenos días, Rebeca. Necesito el plan de la obra que vamos a iniciar en Majadahonda —saluda uno de mis jefes al otro lado de la línea telefónica.

—Buenos días, Ernesto, finalizo unas cosillas y te lo entrego —digo, mientras compruebo en mi ordenador lo que me falta; parece más de lo que pensaba en un principio.

—Rebeca, necesito ese plan ya —insiste con sus modales correctísimos en tono autoritario.

—Sí, sí no te preocupes Ernesto... —El ruido de la línea me indica que se ha cortado—. ¡Mierda! Ahora se va a pensar que he colgado para no darle explicaciones, ¡joder! —comento en mi cubículo en voz alta.

Pruebo contactar con él en vano ya que la señal ha muerto, ahora ni siquiera se oye ni pitido ni nada. El más absoluto de los silencios. Ya me advirtieron que esto podía pasar, en ocasiones las comunicaciones se cortan sin previo aviso. Decido investigar en un intento de solucionarlo, además necesito la conexión telefónica para recibir y mandar correos, llamar a mi jefe de nuevo y más funciones. El día que la tecnología cae, ¡morimos!

No hay manera, cuelgo y descuelgo, y nada. Mi compañero de al lado me explicó que a veces la regleta se desconecta, que es mejor desenchufar y volver a enchufar de nuevo. No me extraña que todo vaya mal, hay enchufes conectados a otros, es lógico que esto pase cada dos por tres.

Allá voy, aun a riesgo de cometer una catástrofe mayor, me agacho, me pongo a cuatro patas debajo de mi mesa y encuentro la dichosa regleta escondida entre la pata de la mesa y el archivador. Me estiro para alcanzarla, alargo el brazo todo lo posible cuando de pronto la puerta se abre y me gritan.

—¡Rebeca! ¡Por el amor de Dios! ¿Se puede saber qué está usted haciendo así? —grita mi jefe enfadadísimo.

Puedo entenderlo perfectamente, ha abierto la puerta y me ve de esta guisa con el culo en pompa, no es muy profesional la verdad.

Al oír mi nombre me he levantado de repente y me he clavado las horquillas en la cabeza al chocar contra el tablero de la mesa. Lo merezco. Otra de mis magníficas ideas, como tenía el corte de pelo algo descuidado, no se me ocurrió nada mejor que coger unas tijeras para arreglar el flequillo. Un poco por aquí, un poco por allá... y claro, el desaguisado fue grande. Ahora no me queda más remedio que llevar unas horquillas para disimular hasta que no me crezca. La próxima vez acudiré a una peluquería, ¡lo prometo!

—Se ha cortado la comunicación y busco cómo solucionarlo —contesto a la vez que reculo para salir de debajo de mi mesa.

—¡Deje eso ya! —vocifera mi jefe.

Como puedo me levanto e intento recobrar mi dignidad, entonces veo a Ernesto, mi jefe. Un hombre maduro y feo. Porque es feo el pobre a más no poder. No digo que no sea amable y buena persona, pero es feo. Calvo, con más pelo en sus orejas que en la cabeza, con una barriga que simula un añadido a su cuerpo delgado y unas piernas demasiado flacas para sostener

esa barriga, así que parece un balón con dos palillos clavados. Es algo raro. Está parado en mi cubículo con un chico a su lado. El chico en cuestión tendrá más o menos mi edad. Es alto, moreno, con el pelo corto en la parte de la nuca y un poco más largo arriba, de ojos oscuros y un cuerpo bien formado. Para una primera impresión lo he catalogado con nota alta; es lo que tiene ser amiga de Nadia, nadie describe y clasifica a los chicos tan rápidamente como ella. Él me mira entre divertido e incrédulo.

—Rebeca, te presento a Carlos, es el nuevo arquitecto técnico que va a formar parte de nuestro equipo.

—Hola, Carlos —saludo mientras me aliso la camisa y los pantalones. Me dirijo a darle dos besos, sin embargo tropiezo con el pie de Ernesto, con tan mala suerte que caigo sobre los brazos del chico, que logra cogerme antes de que me descalabre las rodillas en el suelo, adoptando una postura penitencial con mi boca a la altura de su bragueta, ¡lo de siempre! Sufro una situación cómica y embarazosa.

—¡Cuidado! —advierde Carlos algo asustado. Me ayuda a incorporarme y nos damos dos besos.

No sé ni qué hacer. Mi presentación ha sido apoteósicamente desastrosa. El caso es que empiezo a acostumbrarme a este tipo de situaciones, aunque no me gusta ser tan torpe.

Después de las presentaciones, mi jefe me vuelve a reclamar el plan de seguridad al que estoy entregada, y solícita intento convencerlo de que más pronto que tarde estará listo y se va con Carlos. Creo que no se ha creído nada de lo que le he dicho, más bien no ha querido seguir con la bronca por la presencia de Carlos, lo tengo casi claro. Mejor.

## Quedada frustrada

Como hoy es jueves hemos quedado las chicas y yo para cenar. Llevamos planeando meses este encuentro, no es que no nos veamos con frecuencia, nada de eso. Es que hemos reservado en un restaurante que se ha puesto muy de moda y hasta el día de hoy no nos daban mesa. Solemos cenar fuera de casa los jueves, hay bastante gente por ahí, además nos va la marcha. Así que la noche promete.

He salido más tarde de trabajar que nunca y es que el dichoso plan pedido por Ernesto se las traía, pero he cumplido y lo tiene sobre su mesa. Menos mal que cuando he ido a entregárselo permanecía reunido, mejor así, me he ahorrado la reprimenda por el retraso, por la escenita de la mañana y por todo lo demás.

Vivo relativamente cerca de mi trabajo, puedo ir andando si quiero o en transporte urbano. Tomé la decisión de mudarme de casa de mis padres cuando me hicieron el contrato indefinido aquí, si hubiera seguido viviendo con ellos me hubiera tenido que comprar un coche, tardaba cerca de una hora en llegar a casa desde el trabajo y viceversa. Eso lo soporté una temporada, poco después tuve que buscar otra alternativa, no era viable.

Como es comprensible, comparto piso con dos estudiantes, son dos chicas que haciendo honor a la verdad no me suponen ningún problema, están supercentradas en sus estudios y son de fiar. Además una de ellas se va todos los fines de semana a su casa, así que apenas nos vemos. Ellas asisten a clase o estudian cuando yo trabajo y no solemos coincidir. Nuestro piso es bastante pequeño y, por extraño que parezca, nos encontramos más bien poco. El salón distribuye prácticamente toda la casa, cuenta con tres puertas, dos de ellas dan a las habitaciones de mis compañeras y la otra a la entrada que tiene otras tres

puertas, la de la cocina, la del aseo y la de mi habitación, se podría decir que soy yo la que vive aislada. No me importa en absoluto.

Llego cargada con bolsas a casa, he aprovechado para pasar por el supermercado y comprar unas cuantas cosas, he pecado como casi siempre. He comprado guarradas varias, comida poco saludable, que en momentos de bajón viene genial y también he pecado en la sección de cosmética. Soy una apasionada de los potingues, no suelo maquillarme, sin embargo, cremas, exfoliantes, perfumes, mascarillas, sérums, geles, sales... me privan. Antes fumaba y ahora me lo gasto en este tipo de cosas, es mucho más saludable, ¡por supuesto!

Llamo al telefonillo porque no soy capaz de encontrar las llaves en mi bolso, espero que alguna de mis compañeras se encuentre en casa. ¡Bingo! Mila está en casa. Mila estudia enfermería y es una empollona. No falta a clase nunca, es muy disciplinada y muy buena niña. Es la que todos los fines de semana se va a visitar a sus padres que viven en otra ciudad.

Mientras subo en el ascensor valoro cuál de los productos nuevos que he comprado voy a estrenar. Hoy debo ir divina de la muerte, me apetece mucho ir con mis amigas a ese local. La comida tiene muy buena crítica y el sitio es espectacular.

Tengo el tiempo justo para arreglarme, al salir más tarde del curro se me ha echado el tiempo encima. Me suena el teléfono. Miro. Es Nadia, una de mis mejores amigas, no sé qué querrá, si nos vamos a ver en pocas horas. ¿Lo cojo, no lo cojo...? No sé qué hacer. Descuelgo.

—¡Hola, loca! —río.

—Hola, Rebe, cambio de planes si tú quieres —comenta apesadumbrada.

—¿Qué ha pasado? —pregunto incrédula.

—Pues que Susana tiene a la nena malita —añade tristona.

Susana ha sido mamá hace relativamente poco, su bebita tiene unos seis meses y está prácticamente enferma siempre, o esa es la sensación que a mí me da. Habíamos conseguido que se desprendiera de su hija durante unas horas para poder disfrutar las unas de las otras, pero se ve que no va a poder ser.

—¡Vaya! ¡Qué faena!, me apetecía quedar con ella —comento sincera—. Además creo que le vendría bien desconectar un poco y dejar de hablar de pañales, biberones y todo lo demás —apostillo.

—¡Ya! A mí también, aunque ya sabes... si sale no va a estar tranquila, es normal.

—¿Sonia? —indago.

—Con fiebre —contesta Nadia—. Me ha llamado y me ha contado que ha pasado toda la noche en urgencias. No consiguen bajarle la fiebre y no saben por qué.

—¡Menudo plan! —exclamo frustrada.

—¿Abortamos la operación despiporre?

—Pues no sé, si no vamos todas como que no me apetece la cena en el restaurante.

—¿Salimos tú y yo? —propone.

—¡Vale! —Acepto cualquier plan. Me gusta salir por ahí, divertirme y pasarlo bien.

Sin tiempo que perder me arreglo. No ha prosperado la «Operación Despiporre», como la ha denominado Nadia, eso no es impedimento, siempre encontramos alternativa con tal de disfrutar. El modelito que había escogido con mimo para la ocasión lo dejaré para más adelante, no sé qué haré con Nadia, supongo que poco o nada tiene que ver con lo planeado. Me visto con unos pantalones pitillo negros y una blusa color rosa pálido, taconazo, bolso, un poco de maquillaje y ¡a quemar la noche!

## Operación despiporre

Nadia y yo hemos quedado donde solemos. Un bar del que somos asiduas, allí tomamos unas cañitas o copas, depende del momento, servidas por unos camareros guapos y simpáticos. Un lugar con buena música y ambiente.

—¡Hola, loca! —me saluda Nadia haciéndose notar. Ella sabe que gusta y eso lo utiliza en beneficio propio. Algo loable.

—¡Hola, bombón! —digo a la vez que repaso su *look*. Siempre va a la última y se saca partido.

Comenzamos a hablar, a contarnos nuestra semana. A divagar sobre lo divino y lo humano mientras nos tomamos unas cuantas cervezas. Caen una tras otra sin medir muy bien las consecuencias. Nos reímos, nos lamentamos por nuestras amigas, ellas no están con nosotras, pero ya nos encargamos las dos de pasárnoslo bien por todas. Tanto hablar y tanto reír nos ha hecho perder bastante tiempo. Es lo que tiene. Cuando estás a gusto, las horas transcurren rapidísimo y no te das cuenta. Es demasiado tarde para ir a un restaurante a cenar, y si continuamos sin meter nada en el cuerpo podemos terminar muy perjudicadas.

La última opción, es un local de comida rápida, ya sea hamburguesería, pizzería, comida turca, china o algo parecido. En definitiva, algo rápido, barato y para salir del paso. La elección unánime ha sido la pizzería. Entramos riéndonos a carcajadas por no sé muy bien qué lindeza que ha soltado Nadia, y es que en su trabajo será muy seria, pero cuando sale se transforma. Trabaja como auxiliar en una farmacia, donde es una niña muy resuelta y responsable, en cuanto atraviesa la puerta, se vuelve una loca redomada. Eso es lo que más me gusta de ella. No sé por qué, habitualmente acabamos ella y yo solas. Cuando vamos todas juntas, Susana es la primera en irse. Hemos modificado nuestros horarios por ella, al tener a la pequeña Nuria solemos quedar más

pronto y ella no tarda en volver a su nueva vida. Sonia anda medio liada con un chico y las primeras horas las pasa con nosotras y el resto lo aprovecha para disfrutar con el maromo en cuestión. En definitiva, las más degeneradas son las últimas en irse a casa, es decir: Nadia y yo.

He sufrido un pequeño percance con la cazadora que llevo, al subirme la cremallera he debido pillar parte de la tela de la camisa y me encuentro en apuros. No sé muy bien qué hacer, si subo la cremallera puede que siga cogiendo tela de la camisa y aumentará el problema, si por el contrario la bajo puede que rasgue la camisa con un agujero considerable. Así que aquí estoy en la pizzería esperando a que nos sirvan lo que hemos pedido y muerta de la risa por no saber qué hacer, además de asada de calor. Eso sí, ¡voy guapísima!

—No mires —suelta Nadia. Y basta que diga que no haga una cosa para que no pueda evitarlo—. A las doce en punto —añade para indicarme la posición del objetivo.

Me giro de forma descarada y veo a un grupo de chicos, serán unos cinco o seis. Más o menos de nuestra edad, o incluso más jóvenes. Parecen un poco tocados por el alcohol. Se ríen bastante, y arman un poco de alboroto. Se podrían considerar más bien guapetes, pero en estos instantes lo que tengo es hambre, calor y ganas de salir a la calle a que me dé el aire.

Nos han visto, eso está claro. Me da exactamente igual. Le hincó el diente a la pizza, como siempre me quemo. Qué digo me quemo, me abraso con el queso fundido. Nadia se muere de la risa y a mí se me sale la cerveza por las narices al verla reírse así. Soy un desastre. Llamo a las situaciones comprometidas allá por donde voy.

—Hola, Rebeca —saluda una voz detrás de mí que no reconozco.

Me giro y no sé si voy demasiado borracha o no creo muy bien lo que veo. Es Carlos, mi nuevo compañero. Está con sus amigos, parece que ya se van y ha aprovechado para saludarme. ¡Qué simpático!

—Hola, Carlos. —Me levanto a corresponderle.

Esta vez, y por raro que parezca, no tropiezo ni me caigo. Aunque es fácil, solo me he puesto en pie nada más.

—¿Cenando? —pregunta.

—¡Claro! —contesto a la pregunta obvia.

—Estás mucho mejor ahora que esta mañana, aunque pensándolo bien podría haberte dejado caer y... —dice con arrogancia.

No sé de qué va este tío, me ha sentado fatal el comentario. Puede que yo



vaya borracha, no lo descarto en absoluto, puede que él también o puede que pretenda alardear delante de sus amigos porque todos se han echado a reír en cuanto ha soltado su frase. Lo que tengo claro es que el comentario sobraba y que este tío es un gilipollas. Sin más, espero no verlo mucho por la empresa porque como se suele decir «lo que mal empieza mal acaba», pues eso. Hemos empezado con mal pie, y así continuaremos. La simpatía inicial ha desaparecido.

—Suelo elegir muy bien a quién se la chupo —devuelvo el golpe bajo.

—Me alegra saberlo —añade sin amilanarse.

Si él es chulo yo también.

—Pues eso —suelto y continúo para rematar la jugada. Sus amigotes permanecen expectantes, quieren espectáculo y se lo daré—. Antes de chupártela a ti se la chupo a Ernesto —espeto en alusión a nuestro jefe: el feo, feísimo.

Me vuelvo a sentar y continúo con la cena. Mi amiga me mira muerta de la risa y los amigos de Carlos, tras un silencio después de oír mi réplica, se mofan de él que se ha retirado. ¡Un punto para mí! ¡Que les den! ¡Niñatos prepotentes y creídos!

Terminamos la noche bastante tarde, al día siguiente tengo que ir a trabajar y reconozco que se me ha ido un poco de las manos. Después de la pizza hemos ido a algún local más, las copas se han sucedido una tras otra. He bailado muchísimo y me he reído también. El encontronazo con Carlos ha sido el tema de la noche, aunque no me haya gustado su proceder, he de reconocer que nos ha dado mucho juego. La «Operación Despiporre» no ha estado mal del todo. No ha llegado a la categoría programada con Sonia y Susana, pero podría puntuar un siete sobre diez.

## Resaca de campeonato

*H*e llegado a casa tambaleante, creo que tras más de veinte minutos intentando encontrar las llaves en mi bolso he logrado entrar en casa. Lo de quitarse a la vez la cazadora con la camisa ha sido más complicado. He barajado las dos posibilidades y he actuado, al subir la cremallera ha sucedido lo que me temía: más y más tela se ha quedado pillada y al bajarla de golpe he oído un ruido que no dejaba lugar a dudas de lo que significaba. Rotura segura. Al final, como he podido, me he sacado todo de golpe, he hecho una pelota a la ropa y la he tirado sobre la silla de mi habitación. Ya veré cómo lo solvento. De momento me voy a dormir.

Por la mañana el despertador ha sonado rapidísimo. No sé cuánto he dormido, no lo estrictamente necesario. Es decir menos de cinco horas. Con una jornada por delante, reconozco que iré mal. Me doy una ducha, me pongo ropa más o menos cómoda y cojo una botella de agua de litro y medio que me coloco bajo el brazo. Me la beberé seguro, esa y alguna más.

Sufro una resaca de campeonato. He prescindido del desayuno, noto el estómago dado la vuelta e incluso al beber el agua ha hecho que saltaran las alarmas. En principio mantengo la compostura, no obstante puede ocurrirme cualquier cosa. Conociéndome...

Camino hasta la empresa, el viento de la mañana me despeja, me viene bien, aunque me ha dado un poco de frío. He salido con el pelo totalmente mojado y creo que eso traerá sus consecuencias. Entro, saludo a unos y a otros y me meto en mi cubículo. Tengo tarea así que a lo mío. Espero estar a la altura. No es la primera vez que vengo mal a trabajar, pero esta vez me he pasado. El día va a ser muy largo.

En cuanto mi ordenador se pone en marcha, me centro en lo pendiente y dirijo mis pocas energías en mi rutina. Lllaman a la puerta. No estoy para

visitas.

—Buenos días, Rebeca —saluda Ernesto asomado en la puerta. Parece contento.

—Buenos días, Ernesto —contesto sin dejar de teclear. Ruego que se dé cuenta de lo ocupada que ando.

—Gracias por el plan, lo vi ayer sobre mi mesa —comenta educado.

—Lo dejé antes de irme —confirmo sin saber qué decir. No estoy muy resuelta.

—Quiero que acompañes a Carlos a ver un terreno, él va a desarrollar su proyecto allí y necesito que lo acerques en el coche —continúa. Es una orden. Necesito evitar a toda costa ir con semejante capullo.

—¡Ufff! Ernesto —resoplo—. Tengo bastante lío, ¿no puede ir con otro? —pregunto con cara de cordero degollado. Me niego a acompañarlo.

—No, Rebeca, tú sabes la ubicación y además creo que haréis buenas migas. Quiero que se sienta cómodo y en ti puede encontrar una aliada —espeta sin más sin opción a réplica. Mis ojos se salen de las órbitas.

—Ernesto —llamo su atención e intento improvisar—. Si voy me retrasaré, luego me vienes con los plazos y todo lo demás... —Sé que él es muy meticuloso con eso, quizá por ahí pueda.

—No te preocupes, además necesito que te pases por Majadahonda, y que presentes a Carlos allí. —Lo que me faltaba por oír. Toda la mañana con este tío.

Ernesto me apremia, así que sin más, cojo mi bolso, en el que meto sin vergüenza ninguna mi botella de agua y salgo acompañada por mi jefe hasta la recepción. Cristina, la recepcionista, me entrega un llavero con el logotipo de la empresa por un lado y por el otro el número de matrícula y modelo. Disponemos de varios coches aparcados en la puerta del edificio, algunos son de los directivos y otros los utilizamos para estos casos. Mientras intercambio unas cuantas palabras con ella veo que aparece Carlos. Viene parapetado tras unas gafas de sol. Me parece que él no se encuentra mucho mejor que yo. Lo prefiero, si está fatal no tendrá ganas de nada y mucho menos de mantener una conversación conmigo. Lleva unos pantalones vaqueros bastante desgastados, un polo de manga larga y encima un chaleco acolchadito color azul marino, luce un aspecto bastante pijo, aunque haciendo honor a la verdad le queda bastante bien. Saluda de forma incluso cariñosa, diría yo, a Ernesto que se ha acercado hasta él y en cuanto le cuenta algo que supongo que hará alusión a

quién será su acompañante veo que frunce el ceño. El gesto me molesta. ¡A mí tampoco me hace gracia, chato! Pero donde hay patrón no manda marinero.

—Buenos días —saludo en tono neutro.

—Buenos días, Rebeca —contesta él en el mismo tono.

—Carlos, como te he dicho Rebeca te llevará hasta el terreno que te comenté y después os acercaréis a Majadahonda, allí tenemos una obra, que te presente al jefe de obra y a los que anden por allí —especifica Ernesto encantado de la vida.

—No es necesario, Ernesto, de verdad —argumenta con ánimo de convencerlo aunque creo que en el fondo está como yo, resignado ante la evidencia.

—Lo es, créeme. Rebeca conoce el terreno. —No sabía yo que mi jefe me tenía en tan buena estima.

Sin mucho más que hablar nos encaminamos hacia el aparcamiento, dejamos a Ernesto con una sonrisa de oreja a oreja mientras abandonamos el edificio. Llegamos hasta el coche en cuestión, monto en el asiento del piloto, saco mi botella de agua del bolso y le doy un trago largo.

—¿Resaca? —pregunta con retintín.

—Como la tuya —indico en el mismo tono.

—Agunto más que tú, sin dudar —suelta prepotente.

—Seguramente —opino seca.

—¿Lo dudas? —insiste con altanería.

—No —escupo malintencionada.

—Cuando quieras te lo demuestro —añade para quedar encima.

—Lo cierto es que carezco de interés, como te especifiqué ayer escojo a mis amistades —le espeto. No sé porqué, con Carlos me sale mi lado más borde con diferencia. Nunca antes me he comportado así.

—Y a quién se la chupas también —sentencia él.

—¡Por supuesto! —contesto enfadada. ¡Solo faltaba!

—Pues cuando quieras ya sabes... —Se gira con toda la intención.

—Cuidado con lo que desees, a veces los deseos se cumplen —digo sin saber muy bien por qué, de todas las posibles respuestas le doy la peor, la que le pone en bandeja una felación. Si es que no tengo remedio. Yo y mi destino, llamando a las situaciones comprometidas ¡para matarme!

—En este caso no me importaría que se cumpliera —alega.

—Espera sentado, ¡chato! —exclamo mientras acelero.

—Ya estoy sentado, cuando quieras puedes empezar —corrobora muy seguro de sí mismo.

—Antes de chupártela a ti... —No me deja terminar.

—Se la chupas a Ernesto —concluye la frase.

—¡Chico listo!

Aquí finaliza nuestra guerra dialéctica. Él no se amedrenta, yo tampoco, y reconozco que este tira y afloja me pone. La opinión sobre él es la misma que la de ayer: es un gilipollas, pero que me repliquen me gusta y este tiene una soberbia innata para hacerlo. Aunque no suelo ser desagradable, reconozco que con Carlos me sale de forma natural. Será que desde el principio hemos chocado, las dos conversaciones que he mantenido con él no han sido inocentes precisamente. Además la resaca no ayuda.

## De excursión

Llegamos en poco tiempo al terreno donde nuestra empresa ha previsto levantar una torre de oficinas, he visto algo de los planos y la verdad es que tiene una pinta estupenda. Conozco bien el lugar, he estado antes aquí con mis compañeros. Al ser una de las responsables de seguridad y salud debo saber prácticamente todo acerca de dónde, cómo y cuándo se van a realizar las obras.

Por lo general suelo coger mis botas de trabajo, pero hoy con la sorpresa que me ha preparado Ernesto se me han olvidado. No llevo unas precisamente altas, aunque tampoco son las adecuadas para andar entre cascotes, tierra y charcos. ¡No tengo remedio! Camino como puedo y le indico a Carlos un poco cómo va a ir el proyecto. Todavía no han empezado con el movimiento de tierras, y la zona está más o menos limpia y acotada.

Él parece conforme con mi explicación, no ha vuelto a soltarme ninguna barbaridad y yo, como buena profesional que soy, le explico todo lo que conozco del tema. Parece que en cuestiones laborales no mantenemos ese rifirrafe continuo que surge cuando hablamos de temas personales. Un poco de tregua no me viene mal. El sol da de lleno, quizás no sea tan fuerte como para afectarme, entre el sol, el dolor de cabeza y la sed que me provoca la resaca creo que empiezo a marearme.

—Necesito beber agua —le digo mientras nos acercamos al coche.

—Pues sí que estás mal sí —comenta con sorna.

—No te lo creerás, me lo pasé genial anoche, el único detalle para olvidar fue un encuentro inesperado en la pizzería, por lo demás todo estupendo.

—¿Un encuentro? —disimula.

—Sí, porque mira que es grande la ciudad y hay sitios para cenar... ¡Qué casualidad que estuvieras allí! —recalco. Debe entender que su presencia allí

no me agradó, más por lo que soltó que por que cenara allí con sus amigos.

—Quizás ibas en mi busca —declara con su tono prepotente.

—¡No tenía otra cosa que hacer! ¡Pues no hay hombres en el mundo! ¡No eres el centro del universo, chato! —le espeto.

—Lo sé. Y también que es obvio que me buscas —confirma ya montado en el coche. Espera a que termine de beber agua y arranque.

—¡Oye! ¿Tú quién te has creído que eres? ¿El hombre todo poderoso del que las mujeres se enamoran a la primera de cambio y se arrastran hasta conseguir que les hagas caso? ¡Por favor! Baja de la nube —alego sin respirar.

—No exageres, chata —me recalca con el mismo apelativo que he usado con él—, pero que te gusto es evidente.

—Mira, te voy a dejar las cosas claras, así zanjamos el tema y listo —Me pongo seria, lo miro fijamente a los ojos y espero su reacción—. No me gustas, admito que no te he conocido de la forma más habitual del mundo y si no es porque me coges al vuelo habría acabado con mi boca en tu entrepierna; de ahí a que quiera algo más contigo hay mucho trecho.

—Es de bien nacidos ser agradecido —cita.

—Gracias por recogerme de una caída segura, ¿te vale?

—Sí y no.

—¿Qué quieres? ¿Que te la chupe? —pregunto en tono belicoso.

—No estaba pensando en esa opción, pero si insistes... adelante —mueve la mano sobre su entrepierna.

—Eres un fantasma —escupo.

—Un fantasma que te gusta.

—No te lo crees ni tú, si quieres seguir viviendo en la ignorancia, ¡adelante! ¡Créelo!

Carlos tuerce la cara con una medio sonrisa, denota como que se ha salido con la suya o algo parecido, no lo pilló muy bien todavía. Lo que mantengo es que es un imbécil redomado.

Arranco y pongo rumbo a Majadahonda, nos queda un rato para llegar allí, espero que no me dé el coñazo. Poco voy a tratar con este, nada más cuestiones laborales.

El camino se me hace bastante corto debido, principalmente, a que Carlos se pasa casi todo el trayecto hablando por el móvil. Yo he desconectado, escucho la radio y poco o nada me importa de lo que hable con su interlocutor. En una de las conversaciones es inevitable oír mi nombre y eso me alerta. Habla de

mí, ¡qué caradura! Y lo peor de todo es que lo hace como si yo no estuviera delante, vamos a ver, ¿qué se ha creído este tío? Disimulo como puedo, pongo la antena, quiero saber qué sale por esa boca. Conversa con alguno de sus amigotes, lo he deducido por la jerga utilizada, hablan de la escenita de la pizzería y se ríen. Es un gilipollas, lo rubrico donde sea.

Otra de las llamadas es de Ernesto, lo sé porque se ha dirigido a él por su nombre. Mi jefe, bueno, nuestro jefe, se ve que desea estar al tanto de las visitas previstas. Cuando cuelga se digna a dirigirme la palabra de nuevo.

—Era Ernesto —dice en tono neutro.

—*Mmm* —murmuro, no tengo ganas de entablar conversación con él.

—Irás a Majadahonda, quiere vernos en la obra —me aclara.

—Muy bien. Allí estaremos.

Llegamos en un cuarto de hora. Allí encontramos grúas, maquinaria pesada, obreros, casetas de obras, la oficina de ventas... todo lo que puedes hallar en una obra. Vamos hasta la oficina donde hay una señorita dispuesta a contar las bondades que les ofrece nuestra empresa. Me presento y detrás de mí aparece Carlos. Le ha faltado babearle encima, ¡por favor! ¡Qué pedante!, qué empalagoso todo halagos a la señorita y ella, pobre incrédula, encantada de la vida.

En cuanto el mundo de dulzura acaba salimos de nuevo, necesito contactar con Félix, el encargado de obra. Lo conozco desde hace tiempo, es un hombre de unos cincuenta años, moreno y curtido en muchas obras. Es amable y he de reconocer que siempre me he llevado bien con él.

—Hola, Félix —saludo para llamar su atención.

—¡Hombre!, ¡qué sorpresa! ¿Cómo tú por aquí? —Quiere saber.

—Pues ya lo ves, me aburría en la oficina y he decidido haceros una visitilla —digo—. Por cierto, él es Carlos, el nuevo aparejador.

Dejo a los dos hombres que intercambien impresiones mientras miro a mi alrededor. Todo el mundo trabaja, se ve que hay conexión entre unos y otros, eso me gusta. Yo con mis compañeros no me llevo mal, pero tampoco tengo una complicidad extrema. El trato se diría que es cordial.

Tras un rato por allí, en el que Félix pone al corriente de todo a Carlos, recibo una llamada. Ernesto de nuevo.

—Hola, Rebeca, ¿cómo va la cosa? —pregunta.

—Bien, todo bien —miento como una bellaca, es lo que toca.

—Me alegro, he hablado antes con Carlos, tengo intención de acercarme en



un rato.

—Ya, me lo ha comentado.

—Es mediodía, acercaos a comer a algún sitio y en cuanto esté por allí os llamo —ordena.

—De acuerdo —digo resignada. Ahora he de comer con Carlos, lo que me faltaba.

En cuanto cuelgo voy hasta donde se encuentran Félix y Carlos. Les comento la idea, e invito descaradamente a Félix a que se una a nosotros. Con tal de no permanecer a solas con Carlos cualquier cosa. Él declina la invitación, come en la obra con todos sus subordinados, lo hace como una deferencia con ellos, entabla buenas relaciones y el ambiente de trabajo mejora considerablemente, si él lo cree... así será.

## Comida infernal

Si siguiendo las indicaciones de Félix nos desplazamos hasta un restaurante cercano, la verdad es que mi aspecto es bastante lamentable. Voy llena de barro, mis botas no volverán a ser lo que eran, directamente creo que las tiraré y es que entre Félix y Carlos me han arrastrado para sacarme de una zanja en la que me he metido sin querer. ¡Menuda pinta! ¿Y soy la de riesgos laborales? Si el riesgo soy yo. En fin.

Entramos en el restaurante, me muerdo de hambre, porque desde la pizza de anoche no he metido nada en el cuerpo, temo que mi estómago reaccione de mala manera y antes de que se asiente salga todo fuera, debo intentarlo.

Solicitamos el menú del día y el..., no sé ni cómo llamar a Carlos, pide vino, necesito agua. Mi cuerpo ha de hidratarse no meterle más alcohol. Pues si él quiere que comamos con vino, que así sea, ¡solo faltaba!

Nos traen nuestros platos y entonces vuelve a la carga. Se ve que le va marcha. Ha dado con la horma de su zapato. ¡Menuda soy yo!

—¿Mejor, Rebeca? —pregunta. No sé muy bien con qué intención.

—Perfectamente —contesto.

—Me alegra saberlo.

—No finjas preocuparte por mí, sé cuidar de mí misma —le espeto. Sé que me he pasado. El tono no es el adecuado, sin embargo me sale así de natural con él.

—No me cabe la menor duda —continúa—, tu carácter es bastante...

—No te calles hombre, ¡di lo que piensas! —suelto molesta.

—Difícil, aunque no sé muy bien si esa es la palabra concreta.

—No tienes ni idea.

—No, en eso te doy la razón —asevera. Que confirme lo que yo ya sé, le suma un punto, pero pequeño.

—Tú tampoco eres fácil de tratar —suavizo el tono.

—Eso tampoco lo sabes —considera con el mismo argumento que yo.

—¡Ni quiero!

—Lo deseas, chata —apostilla soberbio como otras veces.

Volvemos a enzarzarnos en una guerra que no conduce a ninguna parte, el caso es que lo sabemos, y ninguno de los dos da su brazo a torcer.

Después de la comida, que ha resultado bastante belicosa, nos marchamos. Imploro que aparezca Ernesto, así distraerá a Carlos y a mí me dejará en paz. Si además se largaran juntos sería ideal.

Mi teléfono suena, menuda mañanita llevo con el aparato. No he hablado tanto con Ernesto como hoy. ¿De qué se preocupa? El nuevo integrante del equipo, como él lo denomina, se vale por sí mismo. Demasiado, en realidad. Sabe de lo que habla, se desenvuelve bien y no necesita niñera, pero... si Ernesto quiere llamar cada poco para preguntar que llame.

—Rebeca, ¿qué tal va todo?

—Bien, Ernesto, no tienes de qué preocuparte, acabamos de salir del restaurante.

—Ah, de acuerdo. Te llamaba para comentarte que me va a ser imposible llegar. Ha surgido un problema de última hora y aunque quiera no llego —confiesa el hombre apesadumbrado.

—¡No te preocupes, hombre! —exclamo más contenta de lo que realmente estoy.

—En cuanto terminéis con la visita si queréis podéis volver —concluye.

—¡Perfecto! Se lo comento a Carlos y así lo haremos. Mañana nos vemos.

Cuelgo el teléfono cabreadísima, este Ernesto es de lo que no hay. Me tiene toda la mañana con este tío a mi lado, me hace comer con él para luego darnos plantón. Me podía haber ahorrado unas cuantas horas de sufrimiento. Entre su presencia, más bien su arrogancia, y mi dolor de cabeza, no llevo un día muy bueno, la verdad.

Localizaré Carlos inmediatamente, creo que ya ha visto todo lo que debía, si no se le antoja nada más al señorito nos vamos. Necesito volver a casa. No aguanto más.

Espero más de diez minutos a que Carlos termine de hablar por teléfono. Me parece que lo hace adrede para retenerme empantanada aquí, menos mal que charlo un ratito con Félix, aunque no quiero interferir demasiado en su trabajo.

—Dime, chata —me espeta y siento que sube por mi interior una mala leche

que creo que me hará explotar.

—¡De chata nada! —contesto iracunda.

—¿Tanta es la urgencia que no puede esperar ni cinco minutos? —  
Confirmado, lo ha hecho para molestarme.

—La urgencia es irse de aquí, y alejarte de mi vista —suelto.

Por suerte, no hay nadie cerca de nosotros que nos pueda oír. No cabe duda que damos una imagen poco profesional.

—¿Y Ernesto? —pregunta extrañado.

—No puede venir, le ha surgido un problema de última hora —confirmo.

—No te lo estarás inventando, ¿verdad?

—No, chato. Si no me crees llámalo y que te lo confirme —le tiendo mi teléfono.

—De acuerdo, vámonos —ordena como si fuera su criada.

No tengo ganas de discutir más, lo que quiero es llegar cuanto antes a las oficinas. Dejar el coche e irme a mi casa.

El camino se me hace relativamente corto, escucho la radio e ignoro al ser que se sienta a mi lado. Él por su parte, no para de hablar por teléfono. No me importan sus conversaciones, pero es inevitable escucharlas. Habla con hombres, con mujeres... en inglés y en alemán. Por lo poco que he podido captar. Prefiero ir centrada en la carretera y en las canciones.

Llegamos a las oficinas, casi no espero a que baje del coche. Cierro, entro en la recepción, devuelvo las llaves a Cristina y me largo. Ni siquiera me planteo subir a mi cubículo. El ordenador debe estar encendido y todo por recoger, no obstante, entre el barro que desprendo de mis botas y las ganas de irme a casa paso. De pronto recuerdo que hoy es viernes, he de subir, no puede permanecer encendido el ordenador todo el fin de semana.

Me quito las botas en la recepción, están demasiado enlodadas como para caminar con ellas. Subo al ascensor con ellas de la mano y me acerco a mi cubículo. Por el pasillo me encuentro con Ernesto. «¡No! ¡Quiero volver a casa!».

—Rebeca, ¿se puede saber qué hace descalza? —me pregunta.

Cuando me echa la bronca me trata de usted. El resto del tiempo me tutea.

—Hola, Ernesto, no era plan de manchar todo —muestro las botas para que vea que están hasta arriba de barro.

—Entiendo —asiente pensativo— ¿Y Carlos?

—No lo sé, en cuanto ha bajado del coche ha desaparecido —explico

rápidamente. No es realmente cierto, pero me da igual—. Recojo mis cosas y me voy a casa —añado para que me libere y me deje en paz.

—Buen fin de semana, Rebeca.

—Gracias —digo casi en mi cubículo.

Apago el ordenador, sin mirar siquiera a los correos. No me apetece, mi jornada laboral ha terminado. Tengo resaca. Es viernes. Fin de la semana laboral. El lunes será otro día.

## Viernes, sola en casa

Llego a casa exhausta. He decidido volver andando. A medida que caminaba se desprendían trozos de barro a mi paso. La imagen que he dado no era de ser una persona muy limpia. Pero mi trabajo es así.

Aprovecho que sube Menchu, mi vecina del primero, para colarme en el portal.

—Buenas tardes, Menchu —digo con una sonrisa en la cara.

Menchu es la típica señora cotilla que existe en todos los bloques de pisos del mundo mundial. Lleva viuda un montón de años, su única misión es enterarse de qué se cuece en el bloque, para ello no tiene inconveniente en preguntar, incluso llamar al timbre del piso en cuestión e interrogarte. A mí me lo hizo al principio, alegó que no sabía si era de fiar, que tenía que enterarse bien. ¡Cosas de señoras!

—Buenas tardes, hija. —Siempre me llama hija— ¿De dónde vienes criatura? —me interroga mientras me mira de arriba abajo. Parece que me esté radiografiando.

—De trabajar, Menchu, de trabajar —resoplo. Quiero entrar en casa ¡ya! Y sé que hasta que no esté conforme no me va a dejar.

—Deberías buscarte un trabajo en una tienda de ropa o algo así. Allí las chicas van muy arregladitas... —dice como si tal cosa.

—Lo tendré en cuenta, Menchu —consiento con la intención de escabullirme.

—Os empeñáis en hacer trabajos de hombres y ve ahí... —añade más para sí misma que para que yo la oiga.

Ya me sé su cantinela, «que si antes se vivía mejor, que la mujer en casa con los hijos, que si la liberación de la mujer es un invento de las descarriadas...». No me interesan sus argumentos. Son tan antiguos como ella.

Una vez en el rellano y llamo al timbre. Sé que Mila se habrá ido a casa de sus padres, con un poco de suerte Sandra sí se encuentre en casa. Pues nada, está en clase. Busco en mi bolso para encontrar las dichas llaves. Pero no hay manera. Vuelvo a llamar por si acaso Sandra permanece dormida, ocupada en el baño o vete a saber. Ni una cosa ni la otra. Nadie sale a abrir. Busco en el bolso y no encuentro las dichas llaves, así que empiezo a sacar cosas. El móvil, la agenda, pañuelos, cartera, un cargador de móvil, un par de memorias usb, el neceser con mis cositas, un par de bolígrafos. Nada. Me desespero. Opto por lo más rápido, vuelco el contenido del bolso en el suelo para ver mejor, sigo sin localizarlas. Me dedico a abrir las cremalleras de los bolsillos interiores, es raro que meta ahí las llaves, pero con lo despistada que soy podría ser factible. Nada de nada. Soplo, resoplo y me cabreo. ¡¿Cómo cojones entro en casa ahora?! Puedo ir hasta la casa de mis padres, o llamarlos por teléfono para que vengan a abrirme con la copia de las llaves que tienen de mi casa para estas ocasiones, aunque no sé si los localizaré.

Esperaré un rato a ver si regresa Sandra. Podría bajar al bar de al lado de casa a tomar algo, pero es que ni siquiera tengo fuerzas para ello. Cojo el móvil con la intención de contactar con Sandra, o mejor le envío un mensaje, así sabrá que estoy aquí, y no tardará en acudir a mi auxilio. ¡Sin batería! ¡De puta madre! Tanta llamadita de Ernesto para comprobar que su pupilo no ha sido comido por Rebeca «la asesina» es lo que tiene. ¡Qué mala suerte! Si es que lo tengo claro. Atraigo a la desgracia. Esperaré sentada como si fuera una indigente en la puerta de mi propia casa.

Transcurren diez minutos, quince, veinte... En cuanto oigo el ascensor me pongo alerta. Nada. Ha parado en otra planta. A la media hora aparece Sandra. Me mira incrédula y saluda.

—¡Hola, Rebe! ¿Qué haces ahí? —pregunta mientras abre la puerta.

—Esperarte, he debido de dejar las llaves en casa.

—Eres un desastre, lo sabes ¿no? —dice cariñosamente.

No contesto, emito un gruñido y me dirijo a mi cuarto en cuanto abre. Parece que Sandra es mucho más adulta que yo y eso que le saco unos añitos. No tengo ganas de nada. Solo de quitarme estas malditas botas, meterme en la ducha y descansar. No he pasado un buen día.

Al entrar en la habitación lo primero que veo son las llaves sobre la mesilla. Podía volverme loca buscándolas y están aquí. Otra cosa que llama mi atención es la cazadora que llevé ayer, hecha una bola de tela junto con la

camisa. Intentaré solventar el desaguizado que provoqué, aunque no sé por qué me da que ni cazadora ni camisa. Todo roto. Como puedo saco la tela arrugada de la camisa del carril de la cremallera. La extiendo y compruebo una raja en la camisa ahora inservible; de todas maneras la llevaré a casa de mi madre, seguramente ella conozca alguna manera de disimularlo. No podré usarla para salir, sí para ir a trabajar.

La cremallera de la cazadora, parece que se ha salvado. Sube y baja sin problema aunque no tentaré a la suerte.

Oigo el agua correr, será Sandra que se está duchando. Esperaré un rato, total no tengo plan y ni quiero. Pongo el móvil a cargar y en cuanto lo enciendo suena. Es Nadia.

—¡Hola, loca! —saluda.

—Hola, Nadia —contesto sin mucha alegría.

—¿Resaca? —se ríe.

—Muchísima.

—Deberías tomar vitamina B12 antes de salir, te lo he dicho muchas veces.

—Ella y sus consejos de farmacéutica.

—¿Qué quieres? —la corto.

—Deduzco que hoy no tienes intenciones de salir ¿no? —Va al grano.

—No. No he tenido buen día. He pasado casi toda la mañana y parte de la tarde con Carlos, el gilipollas con el que nos encontramos ayer en la pizzería —explico mientras me desnudo.

—¡Vaya! ¿Y? —pregunta.

—No hace falta que te explique más. Lo que viste ayer es lo que hay, un idiota prepotente que parece que se ha convertido en el ojito derecho del jefe —contesto enfadada. Es obvio de entender, no creo que haya que ser muy listo para saber de lo que hablamos.

—¡Perfecto para ti! —suelta haciéndome enfadar más.

—¡Cojonudo!

—Rebe, eres experta en encontrar tíos raros, conflictivos, casados, niños... Tu radar permanece activo veinticuatro horas, nena —bromea en tono cariñoso—. Deberías estar acostumbrada.

—Sí, lo sé. Por eso lo evito, pero al parecer mi jefe no tiene otro afán que juntarnos. —resoplo cansada por la situación—. Mira voy a colgar, necesito un baño relajante y meterme a la cama. Mañana hablamos.

—¡Vale! —dice Nadia. Es comprensiva a tope. De mis amigas, es la mejor.



Como he comentado a Nadia me doy un baño relajante, me he quedado sola en casa. Sandra ha salido. Pongo el agua bien caliente, unas sales y aceites que compré ayer. Unas velas aromáticas y ¡al agua patos!. Habré permanecido cerca de cuarenta minutos en remojo, lo necesitaba.

Pijama, cena ligera y a dormir. Mañana será otro día.

## ¡No me persigas!

*E*l sábado cuando me despierto es cerca del mediodía. He dormido un montón. Mi cuerpo lo necesitaba. Creo que lo he hecho del tirón, a excepción de los tres minutos que me ha llevado ir a hacer pis. La casa permanece en silencio. Sandra no sé si habrá pasado la noche aquí, pero el caso es que esta tranquilidad me sienta muy bien.

Todos los fines de semana visito a mis padres, entre semana es prácticamente imposible; mi madre madruga mucho y por eso se acuesta pronto. Mi padre está jubilado y su vida lleva otro ritmo diferente al mío. Suelo comer con ellos y con mi hermana pequeña. Nos llevamos trece años, y casi he sido más su madre que su hermana, aunque mantenemos una buena relación

—Buenos días —saluda mi padre al abrirme la puerta.

—Hola, Rober —le digo. Hemos tomado la costumbre de llamarlo por su nombre y apenas le llamamos papá ni mi hermana ni yo. Antes no era así, de un tiempo a esta parte tanto a mi padre como a mi madre los llamamos por su nombre. A ninguno de los dos parece molestarles.

—¿Y Cata? ¿Dónde anda? —pregunto a mi padre por mi madre.

—Está en la cocina, terminando de preparar la comida —contesta a la vez que se va a leer el periódico.

Entro en la cocina y allí encuentro a mi madre y a Virginia, mi hermana, enfrascadas en una discusión sobre la hora a la que debe llegar mi hermana a casa, «que si una fiesta, que si sus amigas...». Nada que no haya vivido antes. Como soy un poco bruja, malmeteré para posicionarme luego con mi hermana. ¡Que salga y disfrute de la vida!

Comemos todos juntos, mi hermana sigue enfurruñada porque no ha logrado negociar la hora que ella quería para regresar a casa, aunque he intercedido

por ella consiguiendo una tregua de media hora más. ¡Que no se queje! A mí me ha tocado apañármelas siempre, no he tenido una hermana mayor que hablara por mí y convenciera a mi madre.

Después de comer y recoger, me tumbo un rato a descansar en el sofá de mi casa. Mi padre ha bajado al bar a jugar al dominó con sus amigos, mi madre está frita y mi hermana se ha ido a su habitación a hablar por teléfono. A despotricar sobre mi madre con sus amigas. ¡Seguro!

A media tarde me voy. La jornada familiar ha terminado. Por el camino aprovecho para llamar a las chicas. Dejo a Nadia para la última porque es la que más se enrolla con diferencia.

Hablo con Sonia sigue con fiebre en la cama y hecha un asco. Pregunto a Susana por la pequeña Nuria, parece que mejora. Es el turno de Nadia.

Rápidamente me traza un plan para esta noche. Yo me apunto a lo que sea, no ha de convencerme. Saldremos a pasarlo bien. Ya no me acuerdo de la resaca de ayer, es lo que tiene, que me guste más la fiesta que a un niño un dulce, las consecuencias no me preocupan.

Me arreglo, me maquillo un poquito, dispuesta a disfrutar una noche estupenda con mi amiga Nadia. A su lado me siento poderosa. Las dos nos servimos y nos valemos para disfrutar. Nos gusta bailar y en cuanto entramos en un garito se nos van los pies, hablamos de nuestras cosas y mantenemos una complicidad que hace que con solo mirarnos sepamos qué es lo que está pasando o qué pensamos en según qué circunstancia. Es verdad que nos conocemos de toda la vida, siempre hemos sido amigas, y los años de amistad provocan estas cosas.

Quedamos en el bar de costumbre para ir calentando la noche. Nos tomamos algo y vamos de bar en bar. Parece que esta noche el ambiente es bueno. Hay un montón de gente con el mismo plan que nosotras, incluso en algún lugar hemos tenido problemas para entrar, estaba hasta arriba, pero como nos da un poco igual, decidimos ir a otro sitio. Nos es indiferente donde haya música y copas allí nos plantamos.

Estoy especialmente contenta, y es que quiero olvidar mi semana de trabajo. Necesito desconectar para recargar pilas y comenzar de nuevo la semana con fuerzas renovadas.

Me río con Nadia una barbaridad, y es que tiene unas ocurrencias... La última ha sido ponerse a buscar por el suelo del bar como una descosida una lentilla. No usa gafas ni lentillas, y se las ha apañado para crear un corro más

o menos grande de gente intentando buscar una lentilla inexistente. Pobres ingenuos, alguno con su mechero daba luz para poder otear mejor, otros con la linterna del móvil, y mientras tanto yo muerta de la risa. Ella representaba su *show*, «que si no veo nada», «que si ahora cómo lo voy a hacer con una lentilla sí y otra no...», el caso es que los pobres incrédulos en su afán de ayudar a Nadia han registrado en un suelo bastante sucio, todo hay que decirlo, algo imposible de encontrar. Yo observaba y no podía parar. Me duele hasta la barriga y es que no he parado de reírme. Ella muy educadamente les ha agradecido a todos cuando se ha dado por satisfecha. Ha puesto cara de penita por la pérdida irreparable que le ha supuesto no encontrar su lentilla concluyendo su actuación. ¡Farsante! Mira que le gusta llamar la atención.

Entre tanta risa y las copas no puedo evitar ir al baño ubicado al fondo del local, por lo que me toca atravesar toda la estancia. Como siempre hay cola. Los baños de chicas están a la izquierda y en frente los de los chicos. Tanto unos como otros compartimos un pasillo estrecho cuando hay cola.

—Deja de perseguirme —oigo una voz detrás de mí.

Me giro y me encuentro a Carlos, ¡no me lo puedo creer! ¿No hay más bares? Con lo grande que es la ciudad ¿tiene que estar aquí? Lo asevero, tengo un imán para los gilipollas. ¡El casting está abierto! ¡Todos los gilipollas del mundo vengan aquí que Rebeca les asesora! Voy a colgarme un cartel que así lo anuncie.

—Deja de soñar —énfatizo.

—Los sueños a veces se cumplen —contraataca.

—Eso es lo que tú quisieras —le digo cuando apoyo mi dedo índice de forma acusatoria sobre su pecho.

—Eso y que... —Deja la frase en suspenso, se acerca a mi oído y añade—, me chupes la polla.

Reconozco que la forma en la que me lo ha susurrado y su cercanía me provocan un estremecimiento.

—En otra vida, chato —señalo y me voy al lavabo, que es a lo que he venido.

Permanezco más tiempo del necesario, evito encontrarme con Carlos otra vez. Saca mi peor versión, me hace ser una borde y me pone de mala leche.

Llego hasta donde me espera Nadia. Es hora de ir a otro lugar, sobre todo después de descubrir que Carlos está por aquí.

—¿Qué te pasa? Vienes desencajada —me pregunta.

—Nada, que el gilipollas está aquí.

Sus ojos se salen de las órbitas. No da crédito.

—¿Tu compañero de trabajo? —cuestiona mientras salimos.

—El mismo —zanjo el asunto.

Vamos a otro local, está muy concurrido, y la música es estupenda. Ya se me ha pasado el enfado por encontrarme con Carlos. Bailamos, bebemos, charlamos con gente a la que conocemos y con otros que no, en definitiva pasamos un buen rato.

Parece que Nadia ha encontrado plan, eso me hace sentir un poco descolgada, si el resto de las chicas estuvieran aquí no habría problema, creo que ahora la cosa se complica. No me apetece irme a casa, me lo paso de lo lindo, pero no me voy a quedar de sujeta velas, no es plan. Miro a Nadia, ella me mira, no nos hace falta hablar. Le pido que me espere un instante que vuelvo al baño, y que en cuanto salga regreso a casa. Mañana charlaremos y tan bien.

No hay cola, menos mal. Siempre tengo ganas de orinar, lo reconozco, con la cerveza es inevitable. Con las copas aguanto un poco más, y que hago pis muchas veces es la realidad. En cuanto salgo distraída secándome las manos me encuentro a Carlos plantado allí, apoyado en la pared y con los brazos cruzados. No lo dejo ni hablar.

—Deja de perseguirme —digo a la vez que continúo con mi camino, entonces él me retiene.

—Igual es que tú estás donde yo estoy —insiste con soberbia.

Me está calentando con tanta bobada, ¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué me busca?

—Eres un creído —le suelto.

—Puede ser, y más cosas —añade muy cerca de mi boca. Me quedo mirando sus labios y no sé por qué lo hago, es un gilipollas.

—¡Ya! —contesto con un tono prepotente.

—¿Te vienes conmigo ahora que tu amiga ha encontrado plan?

—No, ya te dije que escojo muy bien a mis amistades, y resulta que tú nunca estarías entre ellas. —Ahí queda eso.

—Ya, y también a quién le chupas la polla —apostilla. ¡Qué pesado!

—Por supuesto —confirmo.

—Pues tú te lo pierdes, se te acabó el plan, vete a casa, esta noche dormirás sola —señala y me toca la moral. Me vuelvo y me enfrento a él.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Qué te chupe la polla? —murmuro muy cerca de su boca como él ha hecho conmigo tan solo unos minutos antes.

—No estaría mal para terminar el sábado —concluye. No calla ni debajo del agua este tío y eso me consume.

—Confórmate con esto —esclarezco. Lo cojo por el cuello y le doy un morreo de campeonato con lengua hasta la campanilla. Nada cariñoso ni romántico. Un beso sucio, de esos que dejan con ganas de más, y así lo voy a dejar.

Cuando me quedo sin respiración paro, le miro con los ojos entornados y me despido de él. No sé por qué he hecho eso, no soy así, pero este hombre saca a otra Rebeca diferente. Me ha gustado el beso, básicamente porque él no se ha quedado quieto, al principio sí, creo que ni se lo esperaba, aunque después me ha correspondido. Pasa como cuando hablamos, ninguno de los dos cede.

Llego acalorada hasta donde se encuentra Nadia, que también está en acción. No quiero molestar, así que le doy un pequeño toque en el hombro y me voy a casa. Fin de fiesta: a casa sola como bien ha dicho Carlos.

Me jode, y mucho, tener que darle la razón.

## Semana intensa

*E*l domingo lo he pasado dormitando, limpiando y preparando comidas para toda la semana. Básicamente lo que hago todos los fines de semana. No espero nada de este día. Por mí que desapareciera, lo único para lo que sirve es para que me entre depresión porque al día siguiente empieza una nueva semana.

Mila regresará tarde, siempre llega a la hora de acostarse, exprime al máximo los días que tiene para visitar a su familia. De Sandra no sé nada, la vi el viernes y creo que ni siquiera ha dormido aquí el resto del fin de semana. Estoy sola. He pensado en ir a visitar a las chicas, no sé si será buena idea. Si Sonia sigue con fiebre no creo que le apetezca recibir visitas, podría ir a ver a Susana y a la pequeña Nuria, aunque no es el plan que tenía en mente.

Me llama Nadia, como es habitual, conversamos por teléfono más de media hora. Esta vez es ella la que habla, para contarme su noche. Es lo normal: ha ligado con un chulazo, se ha ido con él, se lo han montado, no ha llegado a casa hasta hoy al medio día, se ha pasado casi toda la noche follando y parte de la mañana. Plan perfecto donde los haya. Tiene el cuerpo arreglado para toda la semana, está feliz y yo por ella. ¡Que le quiten lo bailao! Yo he omitido el morreo que le di a Carlos, no por nada, pero ahí va a quedar la cosa. No tiene mayor importancia. Lo peor de todo es que voy a tener que verlo prácticamente a diario, y más, si Ernesto sigue empeñado en que sea su perro guardián. ¡No hay otra!

Lunes. Suena el despertador. Arriba y a la ducha. Hoy con agua fría. No sé qué habrá pasado el caso es que ha sido una ducha exprés. Me he enjabonado el pelo y luego me he arrepentido, a ver quién es el valiente que se aclara con agua helada. ¡Pues yo! Eso sí, seguramente me haya constipado. Es lo lógico.

Me arreglo, y me voy a currar. Camino con brío mientras escucho música, me da vidilla y la energía necesaria para empezar un nuevo día. Saludo a

Cristina y al tajo.

Enciendo mi ordenador, y me pongo con todo lo pendiente que tenía el viernes, que no era poco. Luego vendrá Ernesto con las prisas, y con lo nuevo que se me ha acumulado. Leo los correos, respondo a lo que puedo y me centro en el plan de seguridad y salud que tengo pendiente y que sé que Ernesto no tardará en pedirme. Suena el teléfono. Esto es un no parar.

—Buenos días, Rebeca —saluda Ernesto desde el otro lado.

—Buenos días, Ernesto —contesto educadamente.

—El plan... —comienza a tantearme.

—Te señalé el viernes que si me iba a ver los solares y las obras no estaría a tiempo —reitero mis palabras de la semana anterior.

—Lo sé, Rebeca, ¿para cuándo consideras que puedes acabar? —dice manso como un perrito.

—Pues si me pongo a ello, no tengo interrupciones y todo va bien creo que a última hora de la tarde —aclaro arrepintiéndome al instante. Creo que me voy a pillar los dedos. Tendría que haberme dado más margen.

—De acuerdo, te dejo entonces —dice y me cuelga.

Comienzo y la verdad es que consigo terminar a tiempo. A última hora de la tarde llamo con pulso firme a la puerta del despacho de Ernesto. Me hace pasar. Cuando entro veo allí a Carlos y se me cambia la cara. No lo puedo evitar.

—Buenas tardes —saludo en tono profesional—. Como te prometí aquí tienes tu plan — Dejo el dossier sobre su mesa.

—Muchas gracias, Rebeca —responde con una sonrisa, se gira para dirigir entonces su atención a Carlos y añade—, como te aseguré esta chica es muy eficiente.

Los halagos me gustan, como a todos, que lo diga delante de Carlos ya no me gusta tanto. Sobre todo porque sé que van a dar pie a alguna de las tuyas. Debo contenerme y mantener la compostura, estoy trabajando, pero no sé si alguna vez no saltaré.

—No me cabe la menor duda —afirma mirándome con unos ojos que denotan prepotencia, picardía y algo de lujuria diría yo. Él se ha ido por otros derroteros.

—Normalmente todo lo que promete lo cumple —continúa Ernesto mientras me sonrío.

—Eso está muy bien —contesta Carlos.



Ya me he cansado de indirectas y de chorradas, tengo que desaparecer e irme de allí.

—Si no os importa yo ya me voy a casa —digo encaminándome hasta la puerta.

—Descansa, Rebeca. —Se despide entonces Carlos.

Ni me molesto en responder, hago como que no lo he oído. Este tío me saca de mis casillas, creo que puedo llegar a hacerlo de la peor forma. De la manera más maleducada, soez e hiriente que pudiera imaginar, no obstante ese es el efecto que tiene en mí.

El resto de la semana ha transcurrido bastante tranquila, a Carlos apenas lo he visto. Se ve que Ernesto lo está instruyendo y pasan casi todo el tiempo juntos. Mucho mejor para mí. Las veces que hemos coincidido al estar mi jefe, él no ha soltado bobadas por su boca, o no de manera explícita. Yo capto sus indirectas, Ernesto lo ve como compadreo. ¡Si él supiera!

El jueves estoy deseando salir, he quedado con las chicas. La «Operación Despiporre» se celebrará más adelante, este jueves, iremos a cenar, a tomar algo después y ya. Tiempo de amigas. Es lo que necesitamos, contarnos nuestras cosas y disfrutar. No será como lo teníamos programado aunque no importa, ese plan queda aplazado para más adelante.

Antes de empezar a recoger llaman a la puerta de mi cubículo. Será algún compañero para despedirse, o pedirme algo. Ni idea.

—Buenas tardes, Rebeca —dice Carlos cerrando la puerta tras de sí.

No puedo evitar resoplar, poner los ojos en blanco y suspirar de forma profunda. Me agota. Había sido toda la semana demasiado bonita para ser cierta. Aquí está la guinda del pastel.

—¡Qué expresiva eres! —me suelta.

—Todavía no he hablado —le vacilo

—Ni falta que hace, lo expresas todo con tu cuerpo —aclara—. A eso se le llama lenguaje no verbal, deberíamos prestarle más atención. Sugiere mucho de las personas —me explica.

—¡Qué listo eres! —afirmo tras la aclaración. Como si no supiera de lo que me habla. Lo sé de sobra. A mí se me nota demasiado, lo reconozco.

—Observador más bien —añade sin moverse de donde está.

Yo me pongo de pie, ya he apagado el ordenador y recogido todo. No quiero pasar ni un minuto más en la oficina, y menos con este individuo. Todavía no sé muy bien qué es lo que pretende.

—¿Qué quieres, Carlos? Ya me marchaba —comento en tono cordial. Necesito irme y creo que no lo conseguiré si no entro al trapo.

—Venía a devolverte algo —confiesa aproximándose a mí.

No recuerdo haberle dado nada, quizás sea el plan que le entregué a Ernesto, querrá que corrija algo. No se me ocurre otra cosa, lo cierto es que no lleva documentos en sus manos. En cuanto levanto la vista para mirar a Carlos él me mira, la expresión de su cara es como la de un lobo al acecho, se aproxima más a mí sin dejar de mirarme con esos ojos amenazantes, me agarra por la cintura y me besa. Un beso sucio, como el que le di yo en el bar el pasado fin de semana. De esos que te dejan sin respiración y que hacen que te suban unos escalofríos por el cuerpo haciéndote estremecer.

—Te lo debía —dice separándose de mí.

Jadeo, no me lo esperaba. Y como sucedió el sábado me ha gustado, pero no puede ser.

—¡No lo vuelvas a hacer! —exclamo roja de rabia.

—No parece que te haya disgustado —confirma y se cruza de brazos.

—¡Estoy trabajando! Si a ti te importa una mierda tu trabajo a mí no —bramo.

—Estamos trabajando —matiza y con ello me pone más nerviosa.

—Pues entonces... seamos profesionales. No vuelvas a hacerlo —enfático y me cuelgo el bolso al hombro.

—No lo volveré a hacer en el trabajo —apostilla—. Fuera puede pasar cualquier cosa... —añade con una sonrisa de suficiencia.

—¡Regresó el fantasma! —Me río—. Ya estamos en paz, no hay más que hablar. No va a ocurrir ni en el trabajo ni fuera, que te quede claro.

—¡Ya se verá, chata!, estás loca porque suceda... —concluye y se va.

—¡Sigue soñando! —grito para que me oiga.

Será posible. Lo de este hombre no es normal. Viene, me da un morreo y luego dice que soy yo la que quiero más. ¿Quién se ha creído que es? Un seductor de Hollywood acostumbrado a tener a las mujeres a sus pies. Un fantasma prepotente. Eso es lo que es.

## Jueves de chicas

*E*n cuanto me recobro del subidón del beso de Carlos salgo de la oficina. He de reconocer que besa muy bien, su lengua se mueve con soltura y hace que quieras más. También en las distancias cortas gana, he podido oler a una fragancia que me resulta familiar, no sé muy bien qué perfume lleva, ya lo averiguaré. No porque me importe, soy muy insistente y cuando algo se me mete en la cabeza, en este caso ese aroma, hasta que no descubra a qué perfume pertenece no voy a dejar de darle vueltas. Estoy familiarizada con los aromas y con los productos cosméticos. Me daré una vuelta por unos grandes almacenes, oleré algún perfume que otro y sabré al instante cuál es el suyo.

Llego a casa con el tiempo justo de darme una ducha, cambiarme de ropa e ir con las chicas. Hemos quedado donde siempre las cuatro, ya recuperadas de las fiebres y enfermedades infantiles que impedían que quedáramos; así que genial.

Vamos a cenar a un restaurante coqueto que nos han recomendado, platos para compartir, buen ambiente y charla distendida.

Todas hablamos, nos pisamos al hablar, comenzamos una conversación que dejamos inacabada para empezar otra. Volvemos de nuevo a la primera todo ello sin perder el hilo. Estamos encantadas con nuestra vida. Les cuento a las chicas todo lo que me sucede con Carlos, desde que me lo presentó Ernesto hasta este mismo día, incluido su morreo. Es decir, «lo que me debía», según él. Las chicas se ríen, y yo también. La cosa se las trae. Lo que sí tengo claro: yo nunca me liaría con un compañero de trabajo. Eso es algo que he mantenido siempre y no voy a romper ahora esa regla autoimpuesta. Solo puede traer problemas y, dadas mis circunstancias, no quiero añadir ni uno más. Atraigo a las situaciones complicadas como para encima incitar a ello. Ni en broma.

Después de la cena iremos a tomar algo. Susana se va, se muestra inquieta por dejar a Nuria con su marido, no porque no esté pendiente de la niña, sino porque siente esa necesidad de permanecer junto a su hija. Puedo llegar a entenderlo. Conocemos de sobra a Susana y sabemos que hace verdaderos esfuerzos por cenar con nosotras. No quiere renunciar a su vida social de antes, aunque ahora su panorama sea diferente. Sonia tomará una copa con Nadia y conmigo y se irá con el medio novio ese que se ha echado, que por cierto no conocemos, y que parece que no le ha salido rana. En definitiva quedamos las de siempre. Yo hoy me voy a comportar bien, la resaca del pasado jueves fue criminal.

Todas cumplimos nuestros planes, Susana se marcha después de cenar, Sonia después de la primera copa y yo después de la segunda. Me lo paso genial, pero no. Llego a casa enfadadísima, cojeo desde que he salido del último bar porque se me ha roto el tacón de la bota, parece que me tambaleo como una borracha, aunque en este caso no es el motivo. Todos los días sufro algún percance. Decido que las llevaré al zapatero, quizás se pueda pegar o clavarle unas puntas o algo, mis botas son estupendas y no quiero quedarme sin ellas.

Suena el despertador temprano, ando algo aturdida, pero nada que ver con el viernes anterior. Tomo una ducha, desayuno y a por el último día de la semana. Tengo cosas pendientes que con un poco de suerte las alargaré para mantenerme entretenida. Espero que Ernesto no sugiera alguna de sus ocurrencias y me mande hacer de niñera de Carlos.

La mañana transcurre genial, pocas interrupciones, café con los compañeros de siempre. Con los que llevo trabajando varios años. Todo sin novedad. Perfecto.

Hoy comeré aquí, termino lo que me falta y hasta el lunes desconexión. En mi trabajo disponemos de una sala en la que hay una cafetera pequeña, una mesa para quién quiera comer allí o si lo preferimos en nuestro cubículo. Yo paso de eso, menuda soy yo con los olores. No es plan de que alguien entre y le dé todo el tufo de las lentejas. No, no, nada de eso. Lo hago en el lugar habilitado para ello y punto. Además también tenemos un frigorífico y un pequeño microondas para calentarnos la comida. Los viernes no sé cómo lo hacen, pero no se queda casi nadie a comer. Yo debo hacerlo si quiero finalizar lo pendiente, así que en una planta prácticamente desierta lo único que se oye son mis pasos al caminar. Da hasta miedo. Entro en la sala en cuestión, saco mi fiambarrera del frigorífico y caliento el contenido. En dos

minutos estoy sentada disfrutando de mi comida. Se abre la puerta. Es Carlos. Menudo tío, tiene el don de la oportunidad. Con lo bien que estaba yo sola.

—Buenas tardes —saluda educadamente.

—*Mmmmm* —logro emitir con la boca llena.

—¿Resaca? —pregunta a la vez que se sienta en frente. ¡No había otro sitio!

—¿Tú? —contesto formulándole otra pregunta.

—¿Te importa? —cuestiona extrañado.

—Ni lo más mínimo —suelto.

—Pues entonces no deberías preguntar por algo que no te interesa —dice serio.

—¡Tienes razón! —exclamo y me levanto para hacerme un café—. A partir de este momento no voy ni a dirigirte la palabra —sentencio. Me he pasado, lo reconozco, cuando estoy con Carlos no mido mis palabras.

—Trabajamos juntos, ¿recuerdas? —añade para quedar por encima.

—Sí, entonces para cuestiones profesionales nada más —confirmo e inserto la cápsula en la cafetera—. ¡Joder! —chillo.

No es tan difícil hacer un café con una cápsula, ¿no? Pues se ve que yo que soy torpe por naturaleza no lo veo así. Me he quemado el dedo, pero bien.

—¿Estás bien? —pregunta Carlos alarmado. Se ha levantado en cuanto me ha oído.

—Sí. —Disimulo, contengo las lágrimas en mis ojos y me chupo el dedo índice que me duele un montón.

—Deja que te vea el dedo —sugiere.

—No. —Oculto mi mano tras de mí.

—Eres muy terca, ¿lo sabías? —dice dolido.

—Sí, y más cosas —le espeto. Estoy a la defensiva y no ha querido más que preocuparse por mí, . No puedo evitarlo. Es como si él fuera algo peligroso de lo que me tengo que proteger.

—Ya me voy dando cuenta —asevera tomando asiento otra vez.

—Porque no me interesa lo más mínimo tu opinión... que si no... me gustaría saber qué es lo que opinas de mí —le suelto.

—No son temas laborales, así que si no te importa me guardo esa información —declara y me deja fuera de combate. Esta vez el punto es para él. No siempre voy a ganar.

Después de tomarme el café de pie, porque no me apetecía tener a Carlos enfrente, me voy a terminar lo pendiente. Estoy de mala leche, y es que Carlos

tiene ese efecto en mí. Intento defenderme y no sé de quién ni porqué, soy borde a más no poder con él. Quizá sea su prepotencia, su confianza en sí mismo o no sé qué, pero es permanecer a su lado y ponerme alerta. Creo que nunca me había pasado antes. He tenido mis relaciones más o menos serias y más o menos duraderas, puedo asegurar que como con Carlos no me he comportado con ningún tío. Incluso habría alguno con el que podría haber sido así, y ni con esos.

## Fin de semana

Cuando acabo todo lo pendiente me voy a mi casa. No hay ni rastro de Carlos ni de nadie en realidad. Creo que he sido la última en abandonar las instalaciones. ¡Qué listos son! Han adelantado el fin de semana, y yo, la pringada de Rebeca, rematando para tener todo listo el lunes.

Llego a casa y creo que si no me llama Nadia hoy no saldré. Me apunto a cualquier plan, sobre todo si es nocturno, aunque hoy me noto especialmente cansada. Parece que Nadia me ha leído el pensamiento, de camino a casa me llama.

—Hola loca, ¿algún plan interesante? —me pregunta.

—No. La verdad es que ninguno —digo.

—Vale, es que estoy exhausta. Ya sabes, salgo a las ocho, si quieres vamos al cine o algo tranquilo, ¿qué te parece? —me sugiere.

—Pues me parece bien, te paso a buscar por la farmacia y vamos directas —concreto.

—¡Hecho! —exclama entusiasmada.

No pensaba salir, no tengo remedio. Me gusta más salir fuera de casa que estar en ella. Como prometo a las ocho en punto estoy en la puerta de la farmacia donde trabaja Nadia. Me agarra del brazo y juntas vamos hasta un cine cercano. Desconozco qué hay en la cartelera, ojalá sea algo de acción, emocionante, incluso admito intriga y misterio. Si hay sexo del bueno también me apetece, pero pasteladas de amores ñoños y sufrimiento gratuito como que no me apetece. Si es ese tipo de película me quedaré frita fijo.

Finalmente la película que hemos visto no ha estado mal. Acción, tiros, tíos cachas, mujeres un poco pánfilas, en definitiva algo para no aburrirse. Después del cine, decidimos irnos a casa. Nadia trabaja el sábado por la

mañana y por la noche quiere salir, así que la noche del viernes ha sido tranquila.

Vuelvo a casa ensimismada en mis cosas cuando me resbalo.

—¡Joder! —Maldigo y estallo de ira.

Las pocas personas que pasan por mi lado me miran y se ríen. Acabo de pisar una mierda de perro. ¡Lo que me faltaba para rematar el día! No me había pasado nada hasta ahora, aparte de quemarme el dedo con el vapor de la cafetera, por supuesto. Pues lo que toca en este momento es mierda en el zapato. Como puedo me limpio, primero con el bordillo de la acera, parece que cuanto más lo intento más se extiende. Qué poco cívica es la gente con perro, no quiero generalizar, pero semejante caca era visible, menos por mí, desde luego. Quito todo lo que puedo de mi zapato y saco un pañuelo de papel de mi bolso, huele fatal y me produce hasta arcadas. Retiro lo que puedo, pero bastante cantidad se ha quedado en las estrías de la suela, espero que desde donde estoy a mi casa logre ir perdiendo lastre. Llego a casa con el olor de la caca de perro grabado en el cerebro, entro de puntillas y voy directa al baño, pongo la suela del zapato debajo del grifo para sacar todo lo posible, cuando me doy por satisfecha, dejo el zapato en el alféizar de la ventana y termine de irse el olor durante la noche. Me meto en la cama. ¡Qué día más duro!

El sábado por la mañana recibo una llamada de mi madre, quiere que la acompañe a un centro comercial. Necesita probarse ropa y sé que con mi padre va a discutir en la primera tienda. Me pasan a recoger por mi casa. Mi padre nos deja en el centro comercial a mi madre y a mí a nuestro aire mientras él va a una tienda de aeromodelismo, miniaturas y cosas así. Desde que se jubiló, aparte de leer el periódico de cabo a rabo tiene que ocupar su tiempo en algo. De vez en cuando sale a dar un paseo con la bicicleta, pero las tardes son muy largas y no ha encontrado otro *hobby* mejor que las miniaturas o los puzzles que lo mantienen entretenido.

Las compras con mi madre suelen ser fructíferas, si no lo son para ella, lo son para mí. Quiere comprarse ropa porque tienen una boda, no sé muy bien qué es lo que busca pero no me importa en absoluto acompañar y asesorar a mi madre. Tanto ella como yo sabemos sus gustos y lo que puede o no puede ponerse.

Pasamos varias horas en el centro comercial, al final se ha comprado un vestido muy elegante, unos zapatos e incluso el bolso, vamos que tiene el *look* total para ese día. Yo también he pecado con otro vestido monísimo que



seguramente estrenaré esta noche. En el trabajo siempre voy con pantalones, cuando salgo me gusta cambiar. Hemos entrado en una perfumería, y esa sí que es mi perdición. Sería feliz viviendo allí, con todos los potingues, y cremas y aromas apetitosos. No he podido evitar oler algún perfume masculino, no he dado aún con el que usa Carlos, aunque ¡lo averiguaré! He dejado de interesarme por ello momentáneamente, ya que mi madre ha sacado conclusiones erróneas y se piensa que estoy buscando un regalo para un novio o algo parecido. ¡No mamá! Los hombres hasta el momento me han dado más quebraderos de cabeza que satisfacciones.

Comemos en el centro comercial para desgracia de mi padre, ha comprado nuevas miniaturas y está deseando de llegar a casa y estrenar su juguetito. Es como un niño pequeño. Después de refunfuñar un rato lo hemos convencido. Mi hermana se ha quedado en casa estudiando, debe estar a las mil maravillas, ella sola en casa, menos estudiar hará cualquier cosa. Comerá lo que la apetezca y será libre durante unas horas.

Después de la comida damos otra vuelta rápida y de nuevo a casa. Mis padres me dejan en la misma puerta, subo y tras aparcar todas las bolsas con lo que he comprado me tumbo en la cama. Esto de ir de compras es muy cansado.

Me despierto entumecida, he dormido una siesta de campeonato. Miro el reloj incrédula, son las siete y media de la tarde, esta noche no lograré dormir ni con somníferos. Menos mal que saldré con las chicas y llegaré tarde, lo tengo claro.

Hora de realizar las llamadas de rigor, Nadia como siempre está dispuesta a salir, Sonia también y con Susana no contamos, se ha ido al pueblo de su marido con la cría. Las tres magníficas quemarán la noche. Hemos quedado tarde, así vamos cenadas de casa y nos encontraremos directamente en el bar de siempre.

¡Pero qué guapas lucimos! Yo con mi vestido nuevo, divina de la muerte, Nadia siempre va a la última, controla las tendencias como ninguna incluso antes de que estén muy extendidas. Puede parecer que a veces viste demasiado transgresora, pero en pocas semanas ves a un montón de chicas con el *look* que ya llevaba ella el mes pasado. Con un don especial para la moda, los estilismos y las tendencias, además de cuerpo para ello, por supuesto. Sonia es un poco más clásica, aunque siempre está monísima también.

Vamos de bar en bar, está todo muy animado, gente por todas partes, buen

ambiente, y ¿qué más necesitamos? Nada absolutamente, bailar, reír y disfrutar. Por expreso deseo de Sonia hemos ido a un bar un poco elitista diría yo. Es un local bastante grande donde ofrecen conciertos entre semana, y los fines de semana se transforma en una pasarela de figurines, tanto ellas como ellos parecen salidos de revistas de moda. Mucho postureo, gente guapa, con ganas de hacerse ver. Flirteos, miradas lascivas... no es a lo que acostumbramos, pero de vez en cuando no viene mal recrearse la vista. He observado a un par de chicos muy, muy guapos. Entre codazos y el sistema que tiene Nadia de localización de objetivos interesantes mediante coordenadas hacemos la radiografía.

Nadia es increíblemente divertida y a todos les saca algún fallo, desde: «que seguramente lleva los calzoncillos manchados porque está todo el tiempo apretando el culo para simular más altura, a que tiene almorranas, o que su madre cuando era pequeño le pegaba las orejas con esparadrapo para no ser Dumbo...», en fin una serie de bobadas que hace que nos meemos de la risa. Y claro necesito ir al baño. Cruzo los dedos, espero no toparme con Carlos, ya que nuestro punto de encuentro son los baños. ¿Se puede ser más cutre?

Sin novedad, y más aliviada vuelvo con las chicas. De repente el bar se ha llenado y es prácticamente imposible moverse. No sé cómo me las apaño, la gente siempre pasa por donde yo estoy. Es como que encuentran un pasillo a mi lado, me empujan, me pisan, yo bailo y algún codazo cae. Piden perdón y yo también. Todos en paz. Me han rozado el culo en lo que llevo aquí como unas cien veces, lo achacaré a que me encuentro en la zona natural de paso. Nadia y Sonia están contra la pared de tal manera que no las molestan en absoluto. Seguimos bailando y bebiendo.

Noto cómo me pellizcan en uno de los glúteos, no ha sido nada fortuito, ha sido con toda la intención. Poseída por un ser maligno me giro para descubrir a quién ha osado tocarme el culo con ese descaro. Mi mano derecha ya está en el aire dibujando una trayectoria que hará que choque con la cara de semejante atrevido, cuál es mi sorpresa que el hombre en cuestión intercepta mi mano me la pone a la espalda, me agarra por la cintura y me besa. Todo esto ha ocurrido en décimas de segundo, no he podido reaccionar. Como puedo me escapo de mi captor y abro los ojos, porque inexplicablemente durante el beso los he cerrado sin saber quién tenía delante. ¡Carlos! Roja de ira le replico.

—¿De qué cojones vas?! —vocifero todavía pegada a su cuerpo.

—Deja de perseguirme —dice con una sonrisa impertinente.

—Deja de acosarme, de besarme y de tocarme el culo —escupo.

—No parece que te moleste —añade seguro de sí mismo.

—Haz el favor de dejarme en paz —matizo las palabras lentamente mientras logro agarrarle el paquete. Un pequeño apretón para indicar que no voy de farol. Como me toque más la moral le suelto una patada en sus partes que va a ir encorvado hasta que se jubile. ¡Palabra de Rebeca!

—¡Qué manera de acariciar chica! —exclama retirándose—. Si te pones así por un pequeño pellizco en el culo, en la cama tienes que ser una bestia —comenta mientras se va.

Me he quedado alelada con lo que acaba de soltar, me ha salido el tiro por la culata. Lo que intentaba ser una amenaza física, se ha convertido en una incitación a algo más, o por lo menos esa es la impresión que me ha dado.

Me giro furibunda y veo a Nadia y a Sonia dobladas de tanto reír. ¡Malas pécoras!

## Acabemos de una vez

Soy el hazmerreír de mis amigas, a mi costa se pegan una panzada a reír y eso me cabrea. No porque se rían, sino porque lo hagan de mis circunstancias, y mucho más si es debido a Carlos. ¡Me está buscando y me va a encontrar!

Después del encontronazo con Carlos, decidimos marcharnos del bar de los figurines. Nos dirigimos a otro un poco menos sofisticado, más vacío, donde estamos más tranquilas y podemos bailar sin que nos aplasten contra la pared.

Sonia ha recibido una llamada de su nuevo novio, ese al que todavía no conocemos y al que deseamos ponerle cara. Ella, la muy pelleja, se lo tiene bien guardadito. Afirma que está muy bueno, y que si nos lo presenta iremos a por él sin miramientos. Que la amistad no existiría porque nos cegaríamos por su presencia. Nadia y yo comentamos que por supuesto, que si está tan bueno, que comparta, que somos amigas y que sería lo propio. Todo desde la risa y el cachondeo. Si es su chico, es su chico. No hay más que hablar. Hemos llegado a pensar Nadia y yo, que en realidad el pobre no es tan agraciado como nos quiere hacer ver, es más bien feucho y le da vergüenza enseñarlo. ¡Qué lo mismo dará! Si a ella le gusta, adelante. Los guapos y cachas suelen salir rana. ¡Confirmado!

Nos quedamos Nadia y yo como siempre. Sin problema. En este bar creo ver a Andrés, mi ex. El crío universitario que era más fiestero aun que yo, y que no me dejaba ni respirar. Lo ignoraré. Si Nadia no se percata de su presencia, mucho mejor. Conociéndola es capaz de ir a ligar con él, para luego decir que es mi amiga. ¡Menuda es!

Me dan un golpe en el hombro, me he quedado sola porque Nadia ha ido al baño. Temo que sea Andrés que me ha visto. Me giro lentamente con una sonrisa en la cara. Esa sonrisa desaparece de inmediato. ¡Es Carlos!

—Deja de seguirme, chata.

Me está tocando la moral, por no añadir los ovarios, de mala manera. Todavía no entiendo qué quiere, qué busca. ¿Un revolcón? ¿Qué se la chupe? O todo es cacareo y no quiere más que molestar. Lo voy a averiguar.

—Ven —le ordeno agarrándolo de la mano para que no quepa duda de mis intenciones.

Salimos fuera del bar, a la vuelta de la esquina hay un callejón sin salida donde están los contenedores de los bares y que creo que usan de improvisado almacén. Está todo hasta arriba de cajas de plástico llenas de botellas vacías, algún cubo. Lo que viene a ser un lugar donde dejar lo que no entra en el almacén del local.

—Rebeca, vas muy lanzada —ríe.

Me giro, freno en seco y lo empujo contra la pared. Estamos prácticamente a oscuras, no hay más que dos focos que alumbran las puertas de salida de los almacenes de los bares una enfrente de la otra. El resto del callejón permanece en penumbra. Huele a orín, a alcohol, vamos que no es para estar aquí mucho tiempo.

—¿Qué cojones quieres de mí? —le pregunto avasallándolo.

—Y, ¿tú? —insiste.

—He preguntado yo primero.

—Está claro —afirma con suficiencia.

—De acuerdo —concluyo y sin más me pongo a besarlo.

Soy yo la que lleva la voz cantante, lo tengo contra la pared, lo beso de forma desesperada, no porque lo esté, sino porque quiero terminar cuanto antes con este martirio. Él responde a mis besos y empieza a acariciarme, roza mis pechos por encima del vestido, mete la mano por debajo de él y continúa por mis piernas, todo sin dejar de besarnos. Yo tampoco me quedo quieta, coloco mi mano en su entrepierna. El tejido de los vaqueros no es fino precisamente, pero noto que está duro. Doy un paso más, le desbrocho el pantalón e introduzco mi mano entre sus calzoncillos, un calor y una leve humedad me moja la mano, está muy duro. ¡Mejor así! Puestos a elegir. Él también ha metido su mano entre mi tanga —que tiene poca tela que apartar—, y me frota el sexo de forma lenta; aunque el ritmo de nuestros besos es rápido, con la mano podría decirse que es incluso delicado.

En una maniobra muy hábil por su parte me gira poniéndome contra la pared, me hace subir una pierna y apoyarla en unas cajas de cerveza vacía, se saca la polla de su calzoncillo y se introduce en mí. ¡Qué bueno! Lo reconozco, me

gusta. Carlos me empotra contra la pared una y otra vez y estoy encantada de la vida. Nos besamos como dos animales, y él se inserta en mí de forma delicada, morbosa y caliente. Sabe muy bien lo que se hace, ¡vaya si lo sabe!, como que me corro sin prácticamente esperármelo.

Pensé que íbamos a echar un polvo para conseguir quitármelo de encima, que ni me enteraría y tan contenta para mi casa. Pues no. Me llevo un orgasmo por delante. ¡Perfecto! Con unas cuantas embestidas más Carlos se corre también, lo hace fuera de mí, y se lo agradezco. Los aquí te pillo aquí te mato no suelen traer nada bueno. Aunque yo tomo mis precauciones, no está de más ser cuidadoso con según qué cosas.

Tras el polvo en el callejón, me recompongo como puedo. Él hace lo mismo. Salimos de nuevo a la luz, al bullicio y voy hasta el bar, él me sigue y no dice nada. Quiero zanjar esto de una vez por todas.

—Ya has conseguido lo que querías —suelto y lo dejo con un palmo de narices—. ¡Tema zanjado!

Me marcho, entro en el bar. Voy en busca de Nadia que se encuentra sola.

—¿Dónde estabas loca? —pregunta preocupada—. Te buscaba desde hace un rato y no te veía, incluso te he llamado al móvil.

—Vengo de terminar por fin el asunto Carlos —contesto con los dedos a modo de comillas.

—¿Cómo?

—Me lo acabo de tirar en el callejón —digo como si me importara una mierda, porque... no me importa ¿verdad?

—¡Eres mi heroína! —grita—. Vamos a celebrarlo —sugiere. Y yo encantada de la vida.

Entramos en otro bar como un huracán, estamos encantadas, contentas, yo recién follada y algo tocada por el alcohol. Se nos van los pies nada más escuchar la música. Bailamos como dos descosidas mientras nos tomamos nuestra copa tranquilamente.

La noche termina en una churrería a las siete y media de la mañana, mojando churros en un chocolate incandescente, porque no se puede decir que queme, directamente te cauteriza el esófago a su paso. Nos reímos por bobadas y es que vamos regular tirando a mal. La velada ha acabado como era de esperar. Nos despedimos la una de la otra y nos vamos a casa.

¿Sugerí que no iba a poder dormir? Imposible, estoy muerta.

## Comienzo de semana

*E*l domingo ha sido para mí un día inservible, es decir, no he hecho nada, absolutamente nada. Como me metí en la cama cuando el sol ya había salido he dormitado hasta las tres de la tarde. No he descansado bien, me he despertado constantemente, además, me venían *flashes* de situaciones vividas durante la noche anterior, no sé si eran pensamientos o sueños, no lo tengo claro, pero he revivido de alguna manera la noche del sábado en pequeñas píldoras. El encuentro con las chicas, las copas, el baile, el polvo con Carlos en el callejón...

He comido una sopa de sobre y un yogur mientras veía la tele; estoy sola y se agradece. No me he quitado el pijama en todo el día, si mi madre me viera me llamaría de todo menos guapa, es que estoy tan a gusto...

A última hora de la tarde llegan Mila y Sandra, me cuentan su fin de semana, cenamos las tres juntas una pizza que hemos pedido a domicilio y me voy a la cama. No me he recuperado lo suficiente.

El lunes soy otra persona diferente, nada que ver con la piltrafa humana que era el domingo. Me he puesto mi mascarilla, mi sérum, mi antiarrugas y mis gotitas de perfume y parezco hasta más joven. Entro con decisión a mi trabajo, segura de encontrarme con muchas tareas pendientes. La bandeja de entrada de mi correo estará hasta arriba de encargos de Ernesto y de otros. Por supuesto.

Arranco el ordenador, y reviso los correos. ¡No creo lo que veo! Un correo de Carlos, escrito tan solo unos minutos antes. Es el primero que abro, me puede la curiosidad.

*Buenos días Rebeca, ¿resaca?*

*Me supo a poco lo del sábado.*

*Carlos García Navarro.*

*Arquitecto Técnico.*

—¡Mierda! —digo en alto.

He abierto el correo que venía con acuse de recibo, así que va a descubrir que lo he leído. ¿Le contesto? ¿No le contesto? Ni idea. Total, ya sabrá que lo he recibido y leído, así que allá voy.

*Buenos días.*

*No tengo resaca y ésta no es una información referente al trabajo.*

*Si te supo a poco mala suerte.*

*Rebeca Martínez López.*

*Técnico Superior PRL.*

Envío sin acuse de recibo ni nada. Me da exactamente igual. No sé ni porqué le he contestado. La verdad no pensaba que iba a recibir un mensaje suyo, pero la respuesta ha sido como siempre bastante borde.

Me pongo en marcha, no puedo perder el tiempo en estas cosas. La mañana transcurre relativamente tranquila, no he vuelto a recibir noticias de Carlos, aunque he de confesar que cada poco miraba la bandeja de entrada de mi correo por si encontraba respuesta. ¿Esto es normal? No lo creo, en el fondo sé que me va la marcha y si me hubiera contestado al correo, no hubiera tardado ni diez minutos en devolverle la pelota con alguna contestación de las mías. Me conozco.

Como en la oficina; hoy estoy acompañada, se nota que es lunes. Entre unos y otros pasamos nuestro rato de descanso en armonía. Ramón, mi compañero de al lado, se ofrece a hacerme un café. Se lo agradezco, todavía me duele la quemadura del dedo. Después de la comida vuelvo a mi cubículo. Al principio de entrar aquí me parecía claustrofóbico, aunque ya me he acostumbrado.

Son todos prácticamente iguales, aunque hay alguno más grande. Constan de tres paredes totalmente opacas y una, donde también está la puerta, con un vinilo traslucido que permite que entre la luz, y no distinguir a quién camina por el pasillo. Solo se perciben siluetas distorsionadas. Dispongo de una mesa con ordenador, un archivador y una estantería. Algo funcional e impersonal. Otros compañeros cuelgan dibujos de sus hijos, o colocan alguna planta. Yo la verdad es que nada. Al principio llevé una planta, por hacer el lugar más mío, la regué demasiado, el agua se salió del platito de debajo, escurrió y me mojé todos los papeles que había archivados. Me llevó semanas volver a recuperar esos documentos. Los imprimía poco a poco, para no llamar demasiado la atención. Y como era de esperar la planta murió ahogada.

A última hora de la tarde llaman a mi puerta. Mi corazón ha saltado en el



pecho, y aún no sé quién está al otro lado. Abren. Ernesto seguido de Carlos, respiro aliviada por un lado y molesta por otro.

—Buenas tardes, Rebeca, sé que es precipitado, no obstante necesito que mañana vayas con Carlos a comprobar unos terrenos —dice mientras se sienta en frente de mí. Carlos se ha quedado tras él de pie.

—No puedo —contesto rápidamente.

—¿Por qué? —pregunta extrañado. Nunca me he negado a nada en la empresa, ni a viajar, o salir, o trabajar más horas. A nada de nada.

—Tengo médico —aclaro para salir del paso.

—Pues cuando vuelvas —insiste.

—No creo que llegue Ernesto —alego con cara de pena—. Es una consulta pendiente desde hace meses, no puedo cancelarla y es a media mañana.

—Está bien —dice el hombre—. Veré cómo lo soluciono. Si no será otro día.

De momento respiro tranquila, es una tregua, pero ¿por qué he hecho esto? Desde cuando huyo yo de un tío. No lo he hecho nunca. No me entiendo ni yo.

—Ya me informarás —sigo poniéndome a teclear, es disimulo, no hacía nada importante.

—Que no sea nada —añade Carlos cuando salen por la puerta.

No me molesto ni en contestar. Necesito que urdir un plan y desaparecer a media mañana, conseguir un justificante médico que presentar en la oficina... y todo por no ir con Carlos. Lo mío sí que es grave.

De camino a casa maquino, ¿cómo lo haré?, ¿qué me invento?, ¿dónde puedo conseguir el justificante? Creo que daré con la solución antes o después.

El martes trabajaré un par de horas y me iré.

He conseguido hablar con Nadia, que por cierto se ha reído de mí todo lo que ha querido y más, señala que huir es de cobardes, que no entiende el problema con Carlos, si ya está zanjado el asunto no encuentra nada raro en que vaya con él a cotejar unos terrenos... tiene toda la razón, pero no sé por qué lo he hecho. Al comentarle que necesitaba un justificante ella ha dado con la solución. Como trabaja en una farmacia conoce a muchos médicos, enfermeras, y demás personal sanitario. En su farmacia llevan varias residencias de ancianos, les suministran la medicación a sus viejitos, y a alguna que otra clínica privada, así que ha conseguido que me den el justificante en una de ellas.

El tiempo que se supone que debo estar en consulta lo utilizaré en visitar a

Nadia y si puedo desayunar con ella sería genial, ir a la clínica que me diga, recoger el justificante y regresar a la oficina, todo muy tranquilamente. Me voy a tomar mi tiempo. No he cogido nunca una baja, ni he faltado por causas injustificadas jamás. Por una vez. No pasará nada.

La mañana ha resultado muy productiva. El jefe de Nadia no estaba, así que me la he llevado a desayunar, y para constatar que es una buena compañera, ha comprado a Celia, la farmacéutica que trabaja con ella y que se ha quedado al pie del cañón, un café con leche y un donut, ¡qué menos!

He ido a la clínica donde ya habían preparado el justificante e incluso un informe por si lo necesitaba. Esta Nadia es única, si hay alguien servicial en el mundo es ella. Vuelvo a la oficina casi a la hora de comer, podría haber alargado un poco y haber comido en casa, aunque me parecía excesivo. Como con mis compañeros y continúo con lo mío.

Tal y como sucedió el día anterior casi a la hora de salir llaman a mi puerta. Será Ernesto, esta vez no habrá escapatoria. Si quiere que vaya así será, no me quedará más remedio.

—Buenas tardes, Rebeca —saluda Carlos al entrar.

—Hola —contesto en tono poco efusivo.

—¿Todo bien? —pregunta permaneciendo en pie.

—Sí —corroboro de forma escueta. Ni borde ni alegre, en tono neutro. Quiero evitar problemas.

—¿Las pruebas han ido bien? —insiste y yo he creído que su primera pregunta ya era referente a mi visita fantasma al médico.

—Eso creo, de todos modos es algo personal y no tiene nada que ver con el trabajo —le digo y reconozco que no viene a cuento mi mala leche.

—Eres una desagradecida ¿lo sabes? —declara dolido por mi ataque gratuito y lo entiendo.

—Puede —digo orgullosa. ¿Qué me pasa? Yo no soy así.

Carlos se aproxima a mí, me coge de la mano, me hace levantar de la silla y me arrincona contra la pared. Se pega a mi cuerpo y me susurra al oído.

—Todo lo que tienes de borde lo tienes de morbosa —murmura muy pegado a mí.

Puedo notar su aliento en mi cara y he de reconocer que me ha excitado muchísimo.

—¿Se puede saber qué haces? —balbuceo sin ninguna convicción—. ¡Estamos trabajando!

Carlos no se amilana, me da un morreo de los suyos y se va.

Estoy en *shock*, no me esperaba ni mi reacción ni la suya, la verdad. A él no lo conozco bien, bueno un poco, he probado partes de su anatomía humana que... con otras personas que llevo años de relación ni siquiera me lo planteo. Mi reacción ha sido desmesurada cuando me ha preguntado por mis pruebas médicas, he saltado como si estuviera ofendiéndome, algo inexplicable.

—¡No vuelvas a hacer eso! —grito.

Lo he hecho con el fin de deshacerme de mi frustración en un acto infantil. Eso y para quedar por encima.

## ¿Cómo lo arreglo?

Salgo de la oficina encabronada, esa es la palabra. Mientras camino llamo a Nadia, quizá ella pueda ayudarme. Sabe toda la historia, y después de todo reconozco que los acontecimientos no se están desarrollando como yo tenía previsto.

Hablo con ella, le cuento la última ocurrencia de Carlos, que no ha sido otra que llamarme desagradecida —eso me lo merecía—, morbosa y darme un morreo de los suyos. Y, ¿ahora qué? Nadia, me escucha, se ríe de mí y me cuelga. Está trabajando y apenas podemos hablar. Al final estoy como antes, incluso peor, porque no he dado con la solución a este asunto.

Llego a casa dándole vueltas a la cabeza, estoy muy enfadada, tal es así que solo con el ímpetu con el que abro la puerta del portal me quedo con el picaporte en la mano. ¡Lo que me faltaba! Ahora tendré que llamar al administrador, a mi casero o ¡yo qué sé! Se me ha ocurrido una idea fantástica, Menchu, mi vecina cotilla, ella seguro que sabe qué hacer en estos casos. Igual que ella es una impertinente que no duda en llamar a la puerta de cualquier vecino, voy a hacer lo mismo.

Pongo cara de pena y procedo. Se asusta al principio, después, como le gusta tanto un chisme, le relato, adornando con muchas palabras rimbombantes lo sucedido: «que si estaba nerviosa, que si no podía abrir, que si no he hecho tanta fuerza como para romperlo...», y se lo ha tragado. Me ha confirmado que la manilla ya estaba algo suelta, que ella se encarga de hablar con José Luis, el administrador, porque quiere aprovechar para comentarle no sé qué del ascensor. ¡Perfecto! Me despacha en un santiamén. Al final he logrado lo que quería. Me voy a casa y me suena el teléfono. Es Nadia.

—¡Hola, loca!, perdona por lo de antes, tenía la farmacia a tope y no podía hablar —se justifica.

—No pasa nada —digo entrando en casa—. Me acabo de cargar la manilla de la puerta del portal —le cuento sin saber por qué.

—¡Pues sí que estás mal! —ríe.

—No sé, cabreada sí, pero mal no —comento a la vez que me siento en la cama y me descalzo.

—He estado pensando —confiesa. Es oír eso y prestar toda mi atención. Necesito pistas—. ¿A ti te gusta Carlos? —pregunta.

—No lo creo —titubeo indecisa, porque es verdad.

—Ya... —añade pensativa—. Pues tu plan no surtió efecto.

—¿Te refieres al plan de echarle un polvo para que se diera por conforme porque ya había conseguido lo que quería? —pregunto, sabiendo cuál es la respuesta.

—Ese exactamente.

—Ya lo sé, entonces tendré que idear otro para que deje de acosarme, besarme cuando le venga en gana y todo lo demás —digo con la idea de obtener una solución.

—Pues no se me ocurre nada, amiga.

—A mí tampoco —suspiro resignada a seguir pensando.

—Ya se nos ocurrirá algo, porque estás segura de que no te interesa, ¿no? —insiste.

—Segurísima, además es que es hablar con él y me sale mi peor versión —añado para que quede claro. Más a mí que a ella.

—Vale, vale —Claudica—. Pensaré algo y te diré.

—Perfecto —contesto. Sé que en cuanto así sea me lo hará saber.

Al día siguiente a la primera persona a la que veo en la oficina es a Carlos, ¡mal empezamos! Muy educadamente y delante de otros compañeros que se acercan a nosotros me invita a su despacho, por lo visto quiere comentarme algo. No puedo negarme. El muy cretino, lo ha hecho con premeditación y alevosía. Entro después de que me ceda el paso, es muy amable, eso hay que reconocerlo. Cierra la puerta, se acerca a mí, me mira. Yo a él. Nos retamos con la mirada. No digo nada, voy a esperar a que él empiece.

—Buenos días, Rebeca —sonríe.

—Buenos días.

—¿Estás enfadada? —pregunta.

—¿He de estarlo? —contesto con otra pregunta.

—No tendrías por qué.

—¡Pues eso! —le digo altiva—. Si no tienes nada que decirme me voy a trabajar —suelto a la vez que agarro el pomo de la puerta con fuerza.

—Decirte... decirte no —se burla. Se acerca más a mí y empieza a besarme. Me ha pillado fuera de juego, no me lo esperaba. Pensé, incrédula de mí, que se trataba de algo laboral. Y me la ha jugado bien.

Sus besos son deliciosos, porque es la verdad, y no sé porqué le correspondo. Lo agarro del pelo y continúo con lo que él ha empezado. ¿Qué busca otra vez? Un polvo y ya. No lo sé. Aunque me está gustando. No sé ni donde estoy ni lo que hago, Carlos me calienta de una manera que no había sentido antes. Sus besos siguen, mete sus manos debajo de mi camiseta, me toca los pechos, y no me molesta en absoluto, me gusta. Estamos apoyados en una de las paredes opacas de su cubículo. Nadie nos ve, el riesgo a que nos pillen añade un plus a esto que sucede. Acaricio a Carlos debajo de su camisa. Antes apenas le había tocado, tiene un abdomen duro, noto algo de vello, pero no me importa en absoluto.

Tengo los ojos cerrados, aprisionada contra una pared de un cubículo prefabricado por un tío que me saca de mis casillas, y estoy disfrutando. ¿No es una paradoja? Puede.

Lo besos continúan un rato más, las caricias también. En un respiro Carlos me pide que me quite una pernera de mi pantalón. Él me ayuda, se desabrocha su pantalón y se introduce en mí. ¡Magnífico! Esa sensación ya le he vivido antes, en un callejón oscuro y ahora en la oficina.

Carlos, es delicado, firme pero delicado, esto también parece una contradicción aunque no lo es en absoluto. O por lo menos no me lo parece. Me está llevando al éxtasis casi sin querer. Me cambia de posición, él se sienta en la silla que tiene frente a su mesa, no es la que usa habitualmente, porque esta no tiene reposabrazos, así estaremos mejor, y yo me pongo a horcajadas sobre él.

Antes de hacerlo se ha puesto un condón. Es algo que es de agradecer, la sensación no es la misma, no obstante, hay que ser cuidadoso. Empiezo mi cabalgada, hago lo que quiero. Me remuevo sobre Carlos sin importarme que disfrute o no. No sé si actúo de esta forma para castigarle o porqué, soy la que lleva la iniciativa, la que disfruta de lo lindo. Y tanto es así, que encuentro el éxtasis sin dejar de subir y bajar sobre su pene. A los pocos segundos lo hace él, se impulsa con sus manos dándome la estocada final. ¡Apoteósico!

Casi con la polla de Carlos palpitando dentro de mí me levanto, me visto

rápidamente y salgo. Estoy enfadada conmigo misma sobre todo. Abro la puerta con tanto ímpetu que me doy con ella en la frente. No miro atrás. Mis ojos están vidriosos por contener el dolor y la rabia. No veo de forma nítida, y lo que era de esperar ocurre. Me choco contra algo. Más bien contra alguien.

—Rebeca, buenos días ¿te encuentras bien? —pregunta Ernesto.

—Buenos días, Ernesto. Sí, estoy bien —digo apurada.

—Tienes mala cara —confirma.

—Estoy bien, no te preocupes. —Si algo soy es expresiva, se me nota a la legua que algo va mal.

—No dudes en irte a casa si empeoras —comenta mientras se dirige al despacho de Carlos.

No contesto, acelero el paso y me meto en mi cubículo. Me siento, pongo los brazos sobre la mesa y me echo a llorar. ¿Por qué lloro? Es por el dolor de la frente, que aún me palpita y puede que también sea porque soy una estúpida, he vuelto a caer en las garras de Carlos. No me gusta, no sé si me cae mal o no, pero tengo claro que no podría ser mi amigo. Saca a la tía más borde de mí y no puedo evitarlo. Sus besos me encienden, su altanería, su arrogancia y su prepotencia creo que también... ¿Desde cuándo me gustan a mí estas cualidades en un hombre? Estoy confundida y enfadada. No me comporto como debería. Sobre todo cuando él está cerca de mí. No puedo seguir así, esto no me traerá más que problemas. Tengo que encontrar otro plan, esta vez efectivo.

## Tiempo para pensar

*E*l resto del día lo paso en mi cubículo. Ni siquiera salgo a comer con mis compañeros. Lo hago aquí aún a riesgo de que el olor de la ensaladilla se esparza como si fuera un ambientador. No me importa. No es que no quiera socializar, es que no quiero ver a Carlos. Esa es la verdad. Me ha escrito algún correo que directamente he borrado. No sé si sería algo referente al trabajo o al polvo que hemos echado, pero si tiene mucho interés en saber algo que me pregunte directamente. Ha insistido, eso sí, se ha asegurado de poner en el asunto del mensaje el tema a tratar, los que me han parecido serios los he abierto, por lo menos no me ha engañado; los he leído y le he contestado. Fin de la historia. Todo estrictamente profesional.

He llegado a casa agotada, porque esa era la palabra, un polvo mañanero y todo el día metida en mi cubículo han hecho mella en mí. Me intercepta en el portal Menchu, mi vecina, me viene a dar novedades acerca de la manilla de la puerta, hago como que la escucho. Le pongo buena cara, se lo agradezco y subo a casa. Las chicas no están, todavía no han regresado de la universidad. El resto de la tarde lo dedico a preparar la comida para el día siguiente, ceno y me meto en la cama.

Enfrento el miércoles con temor. No es que no quiera trabajar, es que no quiero encontrarme con Carlos; esa pequeña diferencia hace que vaya a trabajar con el estómago hecho un nudo.

Entro en mi cubículo y me pongo a trabajar. Correos, llamadas, informes, planes, consultas a mis compañeros... Se puede decir que es un día habitual. Prefiero esta rutina mil veces.

Llaman a mi puerta, me pongo en tensión. Aparece Ernesto.

—Buenos tardes, Rebeca —saluda muy amablemente.

—Hola, Ernesto ¿qué tal? —digo aliviada porque viene solo.



—Bien, muy bien. Te he enviado un correo para que revises una cosa y me gustaría planear contigo alguna visita de la próxima semana —contesta a la vez que se sienta frente a mí.

Es algo que hemos hecho muchas veces: comprobar la agenda y planificar. Nada nuevo, me temo que querrá que vaya con «el innombrable».

En efecto, la semana próxima será de aúpa. Dos o tres días de viaje va a ser cansado. Uno de ellos será de ida y vuelta, en el otro tendré que dormir allí. Intento sonsacar a Ernesto información, averiguar quién vendrá conmigo, si me va a acompañar Carlos o será otro compañero. De momento no suelta prenda, ¡capullo! Me pide que reserve hotel, dos habitaciones, y poco más. Me dará más indicaciones a lo largo de la semana y a principios de la siguiente. Ya tengo días para darle vueltas al asunto. Lo de las dos habitaciones me ha sonado un poco raro, en realidad no tanto. Casi siempre voy con hombres, no sería profesional, además que ni se me ocurriría, dormir en la misma habitación.

Tras la conversación con Ernesto vuelvo a lo mío. Me quedan veinte minutos para salir. Espero que nadie me interrumpa hasta entonces. Salgo de la oficina respirando profundamente. Un día entero sin encontrarme con Carlos. Era lo que necesitaba.

—¡Hola, loca! —dice Nadia al otro lado de la línea. Casi siempre aprovecho el camino de ida a casa para hablar con ella.

—Hola, ¿cómo lo llevas? ¿salimos hoy? —sugiero.

—¡Estás loca, tía! No puedo salir —contesta seria—. Vas a acabar con mi poca economía —bromea.

—Vale, es que me apetecía tomar algo y a casa pronto —me excuso—. Ya sé que no es un día habitual de salir, que será algo puntual y corto.

—Lo siento pero no, que te conozco, me conozco y lo que empieza por una caña y a casa se convierte en una caña tras otra y a casa cuando amanece.

—Ja, ja, ja. —Río porque sé que tiene razón. Si no es ella soy yo, pero al final nos arrastramos la una a la otra sin oponer mucha resistencia.

Aprovecho para hacer algo en casa, preparar comidas, un poco de plancha y más contenta que un ocho porque sé que el jueves sí saldremos; finalmente me meto en la cama.

El jueves transcurre muy parecido al miércoles. Sin noticias de Carlos. Ernesto me ha concretado más acerca de los viajes. El martes será el de ida y vuelta, y el jueves y el viernes el largo. Así puedo hacer mis composiciones.

La misión que tenemos entre manos es ir a varias parcelas, solares y terrenos para poder iniciar trámites de compra-venta siempre y cuando cuadren con lo que buscamos. Es algo que ya he hecho antes. No soy la que tiene la última palabra, obviamente, nada más es ir a ver *in situ*, acompañada de algún compañero si sería viable la construcción de según qué edificios en la zona elegida. Suelo ir con arquitectos, o aparejadores, ellos dan su opinión y yo la mía. Luego el departamento financiero hace cuentas y a partir de ahí se decide.

Tras finalizar mi jornada laboral llego a casa como una bala, tengo que ponerme mona para salir con Nadia. Ansío tomarme una cerveza en su compañía desde el lunes. No es porque necesite el alcohol en mis venas, es porque necesito desahogarme, contarle mi mierda de semana y ser un poquito más feliz cuando haya soltado ese lastre.

Quedamos donde siempre, me he decantado por un vestido de flores muy primaveral, unas botas de ante marrón planas y he de decir que luzco muy juvenil. En cuanto me ve Nadia se echa a reír.

—¡Qué guapa, loca! —Siempre me llama así aunque tengo mis dudas de quién de las dos lo está más.

—¡Gracias! —digo coqueta.

—¿Cómo va la semana?

—Larga, larguísima. No veo el momento de que termine —contesto y doy un sorbo a mi cerveza.

—Bueno, mañana ya lo tienes —añade optimista.

—Sí, la que viene tengo dos viajes, así que el jueves no salgo ni en broma, llegaré aquí el viernes pero no sé a qué hora —explico mi plan.

—No pasa nada, así descanso.

—¡Oye! —Me hago la ofendida.

—No, descanso de los bares, de las copas... ya sabes... no de ti.

—Vale.

—¿Cómo va tu plan? —pregunta. Sé de sobra a lo que se refiere.

—Pues un poco estancado la verdad —comento resignada—. Llevo días pensando en ello y aún no se me ocurre nada factible.

—Ya se nos ocurrirá algo y si no ¡improvisa! —exclama divertida.

Permanecemos un rato más en el bar de siempre, cuando nos cansamos nos acercamos hasta un lugar que me han recomendado, es un bufet libre. Pagas una cantidad fija y comes lo que te apetece. El sitio es amplio, limpio y puedes comer casi de todo tipo de cocina: asiática, argentina, local, alguna

*delicatessen* árabe, el caso es que tiene muy buena pinta. Con nuestros platos a rebosar y con alimentos que jamás habíamos comido nos sentamos en una mesa apartada, comenzamos a cenar y a hablar de nuestras cosas. Después llegarán las copas, como es tradición.

## Improvisando

*D*espués de la cena abundante entramos en un bar en el que aún no hay mucha gente. Pedimos nuestras copas y nos ponemos a hablar, de momento no vamos a bailar, tenemos la tripa llena de tanto que hemos comido.

—A las doce en punto —señala Nadia.

Es su manera de advertir que algo interesante aparece en el panorama. Ella y sus coordenadas. Miro disimuladamente porque el bar no está lleno, sino me hubiera girado sin contemplaciones.

—Bueno, bueno, bueno —digo.

—Ese no es... —deja el suspenso. Es mi ex, exactamente. Llega con su grupo de amigos, y me parece que está más guapo que nunca. Se ha puesto cañón.

—Sí, es Andrés —confirmo.

—¿Está más guapo que antes o me equivoco?

—No, no te equivocas en absoluto. Está..., no sé cómo decirlo..., se ha puesto... quizá sea que tiene el pelo más largo. —Dudo porque está mejor aunque no sé en qué ha cambiado.

Mi amiga y yo ignoramos al grupo de mi ex. Estamos pasándolo bien y no queremos interrupciones. Nos animamos y nos ponemos a bailar. Se nos van los pies, es algo que nos sale así de espontáneo. El bar se llena, está mucho más concurrido que antes. Nos divertimos, tomamos copas y como era de esperar debo ir al baño. Salgo sin ningún percance, pero cuando estoy a punto de llegar hasta donde se encuentra Nadia, que resulta que está saludando a mi ex, me agarran por la cintura.

—Buenas noches, Rebeca —saluda Carlos.

—*Buf* —resoplo—. Hola.

—Qué fea te pones cuando resoplas —se burla de mí. Ya me está tocando las narices. Ignoro su comentario y le agarro de la mano.

—Ven, quiero presentarte a alguien —atajo sin pensar mucho en las consecuencias.

Nos acercamos hasta donde está Nadia con Andrés, me acerco sobreactuando, hago ver que me alegro muchísimo de encontrarme con él en el bar y le doy un morreo que el pobre chico no se esperaba.

—Él es Carlos, un compañero de trabajo —explico enfrentando a dos hombres que tienen cara de circunstancias y que no saben muy bien a qué viene todo el *show* que acabo de montar. El primero en contestar es Carlos.

—Hola —dice y le tiende la mano.

—Soy Andrés. —Corresponde y estrecha la mano de Carlos.

—Bueno chicos, nosotras ya nos íbamos —me despido a la vez que arrastro a Nadia que no deja de reírse.

—¡Disfrutad de la noche! —añade mi amiga. Dejamos a Carlos y a Andrés uno frente a otro sin saber qué hacer.

Salimos a la calle, yo cabreada y Nadia muerta de la risa.

—¿Cómo se te ocurre presentarlos? —pregunta retirándose las lágrimas que amenazan con arruinar su maquillaje.

—Me has dicho que improvisara, y eso he hecho —explico algo que para mí es obvio.

—No sé qué pensarán de ti, pero les has dejado noqueados —dice Nadia repuesta de su ataque de risa.

—No lo sé Nadia, Carlos me ha interceptado cuando volvía del baño y te he visto saludar a Andrés y no se me ha ocurrido otra cosa. Espero que Carlos piense que entre Andrés y yo hay algo y no vuelva a molestar.

—Quizá, esta vez tengas suerte —añade mi amiga y mete su brazo por debajo del mío.

—Hora de irse a casa.

Llego a casa, estoy enfadada aunque satisfecha por lo que acabo de hacer. A buen entendedor pocas palabras bastan ¿no? Ojalá le quede claro que no es el único hombre que hay en mi vida. Si él supiera. Estoy más sola que la una, por decisión propia no porque no pueda.

El viernes llego al trabajo contentísima. Es el último día de la semana y lo cerraré rápido. He aprendido de mis compañeros, creo que no comeré en la

oficina. Me inventaré algo, un viaje relámpago o lo que sea, terminaré pronto sí o sí.

La mañana es fructífera. No he tenido interrupciones. De los viajes de la semana próxima aún no sé nada, supongo que Ernesto me contará el lunes.

—Rebeca —dice Carlos mientras recojo unos documentos que he mandado imprimir.

La impresora se encuentra en una zona común, así que hay que levantarse para recogerlos, muchas veces se convierte en el punto de encuentro de varios compañeros.

—Dime.

—El de ayer, ¿era tu novio? —pregunta sin rodeos.

—¿Lo dudabas? —contesto orgullosa. Ha picado el anzuelo.

—¿Y tu novio sabe que te lo montas con otro en un callejón y en mi despacho? —comenta de forma arrogante. Eso no me lo esperaba.

—Mi relación con Andrés a ti no te incumbe, si me perdonas voy a seguir trabajando —declaro y lo dejo pensativo.

He vuelto a improvisar como me aconsejó Nadia. De momento no me ha ido tan mal. Eso sí, toda esta bola de mentiras cada vez se va haciendo más grande. Me temo que cuando explote me salpicará.

## Fin de semana alocado

*E*l viernes las chicas y yo decidimos cenar en mi piso. Tanto Mila como Sandra no están, así que podemos disponer del salón para nosotras solas. Si estuvieran tampoco sería problema, se unen al grupo y fuera. No sería la primera vez.

Somos las de siempre, incluso ha venido Susana con la pequeña Nuria, es una monería de niña, todas la cogemos, le hacemos arrumacos y jugamos con ella. No da ni pizca de guerra, solo cuando tiene hambre. Las chicas han encargado comida a domicilio. Es una cena multicultural diría yo, conformada por *sushi*, nachos, algunos quesos de importación, en definitiva de todo un poco. Lo regamos con un vino buenísimo que se ha encargado de comprar Nadia. Pasamos una velada extraordinaria. Como siempre, Susana se va pronto con su bebé, la acompaña Sonia que se ha citado con su medio novio, al final quedamos Nadia y yo. Nos dedicamos a ver una película mientras comemos palomitas. Hemos terminado de cenar y seguimos con las palomitas, ¡vamos a reventar! Cuando la película acaba Nadia se va a su casa. Tiene que trabajar al día siguiente.

El sábado transcurre como siempre, al mediodía voy a casa de mis padres a comer. Ellos se marchan después porque han quedado con unos amigos. Mi hermana me ha pedido ayuda para preparar uno de sus exámenes. Y aquí estamos peleándonos con la física, los campos magnéticos, inducción electromagnética y demás... Me pongo al día para explicárselo. Paso la tarde con ella hasta que recibo la llamada de Nadia. Me cuenta que ha conseguido unos pases para una inauguración de un bar. Conoce a un montón de gente y siempre nos invitan a eventos de este tipo. Se trata de un *gin club*, es decir, un bar cuya especialidad son los *gin-tonics*. Conmigo se arruinarían,

normalmente tomo uno, con el segundo ya no puedo. Pues ya tenemos plan. Iremos a la inauguración del local.

Me he vestido explosiva, quiero ir guapa a ese evento, llevo un vestido corto color negro elegante y sofisticado, unos botines destalonados y un bolso supermono que me regaló Nadia en mi último cumpleaños.

El sitio es precioso, está muy concurrido como era de esperar. Decorado en tonos grises y blancos, con cuadros en las paredes de fotografías de diferentes bebidas, casi todo son *gin-tonics* preparados de diferentes maneras, con distintas copas... la música está bien, y las camareras espectaculares. Todo chicas, ¡es una pena! Eso sí, el DJ está muy bueno, es un chavalín, no tendrá más años que Andrés, se ve que esa generación viene pisando fuerte. Disfruto como nunca, nos han invitado a una copa de cava nada más entrar y después a un par de chupitos. Están tirando la casa por la ventana. Bailo y bebo, mientras observo que Nadia saluda a muchísima gente. Ella es muy abierta y siempre coincide con alguien conocido. Está hablando con el chico que le ha dado las invitaciones, es muy guapo, sí señora, ¡menudo gusto tiene la pájara! Sus amigos andan por ahí pululando. Uno se me acerca, empezamos a hablar, tonteamos, porque lo hacemos los dos de forma descarada. Nadia sigue a lo suyo y yo también voy a aprovechar la coyuntura. Se llama Mario, es muy simpático y creo que tiene ganas de juerga. Nos enrollamos en uno de los sofás que tiene el bar, él me acaricia sin profundizar mucho y yo me dejo. No besa mal del todo para mi gusto, pero es un poco lento, diría yo. Yo soy de más bien de acción y me da la sensación de que debo ir guiándolo. Seguimos un buen rato dándonos el filete ajenos a todo y a todos, porque me apetece, porque estoy soltera, porque me gusta besar y que me besen y porque no hago daño a nadie, porque disfruto, en definitiva, por muchísimas razones. Para mí esto es algo fisiológico, necesidades del cuerpo y que si las puedo cubrir mejor que mejor.

Después de calentarnos mutuamente con los besos Mario me pide disculpas, dice que tiene que ir al baño. Se va, miro a mi alrededor. Nadia está en la misma tesitura que yo hace tan solo unos minutos, y resulta que no es el chico con el que estaba cuando he empezado a hablar con Mario. Mañana que me cuente todos los detalles. Compruebo a un lado y a otro y noto que el sofá se hunde a mi lado, será Mario que ha regresado del baño. Quiero terminar la noche en condiciones, ya que estoy muy excitada.

—Rebeca, ¿sabes tu novio que te estás pegando el filete con otro? —dice



Carlos que se ha sentado a mi lado.

—¡Deja de seguirme! —exclamo realmente enfadada.

—No te sigo, simplemente tú vas a los mismos sitios que yo —contesta airoso.

—O tú donde yo voy —señalo.

—No te creas tan importante, chata —comenta con una sonrisa de medio lado que me revienta.

—Pues si no soy tan importante para ti déjame en paz, ni te va ni te viene con quien estoy o qué hago —suelto enfadadísima.

—Si yo fuera tu novio te ataría en corto, cambias con mucha facilidad de hombre —me espeta.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué insinúas? ¿Quieres llamarme algo y no tienes los suficientes cojones? —pregunto irritadísima.

—No, chata, no quiero eso, quiero otras cosas... —concluye levantándose. A la vez que lo hace se inclina y deposita un beso en mis labios, para después mordérmelos.

Esto me ha calentado más aún que los besos de Mario. ¡Será impresentable! En cuanto Carlos desaparece, veo aproximarse a Mario. Viene desencajado. Ha perdido hasta el color.

—¿Qué te pasa? —pregunto preocupada.

—No lo sé, me encuentro mal. Lo siento mucho Rebeca, de verdad, pero me voy a ir a casa —dice el muchacho compungido de verdad.

—Sí, sí, no te preocupes —manifiesto acompañándolo hasta la puerta.

—Te llamo otro día y bueno... pues... —dice apurado.

—De acuerdo. —Me despido y veo como se va corriendo se mete entre dos coches y se pone a vomitar. Realmente está fatal.

Ahora me he quedado sin plan, podría ir con Mario, sobra decir que no tengo porqué hacerlo y me parece que hasta vive con sus padres, no soy su niñera ni pretendo cuidarlo. Podría volver a entrar, Nadia tiene el plan hecho, solución práctica: Rebeca se va a casa. El sábado que prometía ser apoteósico ha resultado ser normal, decepcionante más bien.

Llego a casa, no encuentro las llaves por ningún lado. Mis compañeras de piso no están y no voy a llamar a mis padres, los asustaría. No es demasiado tarde, sin embargo prefiero no hacerlo. Decido probar con mi hermana, sé que iba a salir con sus amigas, con un poco de suerte está despierta, iré hasta donde me diga y volveré a casa con ella.

En efecto, Virginia está de fiesta con sus amigos, ella tiene diecisiete años y sus amigos son todos mayores de edad, ella es la pequeña del grupo. En cuanto cumpla la mayoría de edad mi madre lidiará con ella, ¿qué no sabré yo!

Quedo con ella en un bar supercutre donde sé que les ponen las cervezas baratísimas y si piden una cantidad indecente de ellas les regalan otras cuantas, además de unos cacahuetes. Lo sé porque yo también era asidua a ese bar cuando tenía su edad. Me dan hasta pena cuando los veo, todos rascándose el bolsillo por si les llega la paga. Yo no soy millonaria, pero no vivo mal. Les invito a un par de rondas, me voy a gastar con ellos lo que prácticamente me cuesta una copa en otro bar. Al final acabamos todos bastante perjudicados, cantando en el bar, porque resulta que tiene karaoke, canciones de hace mil años. Mi hermana y yo a lo Rocío Jurado somos la envidia de los amigos de mi hermana. Carezco de vergüenza, así que estoy dispuesta a cualquier cosa. Canto, bebo y me río como hacía mucho tiempo. Son tan inocentes, que despiertan en mí cierta ternura.

Termino con mi hermana comprando chocolate y churros para mis padres. Virginia obviamente tiene hora de llegar a casa, aunque hoy al estar conmigo la he convencido de quedarse más. Ya hablaré yo con mi madre, además el chocolate y los churros allanarán bastante el camino. Lo que había empezado bien y se torció, al final se ha convertido en una noche alocada con mi hermana. Debería repetir esto más a menudo.

A las siete de la mañana aparecemos las dos en casa de mis padres con la docena de churros y el calderito de chocolate. Mi madre está enfadada, lo sabemos de sobra, al vernos llegar a las dos respira tranquila, dejamos el chocolate como que no quiere la cosa en la mesa de la cocina y nos vamos a acostar. La noche ha sido dura. No habré follado como parecía que iba a suceder, de todas formas lo he disfrutado.

El domingo transcurre con mis padres y mi hermana, no paramos de reír, incluso contagiamos a nuestros padres. Repetimos la actuación de la Jurado, con mucho menos alcohol en vena, por supuesto, y nos quedamos tan anchas. Vuelvo a casa en el bus, con las llaves de mi casa a buen recaudo. Soy un desastre, no sé dónde habré dejado mi juego. Me llama Nadia, ella habla todo el tiempo me cuenta su noche de sexo animal y yo la mía de risas y karaoke, nada que ver la una con la otra, pero al final las dos lo hemos pasado bien.

## Trabajo, viajes, novedades

*E*l lunes empiezo con un nerviosismo raro. No sé con quién iré de viaje el martes y eso me escama.

A primera hora Ernesto se presenta en mi despacho, me detalla todo con pelos y señales, mi desazón desaparece y aunque me esperaba lo peor, al final iré con Martín. Martín es un aparejador que lleva bastantes años en la empresa, lo conozco desde hace tiempo y ya hemos viajado antes. Da gusto trabajar con él. Es muy buen profesional. Los dos formamos un buen equipo.

Debe rondar los cincuenta años, se conserva muy bien para su edad. Parece incluso más joven, está felizmente casado y es papá de una niña por la que bebe los vientos. Toda esta información la sé de otros viajes que hemos compartido, su mujer Eva, cuando él sale de viaje se pone muy nerviosa y lo llama cada poco tiempo. No es porque no se fie de su marido, sino porque tiene verdadero pánico a la carretera y al coche. Alguna vez he hablado con ella para intentar tranquilizarla.

El lunes pasa rápido, debo ponerme al día con los viajes. Leerme informes previos, localizar dónde están los terrenos y empaparme de toda la información posible para realizar mi trabajo de forma correcta.

El martes a primera hora voy a mi despacho, recojo un dossier que dejé preparado el día anterior y bajo a la recepción. He quedado con Martín allí, a los pocos minutos aparece. Cristina, la recepcionista, nos entrega el llavero correspondiente con el logotipo de la empresa por un lado y la matrícula y modelo de coche que nos ha asignado por otro.

Nos dirigimos a nuestro destino. El viaje es ameno, Martín me cuenta anécdotas de personas que conozco de la empresa y de otras que ya no están. De vez en cuando enterarse de algún chismorreo sirve para darse cuenta de que todos somos humanos y metemos la pata. Este tipo de situaciones nos

humaniza más, diría yo. Las llamadas de Eva, la mujer de Martín, son frecuentes, como llevamos el manos libre activado no me queda más remedio que enterarme de sus miedos. Martín me explica que cuando ella era pequeña sufrió un accidente con sus padres y hermano. Aún no lo ha superado, su hermano falleció y cada vez que él tiene que viajar es como que revive aquella tragedia y ve reflejado en Martín a su hermano. Algo extraño, que puedo llegar a entender.

El trayecto no dura mucho, llegamos a los terrenos y nos ponemos a trabajar. Todo va relativamente bien, Martín controla mucho y no dejo de aprender. Comemos por allí cerca y por la tarde visitamos otra zona. Estaba planeado, siempre y cuando nos diera tiempo. Ha ido todo bien, así que a otro sitio. Estos terrenos no nos gustan nada a ninguno de los dos. Haremos el informe pertinente y que ellos decidan, aunque no vemos posibilidades reales. Yo como técnico en prevención no tengo mucho que añadir, los solares, son solares, pero la zona me parece altamente inundable y eso dará problemas, Martín tampoco lo ve claro así que seguramente nuestro informe será negativo.

Regresamos a la oficina cuando prácticamente se ha ido todo el mundo. Dejamos la llave a Cristina y nos despedimos. En la salida vemos a Ernesto y a Carlos. Como yo voy acompañada por Martín, salvo la situación sin problema.

—Buenas tardes —saluda Ernesto—. ¿Cómo ha ido la cosa?

—Muy bien Ernesto —dice Martín adelantándose—. Rebeca trabaja muy bien.

Me siento halagada porque es verdad, creo que me he puesto hasta colorada.

—Gracias —farfulto.

—¿Tendrías inconveniente en contarme un poco ahora? —pide Ernesto a Martín.

—No, eso sí, voy a llamar a Eva primero y ahora subo a tu despacho —dice Martín.

—Te espero allí. —Ernesto se va. Martín se retira para hablar con su mujer y yo me quedo frente a Carlos sin saber qué decir.

—¿Qué tal, Rebeca? —pregunta. Deseo que se interese por algo laboral.

—Bien —contesto de forma cordial.

—Esta semana otro viaje, ¿no? —añade. ¿Por qué quiere entablar una conversación conmigo si yo no quiero?

—Eso parece —Me encojo de hombros—. Si no te importa me voy a casa,

estoy cansada.

—Si quieres te acerco yo, tengo el coche ahí —señala el aparcamiento.

—Prefiero ir andando.

—Eres una desagradecida, te lo vuelvo a repetir —ataca dolido por mi negativa.

—¿No tienes otra cosa más que decir? Te repites como el ajo —digo a la defensiva. Otra vez estamos enredados en una batalla dialéctica.

—Sí, eres una desagradecida, una terca y orgullosa... además de... —Hasta ahí voy a permitir. ¡Solo faltaba!

—¡Ya! —corto su retahíla de insultos—. Hasta aquí Carlos, no voy a permitir que me insultes.

—No te insulto, simplemente te digo lo que eres, si te lo tomas como un insulto por algo será —considera de forma tranquila y pausada. Me enferma lo que hace, yo me exalto y él está tan tranquilo, no se altera por nada.

—Muy bien, pues si quiero que alguien me diga cómo soy se lo pediré a mis amigos, no a ti. —espeto.

—Puede que ellos no sean imparciales ¿no te parece?

—Seguramente —contesto altiva.

—Flaco favor te hacen si te regalan los oídos con cosas que no son —explica a modo de consejo moral y eso ya no lo soporto.

—Ellos me quieren y no me dicen lo que quiero oír como tú insinúas. Además todo lo que manifiestas que soy solo ocurre cuando estoy contigo, esa que defines como desagradecida, orgullosa y terca no soy yo —especifico mientras me pongo a caminar.

—Me gustaría conocer a esa otra chica que no es tan borde.

Sonríe y ahí no sé qué decir

—¡Ponte a la cola chato! —suelto y me voy.

Tengo la adrenalina por las nubes, discutir con Carlos provoca ese estado de nerviosismo y estoy acelerada. Me ha dicho que quiere conocerme, ¿qué es lo que este hombre quiere de mí? Primero pensé que se trataba de un polvo, se lo di, no fue suficiente, el segundo fue... prácticamente buscado por los dos, lo admito. Después le presenté a mi ex para que pensara que era mi novio, no resultó. El sábado me vio con Mario, tampoco le convence. Él pretende conocerme. No me voy a quitar de encima a este tío ni con agua caliente.

El miércoles lo dedico a redactar el informe que irá junto con el de Martín. Tanto el del primer terreno como el del segundo. Ambos pasarán a otros

despachos y será allí donde decidirán si es viable para la empresa. Cuando determinen todo eso, los arquitectos y aparejadores diseñarán lo que mejor convenga. Entonces reemprenderé de nuevo el proyecto elaborando el plan de Seguridad y Salud para dicha obra. No será la última vez que visite esos terrenos.

Una vez con ese asunto más o menos hilado reviso la información concerniente a los otros lugares que visitaremos a continuación. Será un viaje de dos días y no pararemos, aunque conociendo a Martín, todo será fácil y no se nos dará mal. Recuerdo que debo preparar una maleta pequeña. Aunque no pasaremos por el hotel nada más que para dormir, es conveniente llevar ropa de cambio.

A última hora del miércoles Ernesto me pregunta si está todo listo para los dos días siguientes, lo revisamos y me voy a casa. Tengo muchas cosas que hacer aún.

Una vez en el piso mientras preparo el equipaje llamo a Nadia, ella siempre me asesora, me dice qué meter en la maleta y qué no. Sale a colación Carlos como no podía ser de otra manera. Se vuelve a reír de mí y añade sería que ese chico está realmente interesado en mí, en caso contrario, no ve normal que estemos todo el día como el perro y el gato. No lo veo claro. Yo creo que lo nuestro es TSNR, es decir, tensión sexual no resuelta; pese a que sí que la hemos resuelto en dos ocasiones, pero se ve que le gusta follar conmigo o que soy una máquina, porque si no, no lo entiendo. Igual es que él es como yo y nos va la marcha. Puede.

## Cambio de compañía

Llevo en pie desde las seis de la mañana con todo listo. Me conozco y sé que soy un desastre algo se me olvidará fijo. Ya me he duchado, he desayunado así que allá voy.

Salgo a la calle arrastrando mi pequeña maleta, es de esas que se usan como equipaje de cabina para compañías aéreas de *low cost*. La compré de lona, no rígida porque la anterior me la rompieron, y eso que me costó una pasta. Esta es práctica, y si en algún vuelo vuelve a suceder no me dará pena en absoluto. Comienzo a caminar, pero hay algo que me lo impide. Tiro de la maleta y no se mueve, «¡será posible! Pues no he metido nada que pese tanto», me digo a mí misma haciendo un listado de todo lo que va dentro. Vuelvo a tirar hasta que consigo que mi maleta ruede, detecto que el ruido que hace no es el mismo. ¡No me lo puedo creer! Por lo visto, una de las ruedas se había quedado enganchada en una rejilla del sistema de refrigeración y aireamiento para los aparcamientos subterráneos. Al tirar me la he cargado del todo, ahora llevo una maleta coja. Llamo a las desgracias. Empiezo el día de la mejor manera.

Finalmente cojo el autobús porque no es plan de provocar un accidente con la maleta. El rozamiento del enganche de la rueda contra el suelo hace ruido, además es metálico y al arrastrarlo por el asfalto se forman chispas por la fricción. Solo faltaría que se me incendiara la maleta. No tentaré a la suerte.

Cuando llego a la recepción del edificio en el que trabajo decido que esperaré allí a Martín. Tenemos más de tres horas de trayecto, además de una larga jornada y al día siguiente lo mismo.

Hablo con Cristina mientras comprueba en un listado el coche que nos debe asignar. Busca en su caja de llaves y me da la que corresponde a nuestro vehículo. Noto como me tocan en el hombro. Me giro segura de que Martín ya está aquí.

¡No! ¿Carlos? ¿No se suponía que iba a venir Martín conmigo? Mi cara ha debido de cambiar hasta de color porque Carlos hace una mueca.

—Buenos días, Rebeca —dice recomponiéndose. Él también lleva su maleta.

—Buenos días, Carlos —saludo de forma cordial aunque no sé disimular. No me agrada su presencia.

—Como verás, ha habido cambio de planes. Martín se encuentra indispuerto —explica.

—Entiendo.

—¿Nos vamos? —pregunta. Ni siquiera contesto, le sigo.

—Adiós, Cristina. —Me despido de la recepcionista.

Llegamos hasta el coche en silencio, Carlos introduce su maleta en el maletero y cuando va a coger la mía lo miro de forma belicosa, yo sola me sirvo. Otra vez ha salido la persona desagradecida que llevo dentro. ¿Tendrá razón?

Nos acomodamos, conducirá él porque no tengo intención de ser la taxista de nadie. Nos ponemos el cinturón sin hablar hasta que arranca el coche.

—Rebeca, te propongo una tregua —dice. Sus palabras me sorprenden—. Parece que tú y yo no nos entendemos, pero debemos trabajar juntos así que será mejor que entierres el hacha de guerra y lo llevemos lo mejor posible.

—Yo no llevo el hacha de guerra en alto siempre —contesto.

—¿Lo ves?, todo lo que digo lo rebates, siempre tienes que quedar encima.

—No es eso, es que no soy una chica sumisa a la que puedan dominar fácilmente —intento justificar mi actitud.

—Me parece muy bien, no obstante, no hay que ser borde para demostrarlo —alega, e igual tiene razón.

—Solo me ocurre contigo —replico sin dar mi brazo a torcer.

—¡Perfecto! —exclama en tono irónico—. A partir de este momento te trataré como tú me trates a mí, si eres chula yo también lo seré, si eres borde, te contestaré de la misma manera, si por el contrario te muestras cordial yo te responderé de igual forma.

Todo está claro.

—No te prometo nada —suelto, más que nada por quedar encima de él, no sé cómo me comportaré a partir de ahora. Va a cambiar su táctica, con buenas palabras no me convence así que... esperaré a ver lo que me depara el futuro.

Durante el trayecto apenas hablamos, como era de esperar, hemos recibido



una llamada de Ernesto. Con el manos libres los dos tomamos parte en la conversación sin problema. Tras la llamada charlamos sobre temas referentes al trabajo; él no es como Martín, aunque me parece también un buen profesional. Le doy mi punto de vista en lo que me pregunta y hasta hemos conseguido mantener una conversación cordial y fluida dentro de lo que cabe esperar. En alguna ocasión le he lanzado algún dardo envenenado, que de sobra ha entendido, y se ha hecho el ignorante. Soy como soy, no puedo evitarlo, lo procuro, puede que lo consiga aunque no de forma inmediata.

Una vez en el lugar elegido, un encargado pretende vender las bondades del terreno. Carlos escucha atento y yo también, pese a que ya conozco a estos. Quieren quitarse de encima el muerto, porque es un muerto. Mal terreno, localizado en mal lugar por mucho que insinúe que la zona se va a revalorizar. Desde mi punto de vista, no nos conviene, yo redactaré mi informe y Carlos que haga lo propio, pero desde aquí afirmo que mi evaluación es no favorable.

Después de ese terreno vamos a otro, que me encaja más, hay más posibilidades. Carlos me da su parecer y todo indica que estamos de acuerdo.

Vamos a comer, la comida es cordial. Sorprendentemente es bastante divertido, eso me gusta, me recuerda de alguna manera a mi amiga Nadia. Hablamos básicamente de trabajo, aunque me cuenta alguna pincelada de su vida privada. Pese a que no me interesa en absoluto escucho, ¿qué más puedo hacer? Me he enterado de que vive solo, que ha residido bastantes años en el extranjero, en Alemania y en Francia principalmente. Y no sé por qué me da que ha vuelto por algo relacionado con un desamor. No voy a indagar, porque no quiero que entre nosotros surja la confianza necesaria como para que me cuente su mal de amores. No soy consultorio sentimental de nadie. Bastante tengo con mi vida.

Tras la comida, me encuentro mucho más relajada. Lo reconozco. Vamos a ver otro par de terrenos, y al finalizar al hotel. Estoy cansada, el viaje, ir de arriba para abajo me agota.

Hacemos el *check-in*, mi maleta sigue rozando el suelo, pero disimulo que no oigo el ruido que hace.

—Eso no suena bien—dice Carlos.

—Lo sé—contesto de forma cordial—. Se me ha roto la rueda esta mañana.

—Permite que eche un vistazo—comenta agachándose. Lo dejo porque me he propuesto estar en paz con él, porque de buena gana le decía que no.

—No tiene solución—añado resuelta y por quedar encima.

—No, además se ha rasgado la lona —confirma. Me agacho, y efectivamente la lona ha debido de rozarse con el suelo y está rasgada. Maleta para tirar.

—Ya lo veo.

Cuando voy a mover la maleta, la lona se rompe del todo dejando a la vista mi ropa interior: mis tangas, mi sujetador y mi pijama de cuadritos multicolores. Básicamente porque eso es lo que suelo poner en la parte de debajo de la maleta. Otro percance más. Carlos se echa a reír y no puedo con ello.

—Podrías dejar de reírte —digo enfadada. — ¡No me hace gracia!

—Ya, pero no lo puedo evitar.

—Tendré que comprar otra maleta para volver —murmuro para mí misma.

—Si te parece pasa la ropa a mi maleta y ya compraremos otra mañana.

No quiero dar mi brazo a torcer, aunque reconozco que tiene razón, en cuanto vuelva a mover la maleta se va a caer todo, es tontería intentarlo. La humillación será mayor si me veo obligada a recoger mi ropa interior por el pasillo del hotel.

Así procedemos, traspaso la ropa a su maleta muerta de vergüenza por mostrar a semejante individuo hasta mis bragas.

Llegamos hasta las habitaciones asignadas, una al lado de la otra. Carlos me deja la maleta, me dice que en cuanto ordene mi ropa se la devuelva para él hacer lo mismo. Me parece bien. Después iremos a cenar y a la cama. Al día siguiente nos espera un día duro por delante.

## Tregua

Al entrar en la habitación me suena el teléfono. Es Nadia. Tengo que contarle todo lo sucedido, desde mi percance con la maleta hasta la tregua con Carlos, mientras ordeno mi ropa en el armario hablo con Nadia sin prisa ninguna. Me da tiempo suficiente antes de ir a cenar con Carlos; ella se vuelve a reír de mí y me da sabios consejos. Miro de forma casual al reloj ¡Madre mía! Se ha hecho tarde. Ni siquiera puedo darme una ducha, me cambio de ropa, ya que los vaqueros que llevaba están manchados de barro y voy hasta la habitación de Carlos a devolverle la maleta. Llamo y espero a que abra. Tarda un poco. Oigo sus pasos. Ojalá esté listo, tengo hambre y quiero acostarme pronto.

Abre la puerta con una toalla enrollada en su cintura. ¡Joder! Me deja ojiplática, he visto parte sensible de su anatomía, bueno más bien, sentido porque, ver, lo que se dice ver, más bien poco. En el callejón estábamos a oscuras y en su despacho apenas abrí los ojos. Su torso es espectacular, no está musculado como si fuera un modelo, pero está muy bien, lleva bastantes tatuajes y eso me sorprende. Nunca lo hubiera pensado de él. Fijo mi mirada en sus brazos que resultan ser fuertes y robustos, su piel ahí también está tatuada. Me quedo agilipollada contemplando su torso sin reaccionar. Hasta que su voz me saca de mi ensimismamiento.

—Rebeca ¿te encuentras bien?

—Sí, sí, perdona. Te traigo la maleta —digo recomponiéndome un poco.

—Te estaba esperando, como no me devolvías mi ropa he decidido darme una ducha —explica—. Entra, me cambio en un minuto y nos vamos.

Entro en su habitación, es igual que la mía, nada más abrir se ve la puerta del baño, aún se nota el vapor del agua caliente y un leve olor, no sé si a gel o a espuma de afeitar. Sigo a Carlos hasta la zona de descanso, dos camas unidas, blancas, mullidas, armario empotrado, televisor, sillón. Carlos deja la

maleta sobre la cama, elige lo que se va a poner y se va al baño. Yo me quedo mirando muy bien no sé a dónde.

—Perdona, es que me han llamado por teléfono y no me he dado cuenta de la hora —me disculpo por tenerlo en paños menores.

—No te preocupes. —Sonríe. Se ha vestido en un santiamén y lo agradezco —. ¿Tu novio? —pregunta para picarme, sin embargo he aprendido la lección.

—Una amiga —contesto como si no me importara la pulla que me ha lanzado.

Cenamos en el mismo hotel. Yo no tengo ganas de buscar restaurante, además, cualquier cosa me vale. Estoy deseando meterme en la cama.

Después de la cena y con nuestra tregua bien asentada por las dos partes, Carlos me invita a una copa. Yo declino la invitación. Una cosa es una cosa y otra muy diferente que sea mi amigo. No lo es. Es un compañero de trabajo. Que nos hemos acostado sí, pero de ahí a más nada de nada.

Como no hay copa que valga regresamos a la habitación, nos despedimos hasta el día siguiente. Hemos quedado a las ocho y media en el restaurante del hotel.

Me quito la ropa, me doy una ducha rápida, me aplico mis cremas y voy hasta el armario, necesito mi pijama para dormir. Nada, no hay manera de encontrarlo, ni vivo ni muerto, porque estoy segura de que lo he metido. ¡Mierda! Me acabo de dar cuenta de que es muy probable que mi pijama esté en la maleta. ¿Qué hago? Si voy a la habitación de Carlos para que me lo dé, igual piensa algo que no es. Puedo llamar por teléfono, ¡no tengo su número! Puedo pedir a recepción que me pongan con su habitación..., mucho lío. Con una camiseta será suficiente. Apago las luces y me estiro en una cama supermullida, muy confortable y acogedora. Empiezo a dar vueltas, no hay manera. No consigo coger la postura, ni entrar en calor. No es plan de meterse en la cama con vaqueros y menos aún sucios. Con todo el dolor de mi corazón me vuelvo a vestir y voy a la habitación de Carlos. Maldigo mi despiste y mi cabeza. No tengo remedio. Carlos abre al instante.

—Buenas noches —saludo en tono cordial—. He debido dejar mi pijama en tu maleta.

Explico a Carlos que ha puesto cara de no saber muy bien a qué se debe mi visita.

—¡Sírrete tu misma! —Me invita a entrar—. No he tocado nada.

Entro, la maleta está sobre el sillón. La abro y busco mi pijama, no lo

encuentro. Intento remover lo menos posible la ropa de Carlos pulcramente planchada y ordenada.

—¡Mierda!

—¿Qué te pasa? —dice detrás de mí.

—No lo encuentro —comento frustrada mientras sigo con mi cabeza metida en la maleta.

—¿Buscas esto? —pregunta haciendo que me gire.

Mi cara debe de ser un poema cuando veo a Carlos con mi pijama puesto, bueno es de traca. Le queda pequeño, evidentemente yo soy bastante menuda y él es más grande que yo. La camiseta le llega más arriba del ombligo y los pantalones, que son bastante ajustados, le quedan como si fuera un ciclista. Es verlo así y reaccionar. Empiezo a reírme como si no hubiera un mañana, no me podría haber imaginado nunca a Carlos con un pijama mío. Podría molestarme que se hubiera tomado esa libertad y se hubiera puesto mi ropa, pero lejos de eso no puedo parar de reír. Y cuando parece que consigo respirar y recobrar un poco el aliento, él se gira y me hace un pase de modelos. ¡No he vivido una situación tan divertida con un tío en mi vida!

—Para ya, por favor —pido muerta de risa.

—¿No te gusta mi modelo? —pregunta contoneándose—. Es lo nuevo de Victoria's Secret —pone morritos como si fuera una de las modelos archiconocidas que cada año deleitan a la humanidad con su desfile y sus alas.

—¡Ay, Carlos! Por favor —digo poniéndome una mano en la barriga. Me duele de tanto reír—. Me va a dar algo.

Carlos deja de hacer el imbécil y se pone serio, yo recupero la respiración y le miro. Él me mira a mí, sonrío, viene hacia donde yo estoy y me besa.

Desarmada, entre la risa que me ha provocado y que su boca es deliciosa no puedo hacer otra cosa que dejarme besar, cierro los ojos y disfruto. Soy una persona adulta con mis necesidades, y aunque reconozco que Carlos no estaría nunca entre las mejores opciones, no tengo queja de él.

Carlos me empuja para que me tumbe en la cama, nada que ver con nuestros encuentros furtivos en el callejón y en su despacho. Se lo toma con más calma, aun así, sus besos son intensos.

Me quita la camiseta, no llevo sujetador porque estaba en la cama. Sola, no con él. ¡Qué le vamos a hacer! Sigue besándome mientras me acaricia. Con los vaqueros lo tenemos un poco más complicado. Son muy ajustados y cuesta quitármelos. Yo ayudo en lo que puedo. Él aún no se ha quitado mi pijama, y

aunque puede resultar antimorbo, la verdad es que estoy pasándolo fenomenal. Carlos es muy buen amante, sabe lo que se hace, me provoca un orgasmo solo con sus manos y su lengua. Me prueba enterita. Desde mi boca, mis pechos, hasta mi sexo. Lo hace muy bien, y yo me dejo. De perdidos al río. Las treguas es lo que tienen.

Cuando me repongo, invito a Carlos a que se quite el pijama. Lo hace dejando su cuerpo desnudo a mi disposición. Por fin va a probar lo que lleva tiempo pidiéndome, no porque me lo haya vuelto a insinuar, sino más bien porque a mí me apetece. Le cojo la polla y me la meto en la boca, es seda pura. Él se arquea un poco sobre el colchón, y gime, le gusta eso, lo sé. No soy experta en nada, pero sé diferenciar cuando un hombre disfruta de cuando no y Carlos lo está haciendo de lo lindo. Continúo con mi felación, sus testículos están tensos, barruntan que pronto descargarán, lo sé. Le acaricio el perineo y las nalgas, disfruta y se nota. Es inminente que se va a correr. Continúo con mis chupadas profundas hasta que noto un líquido cálido inundar mi boca. No dejo de chupársela, Carlos arremete contra mí, hasta que termina de correrse. En cuanto noto que la erección baja, corro al baño a escupir. No es que me dé asco, es que no suelo tragarme nada que no quiera. Vuelvo a la habitación, Carlos está tumbado en la cama con su brazo sobre la cara. Parece dormido.

Aprovecharé, me pondré mi pijama, que estará dado de sí, y me iré a mi cama.

—No te vayas, Rebeca —pide.

—Creo que será lo mejor —digo sin saber muy bien lo que quiero.

—¿Lo mejor para quién? —pregunta incorporándose.

—Para los dos —contesto firme.

—No estoy de acuerdo contigo —replica.

—No solemos estarlo. Además mañana tenemos un duro día por delante —argumento con lo poco que se me ocurre.

—¿Cambiará algo si duermes conmigo? El día será igualmente duro —justifica.

Ya no tengo fuerza de voluntad. Me meto en la cama con Carlos.

## Tregua y armisticio

*M*e acurruco contra el pecho tatuado de Carlos, me siento bien, la verdad. Es algo extraño, difícil de explicar. Carlos y yo chocamos constantemente, pero en estos momentos abrazada a él siento una paz infinita.

Ha apagado la luz, yo me he puesto mi pijama que nunca volverá a ser como antes, incluso creo que huele a él, aunque no sé si es que el perfume se ha impregnado en el pijama o es la piel de Carlos la que emana ese aroma. Él duerme nada más con ropa interior. No me importa en absoluto. Tengo batallas de noches con hombres para aburrir, no es porque me haya acostado con muchos, bueno con unos cuantos, no obstante las rutinas diarias de todos y cada uno de ellos son cuanto menos peculiares.

Me remuevo incómoda, aún no he pillado la postura para quedarme dormida. Carlos me abraza fuerte, es como si no quisiera que me separara de él. Vuelve a besarme, y yo le correspondo. Parece que la noche será de tregua no precisamente sexual. Los besos se aceleran y una cosa lleva a la otra. Esta vez soy yo la que ataca fuerte, me pongo a horcajadas sobre él. Me gusta ser activa, me gusta llevar las riendas y me gusta disfrutar del sexo. Sé lo que quiero y cómo conseguirlo.

Cuál mujer poderosa, pues así me siento, cabalgo a Carlos, él se deja llevar. Me siento lasciva, caliente y provocadora. Cambio el ritmo, más lento, más rápido. Acomete suave, brusco, con penetraciones profundas o superficiales. No me gusta aburrirme. Poso las manos de Carlos en mis pechos y le invito a que los pellizque, eso me enciende aún más y acelero el ritmo. Es frenético, no puedo parar, estoy dándolo todo, sigo hasta que me corro, grito sin importarme que los vecinos de al lado nos oigan.

En cuanto he conseguido mi orgasmo me desplomo. Estoy exhausta, es ahora Carlos el que toma las riendas del juego. Me pone a cuatro patas y me penetra

desde atrás, a la vez me estimula el clítoris y me activa de nuevo. Nuevos empellones, algún azote después y una estocada bestial y Carlos cae sobre mí, eyacula fuera aunque ha estado casi a punto de hacerlo en mi interior. Agradezco el gesto, ni siquiera me había planteado un nuevo asalto, aunque era probable, y no hemos tomado medidas.

Después de ese asalto me quedo dormida, estoy agotada. A media noche me entran ganas de hacer pis, como siempre tardo medio minuto. Ni siquiera me siento en el inodoro, tiene que estar helado. Corriendo regreso a la cama, Carlos nota mi presencia y vuelve a abrazarme. Entro rápido en calor. Él me envuelve en un abrazo cariñoso y cálido. No consigo quedarme dormida así que paso a la acción, me escabullo de sus brazos y me meto bajo las sábanas. Busco su pene, que está dormido como él, y comienzo a despertarlo. Primero con pequeños besos inocentes, ¿quién dijo inocentes? Nada de eso, maliciosos y con premeditación. Después llegan los lametones, paso mi lengua desde la base hasta la punta como si de un helado se tratara. La cosa se anima. Una vez que lo tengo bien humedecido me la introduzco en la boca. Carlos se tensa, sé que disfruta aun cuando lo he despertado de madrugada. Sigo con mi postre hasta que noto las manos de Carlos en mi hombro.

—Rebeca —dice con la voz tomada por el deseo.

—*Mmmm*. —Asumo mi cabeza por las sábanas.

—No sigas —pide. Y eso me cabrea momentáneamente.

—¿No te gusta?

—Me encanta, pero quiero otra cosa.

—¿Otra cosa? —pregunto descolocada.

—Sí, quiero que me beses mientras te penetro. —Suspiro aliviada, por un momento habían pasado por mi cabeza miles de opciones sexuales, muy válidas por otra parte, sin embargo creo que de momento no son para mí.

Me pongo sobre Carlos y empiezo a besarlo. Sus besos cada vez me gustan más. Me enciende la forma que tiene de meter su lengua en mi boca. Me excita muchísimo. Él me acaricia y se gira, me deja sobre el colchón, abre con sus piernas las mías y se introduce lentamente en mí. La sensación es sublime, no deja de besarme mientras entra y sale de mi cuerpo. Está totalmente acompasado. Me gusta cómo me lo hace, es delicado y a la vez morboso. Es algo que nunca había experimentado antes. Continúa con sus acometidas, se roza contra mí, dibuja círculos con sus caderas y se mete más y más en mí. Sus dedos juegan con mi clítoris, lo estimula y lo pellizca hasta que ambos nos



fundimos en un orgasmo increíble. Pocas veces he logrado correrme a la vez con un tío, quitando con Sebas, que era una fiera, y si no que se lo pregunten a su mujer, con otros hombres pocas veces. Segundos antes o después, o ni siquiera eso. Al mismo tiempo, podría decir que con Carlos lo he conseguido.

Después de ese último orgasmo sí que me quedo dormida. El sexo para mí sirve de somnífero, me quedo en un estado tan relajado que ni las mejores pastillas lo consiguen. Es disfrutar de un orgasmo arrollador y quedarme dormida como un bebé.

Por la mañana suena algo, debe ser el despertador. En efecto, es el teléfono. Lllaman de recepción para despertar a Carlos, en mi habitación lo estarán intentando, pero nadie va a responder.

Me desperezoz, me estiro y me levanto. Carlos vuelve del baño.

—Buenos días, Rebeca —saluda. Visto a la luz del día está mucho mejor. Reconozco que me gustaría saber el significado de sus tatuajes, pese a ser algo demasiado personal, así que descarto preguntar nada.

—Buenos días —bostezo—. Me voy a ir, necesito una ducha.

—De eso nada, chata —dice en tono arrogante.

—¿Cómo que no? —pregunto alerta. Igual la tregua ha finalizado y nadie me ha dicho nada.

—A la ducha conmigo —ordena.

—Y ¿si no quiero? —comento un poco altiva. En el fondo nos encanta este enfrentamiento.

—Querrás —afirma quitándose los calzoncillos.

—Eres un prepotente, un osado y un fantasma —le provoco.

—Seguramente, eso y muchas más cosas —añade paseándose para mostrar bien la mercancía.

Como donde las dan las toman yo también entro en acción. Me quito la camiseta de mi pijama como si no me importara nada. Después sigo con los pantalones de forma lenta y provocadora. Quiero que lo desee aún más que yo. Las braguitas son las siguientes, muevo el culo, las bajo y muestro todo mi sexo para que pueda ver lo que quiere, todo ello sintiéndome perversa, morbosa y desinhibida.

Voy hasta el baño y él me sigue cuál perrito faldero. Nos metemos en la ducha y sobran las palabras. Un polvo mañanero bestial, porque eso es lo que ha sido. Sin miramientos, brutal por ambas partes. Yo era una muñeca entre los

brazos de Carlos y él era para mí un objeto sexual. Nos hemos utilizado mutuamente, pero ambos nos llevamos un orgasmo muy bueno.

Después del baño, nos ponemos serios. Tenemos un duro día por delante.

## Seamos serios

*D*esayunamos mucho más relajados. Se nota que entre nosotros la cosa ha cambiado. No sé qué es lo que busco con Carlos. ¿Solo sexo, algo más o ni siquiera eso? El caso es que estoy más tranquila en su presencia. También debo decir que tras unos cuantos orgasmos como para no estarlo.

Desayunamos y nos vamos a trabajar, que para eso estamos aquí. Debemos ser serios, apartar nuestros juegos amorosos y centrarnos en el trabajo. Ambos lo conseguimos, tenemos las cosas claras en ese aspecto, sobre todo delante de otras personas. Somos la imagen de la empresa frente a otros y debemos cumplir con las expectativas.

No trabajamos mal como equipo. Aunque con Martín lo llevo mucho mejor, pues son muchos años trabajando juntos y mantenemos cierta complicidad. Con Carlos, podría llegar a conseguirla, aunque de momento no.

Nada más estaremos hasta medio día, comeremos por aquí y volveremos. Ernesto nos llama continuamente. Nunca antes había insistido tanto cuando he viajado. Quizá se deba a que Carlos es nuevo, y está muy pendiente de él. Cuando viajo con Martín no es tan insistente. Llama, porque sí lo hace, pero no tantas veces.

Comemos y ponemos rumbo a la oficina. Debemos dejar el coche allí. No sé si Ernesto nos pedirá informes o lo pospondremos para el lunes. Si no lo hiciera se lo agradecería, apenas he dormido y estoy cansada.

Llegamos después de más de tres horas de camino. No queda prácticamente nadie en las instalaciones, es viernes y la gente vuela. Mientras Carlos habla con Cristina lo espero, así me lo ha pedido, aunque de buena gana me hubiera ido a casa. Necesitamos pasar mi ropa a una bolsa o una maleta porque la mía al final no ha sobrevivido. En cuanto Carlos devuelve las llaves viene hacia mí.

—Fin de la jornada —dice con una sonrisa encantadora.

—¡Ya era hora! —afirmo, veo que cambia el gesto y esta vez mi comentario no iba con malicia.

—Tan mal no te ha ido, ¿no? —pregunta con una sonrisa ponzoñosa.

—No, la tregua ha resultado ser la mejor solución —menciono sus palabras.

—Rebeca, ¿te vienes conmigo a mi casa? —suelta sin más.

—No lo sé, no creo que sea buena idea —contesto de forma apresurada. No me esperaba para nada esa proposición.

—Tampoco te parecía buena idea dormir conmigo la otra noche y parece que no fue tan mal —intenta convencerme.

—No —Sonrío—. Además tenemos que cambiar la ropa de sitio, no es plan de ponerse a deshacer la maleta en medio de la calle.

—Por eso no te preocupes, yo te presto una y ya me la devolverás.

Juntos nos montamos en el coche de Carlos, es un Mercedes dos plazas, color negro, muy bien cuidado y nos vamos a su casa.

Vive en una zona relativamente nueva, en un apartamento. Este es nuevo no como mi casa que huele a cadáver, como digo yo, además en el salón tenemos una especie de urna funeraria que decimos mis compañeras y yo que perteneció al dueño anterior. El caso es que allí sigue en el aparador, ninguna nos atrevemos ni siquiera a abrirlo, ni a moverlo de sitio. Nos da bastante respeto.

Su apartamento es pequeño, con pocos muebles y muchas cajas por desembalar.

—Perdona el desorden —dice al hacerme entrar—, aún estoy abriendo cajas de la mudanza. No se acaban nunca. —Ríe.

—¿Dónde vivías antes? —pregunto y no sé muy bien por qué.

—En Dusseldorf, Alemania, todavía me faltan cosas por traer —contesta a la vez que mete la maleta y cierra la puerta tras de sí.

—Pues sí que te has venido lejos.

—Allí ya no había nada que me retuviera, así que... —Se encoge de hombros.

Con el comentario del otro día y el de ahora mismo, ato cabos. Allí, en Dusseldorf, había alguien especial para Carlos, por lo que sea, aquello terminó. Viene huyendo de algo. No quiero saber más. Cada uno sabe la vida que tiene.

En cuanto me enseña su casa, que se ve en un pispás, nos sentamos en el sofá

del salón. Carlos se ha puesto cariñoso, y yo también, para qué negarlo. Echamos el primer polvo del fin de semana. No sé por qué me da que voy a llegar a casa muy cansada.

## Inventando excusas para no salir

*D*espués de recomponerme de ese polvo mi móvil suena. Lo cojo, puede que sea Ernesto. Querrá saber si ya hemos llegado. Me he equivocado, es Nadia.

—Hola, loca, ¿has vuelto ya?

—Sí, ahora mismo entro en casa —digo mintiendo como una bellaca.

—¿Plan para hoy?

—Nadia, estoy cansadísima. Apenas he dormido y tengo que poner la lavadora... y no me apetece mucho, la verdad.

—¿Te encuentras bien? —pregunta extrañada porque no me apetezca salir. A mí también me extrañaría que ella no quisiera salir si se diera el caso.

—Sí, es cansancio. La cama del hotel no era muy buena, y apenas he pegado ojo. He madrugado y bueno... —comento. Carlos sale del baño y hace el amago de ponerse mis pantalones; no puedo evitar sonreír. En el fondo es muy divertido.

—Si quieres me paso por tu casa, llevo la cena y vemos una película —continúa Nadia.

—Creo que en cuanto acabe la lavadora me acuesto, no puedo con mi alma —miento sintiéndome mal por mi amiga.

—Vale —dice convencida—. Mensaje captado. Mañana hablamos, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, mañana te llamo —me despido de ella.

Carlos se acerca hasta donde estoy como si fuera un animal de presa. Parece que no ha tenido suficiente y quiere más. Por mí sin problema. Disfruto por naturaleza, me gusta disfrutar de todo, de la comida, de la bebida, del sexo, de la música... La vida son cuatro días, y así hay que tomársela, a sorbos, a tragos, a besos...

Después del segundo interludio en poco tiempo, es momento de relax. Yo lo necesito. Me doy una ducha en solitario, mientras Carlos no sé qué es lo que hace.

Salgo de la ducha y me pongo la única camiseta que queda limpia, la he encontrado en la maleta que comparto con Carlos. Él está en la cocina. Huele fenomenal, o quizá sea que tengo bastante hambre.

—*Mmmm* —murmuro nada más entrar.

—La cena, ¡chata! —dice poniendo dos platos de comida humeante sobre la mesa.

—Es un poco pronto, ¿no? —compruebo mi reloj.

—Sí, pero acostumbro cenar temprano, además cuanto antes cenemos antes comeré mi postre —añade con una sonrisa pícaro.

—Un plan perfecto.

Carlos abre una botella de vino y me sirve.

—¿También vino? —pregunto halagada.

—¡Por supuesto! Una comida sin vino es un desayuno —asegura.

Pruebo el vino y la verdad está delicioso. Cenamos en buena armonía, hablamos principalmente de trabajo, no es la mejor de las conversaciones, pero para mí ya es demasiado. Básicamente hablamos de por qué se hizo aparejador, de cómo conseguí yo el trabajo... Me cuesta cumplir la tregua y a veces no puedo evitar soltar alguna de las mías.

Después de cenar, Carlos coge la botella de vino, las dos copas, y directamente nos vamos al dormitorio. Me tumba en la cama y me lo hace con una delicadeza infinita. Este hombre se ve que conoce todas las versiones en cuanto a sexo se refiere. Y eso me gusta, así no me aburro. Me lo ha hecho de forma sucia, delicada, cariñosa, bestial... en la variedad está el gusto, así que estoy encantada de la vida.

Después de ese primer asalto en el dormitorio, porque estoy convencida de que habrá más, nos quedamos tumbados en la cama. Yo acurrucada en su pecho mientras acaricio sus tatuajes. Son un montón, de diferentes temáticas y estilos.

—¿Cuántos tienes? —me atrevo a preguntar.

—No lo sé, más de diez.

Cuenta con parte del pecho tatuado y sus bíceps, del codo para abajo está limpio. Todo tendrá una explicación, no quiero ser curiosa. Nadia, mi amiga, lleva tatuada una frase de la película *El Cuervo*, dice: «Nunca llueve eternamente», cuando se lo hizo insistimos en saber el por qué de esa frase y

ella nunca nos lo ha contado. Se ve que es algo muy suyo. Por eso no me atrevo a preguntar a Carlos.

—¿Alguno más en mente? —pregunto.

—No lo sé. Todos tienen su significado, dependiendo de cómo me trate la vida pues...

—Este es precioso. —Hago referencia a uno que tiene en el pecho; es una tabla de surf clavada en la arena de la playa, a sus pies tiene tres flores de hibisco, la típica flor hawaiana, y justo debajo una palabra que leo HOA y una fecha.

—Este me lo hice cuando mi mejor amigo murió, es mi homenaje, estábamos en Hawai haciendo surf, él era muy bueno. Siempre íbamos juntos, no obstante ese día yo decidí no ir a la playa con él, ya que me encontraba entretenido con otras cosas —dice con una mueca de dolor—. Fue él solo, el mar estaba bastante bravo, aun así, se metió. Se montó en la tabla, cogió una ola, el mar lo tiró y se golpeó en la cabeza con la tabla. Perdió la conciencia, vagó a la deriva, los socorristas no llegaron a tiempo a por él y murió ahogado.

—¡Menuda historia! —exclamo sorprendida.

—Sí, me costó asimilarlo, seguramente si yo lo hubiese acompañado, él ahora estaría vivo... —deja de hablar, traga saliva y continúa—, después de ese tatuaje me hice este otro —señala unas letras que tiene bajo la tetilla. No entiendo lo que pone, pero él lo lee perfectamente—. *Intensiv leben*, es alemán y significa «vive intensamente».

—Buena filosofía de vida, pienso igual —confirmo.

Carlos sigue hablando de sus tatuajes, me impacta uno en su brazo izquierdo, es enorme, va desde el hombro hasta el codo. Simboliza un guerrero algo parecido a un dragón enrollado en su cuerpo, el guerrero está desnudo, solamente lleva un casco, un taparrabo y unas botas, empuña una daga y forcejea con el dragón. Según él es una alegoría de sus miedos. Leyó una leyenda que venía a decir que: «cada uno se tiene que enfrentar a sus miedos para ser más fuerte». No puedo estar más de acuerdo.

Otro de los tatuajes en la parte trasera de su otro brazo consiste en dos triángulos, uno de ellos con un vértice arriba, y encima de ese triángulo está el otro en posición invertida, es decir, con el vértice hacia abajo. Es la representación de él y de su hermana. Por lo que parece están muy unidos y ella también tiene el mismo tatuaje en su brazo.

La noche del viernes resulta movida, no nos cansamos el uno del otro y eso



hace que nos quedemos dormidos casi cuando amanece.

Nos despertamos muy tarde, yo lo hago al oír mi teléfono. Es mi madre, quiere saber si iré a comer con ellos como otros sábados. Al final no necesito mentir demasiado le cuento que llegué muy tarde ayer y que quiero aprovechar para hacer cosas. Pospongo la comida para el domingo.

El resto del sábado Carlos y yo lo pasamos en su apartamento. Yo que soy de salir y de estar hasta las tantas he cambiado de plan radicalmente. No salgo en ningún momento, eso sí, he vuelto a inventar una excusa con Nadia, creo que se huele algo, pero no me ha dicho nada. Ya aclararé las cosas con ella.

El sábado es muy intenso, tanto Carlos como yo nos retamos y sacamos el lado más animal y salvaje. No nos cansamos de hacerlo de mil maneras. Este fin de semana aprovecho el tiempo de lo lindo. La sequía que sufría la he aplacado y de qué manera.

Nunca me han gustado las despedidas, así que evito el drama. El domingo en cuanto me levanto me voy de casa de Carlos. Él duerme profundamente, salgo sin hacer ruido. No quiero que cambie su rutina por mí. Camino por la calle con mi ropa, que he metido en una bolsa de plástico, echada al hombro. Hago el trayecto andando, me vendrá bien caminar y pensar un poco en todo lo que he vivido en las últimas horas.

Estoy a punto de llegar a casa, en cuanto lo haga pondré una lavadora, me ducharé e iré a casa de mis padres a comer. A cincuenta metros de mi casa, mi bolsa decide que ya no más. Ha aguantado demasiado. Se rompe y toda mi ropa queda esparcida en medio de la calle. Yo no pretendía enseñar mis bragas a nadie, pues ahora ahí están para todo el que quiera verlas. No tengo remedio. Lo que no me pase a mí...

He comido con mis padres y he quedado con Nadia en mi casa a última hora de la tarde ya que padece una resaca horrorosa; salió no sé con quién y se pasó. Quiero contarle mi azarosa vida sexual de las últimas setenta y dos horas. No debo darle más importancia de la que tiene, solo es sexo. De momento sigo con la tregua pactada con Carlos. Supongo que pierdo menos energía así que peleando todo el día.

## Encuentros furtivos

*E*l lunes voy a trabajar con otra actitud. Más contenta, más plena..., no sé cómo decirlo y eso que he optado por ir en autobús y al bajarme se me ha enganchado el cinturón de mi gabardina en la barandilla y he arrancado de cuajo las presillas que la sujetaban. En definitiva, he llegado con la gabardina destrozada, esto creo que ni siquiera mi madre podrá arreglarlo. He encontrado una excusa perfecta para ir de compras con Nadia.

Entro en mi cubículo y me pongo a redactar informes. Con la cantidad de trabajo acumulado y parece que todo el mundo se empeña en interrumpirme: mis compañeros, la responsable de informática también me pide que haga ciertos ajustes en mi ordenador, incluso Ernesto, se presenta en mi cubículo, se sienta y empieza a hablarme del informe, de los terrenos... de cosas que sé de sobra. Sin prisa ninguna por irse y yo dándole conversación, pues es mi jefe. Después vendrá con las urgencias.

Todavía sigo sin noticias de Carlos, bueno, sí que sé algo, me ha explicado Ernesto que ha tenido que viajar. Desconozco si se trata de un asunto profesional o personal, el caso es que no lo veré en todo el día. No me importa.

Debido a que no sé qué tipo de relación mantenemos he de reconocer que siento un poco de vértigo. Él es un compañero de trabajo, y no me agrada ese *pequeño* detalle. Como suele decir Nadia: «donde tengas la olla no metas la polla», pues aquí estoy yo incumpliendo una de las normas más claras de las relaciones. ¡Esa soy yo! Atraigo a las situaciones complicadas. Entre que soy pato y las situaciones que provoco no tengo remedio. Cada día una nueva. Hoy con lo de la gabardina ha sido más que suficiente.

Por la tarde regreso a casa con la sensación de no haber avanzado nada. Con tanto por hacer no hay manera de rebajar trabajo.

El martes lo enfrento con decisión, he estado pensando en los informes, cosa que no debería, pero al final he conseguido el enfoque que necesito. Por lo menos un avance, más adelante lo completaré para presentar a Ernesto las conclusiones. De esta manera si me lo pide se lo puedo ofrecer sin problema.

Acabo de tomar un café con mis compañeros y de nuevo estoy frente a mi ordenador. Consulto mis notas, tecleo, corrijo, busco algún tipo de información en la red... lo de siempre. Mi puerta se abre. Nadie ha llamado, alzo la vista confundida y veo a Carlos. Entra con un ímpetu increíble, no sé si está enfadado, rabioso o impaciente. Lo desconozco. Me levanta de la silla, me sujeta por la cintura y me besa. ¡Cómo me besa! Parece un acto de desesperación, no sé cómo definirlo. Lo noto impaciente, ansioso... le respondo con mis besos sabor a café con leche.

A medida que transcurre el tiempo parece menos tenso, más relajado. Empieza a acariciarme, yo a él. Es algo instintivo. Me acorrala contra el rincón que forman dos de las paredes opacas de mi cubículo. Me desabrocha el pantalón. ¿Qué estamos haciendo? Si entra alguien nos pilla sí o sí. El caso es que yo tampoco puedo parar. Lo quiero para mí. Yo también he metido mi mano bajo su pantalón, está muy duro e impaciente por enterrarse en mí. Me quito una bota y una pernera del pantalón. Él no puede esperar más. Me retira la tela de la braguita y se inserta en mí soltando un suspiro de alivio. Estoy muy caliente. Carlos se mueve de forma cadenciosa, pero enérgica; tiene estas contradicciones, mientras continuamos besándonos. Llego al orgasmo casi de inmediato y es que estos encuentros furtivos me excitan de sobremanera. Él lo hace más tarde, fuera de mí. El desahogo que siente es patente. Incluso le ha cambiado el gesto de la cara.

¿Tan desesperado estaba? ¿Tantas ganas tenía de verme? O nada más es sexo. No entiendo qué sucede y creo que tampoco quiero. Un orgasmo a media mañana de un martes laboral, sienta muy, pero que muy bien. ¡Palabra de Rebeca!

Durante el resto de la semana seguimos con la misma dinámica. Si no es él soy yo, el caso es que nos buscamos, nos retamos y nos lo montamos en la oficina sin miedo a que nos pillen. Quizá sea el riesgo, el morbo, la incertidumbre de que nos pesquen, lo que nos enciende más y más.

Lo hacemos en mi cubículo o en el suyo. Incluso en el baño un día a la hora de la comida. Mientras nuestros compañeros comen tranquilamente en la sala común, yo me excuso para ir al lavabo y Carlos sale detrás con el pretexto de

realizar una llamada por teléfono. Acabamos los dos en el baño de mujeres en el cubículo del inodoro, yo sentada a horcajadas sobre él, moviéndome de forma frenética para encontrar mi alivio. Sucede a la vez, y es que solemos coincidir en eso. Llegamos prácticamente al mismo punto en el mismo momento. Todo esto me excita muchísimo, tanto que si en un momento dado alguien nos observara no me molestaría en absoluto, podría darme más morbo aún.

## El riesgo me pone

Llevamos dos semanas con este trajín. Creo que algún compañero se huele algo, es obvio. Carlos y yo hemos pasado de prácticamente ni hablarnos a visitarnos de forma muy asidua. Nadie ha dicho nada, aunque pronto estallará. Lo peor de todo es que lo intuyo, sé de sobra que todos se enterarán de que mantenemos una relación. Y no es que me importe, pero a partir de ese momento las cosas cambiarán. No está escrito en ninguna parte que no puedas mantener una relación con un compañero, es obvio que cuando alguien de tu trabajo está contigo las cosas pueden empeorar. Nunca antes me ha pasado esto, y eso era algo que tenía claro, ahora, de repente, ni siquiera lo veo tan malo.

Nadia me pregunta todos los días, es una morbosa, quiere que le explique el lugar elegido para nuestro encuentro del día. ¡Lo que le gusta un chismorreó! La verdad es que nuestros polvos son rápidos, es algo como animal. Sexo desenfrenado y cada uno a lo suyo. Son actos desesperados.

Alguna que otra noche la he pasado en la casa de Carlos, y en esos encuentros poco o nada tiene que ver con el hombre que me posee en la oficina, y conmigo tampoco en realidad. Me adapto a según qué circunstancia, en el fondo eso me gusta. Es como si viviera mi sexualidad de múltiples formas, no me aburro, y eso es muy bueno para mí.

He comprobado que las situaciones arriesgadas me ponen un montón y cuanto mayor es el riesgo a ser descubiertos más me excito. Al principio poníamos algún obstáculo para ganar tiempo. Una silla apoyada en la puerta, en mi despacho no, porque no tengo cerrojo, en el de Carlos, cerramos con llave. No sé, ciertas cosas que podían impedir de alguna manera el ser pillados de forma instantánea. Era algo más psicológico que efectivo. Como que nos daba seguridad, ahora ya ni siquiera eso. Como sea y donde sea.

Carlos me tapa la boca para que no grite cuando culmino, pero en el caso de que no lo hiciera tampoco me importaría, en esos segundos me dejo ir sin tener en cuenta a nada ni a nadie.

Hoy he ido yo en su busca, llevo una carpeta con parte del informe que debo entregar a Ernesto. Quiero que le eche un vistazo, necesito compararlo de alguna manera, y comprobar si estamos en la misma onda o no. Ambos somos bastante objetivos y vemos las cosas del mismo modo, aunque cotejar sus datos y los míos no está de más. Otras veces así lo hago.

El tiempo va mejorando, estamos en primavera y hoy me he decantado por un vestido monísimo. Es corto, de tela fina con un estampado muy sutil, manga larga y adecuado para no salir de la oficina, todo hay que decirlo. Si tuviera que ir a una obra, no sería lo más adecuado. Me he puesto unas medias transparentes hasta la pantorrilla, nunca me han gustado las completas, ni siquiera en invierno las llevo. Y unas botas marrones de ante. Estoy guapísima. Mis compañeros me lo han hecho saber, es normal, casi nunca voy a trabajar con otra cosa que no sean pantalones.

Con paso decidido entro en el cubículo de Carlos, estoy pletórica, me siento hasta más alta y todo. Cierro la puerta tras de mí, tiro la carpeta sobre su mesa, pillando desprevenido a Carlos, y me subo a cuatro patas sobre el tablero de su mesa, como si fuera una gata que va a atacar a su presa, así me siento.

—Aquí tienes el informe —digo con voz lujuriosa.

—Ya lo veo —comenta reclinándose más en su sillón. Abre las piernas y se estira la tela del vaquero para que note lo que hay debajo. Se ha puesto duro al instante. Me gusta cómo me siento.

—¿Algo que deba corregir? —pregunto con toda la intención.

—Sí.

—¿Qué? —me acerco más a él sin llegar a tocarle.

—Las bragas, ¡quítatelas! —ordena.

Lo hago, porque quiero, porque me siento poderosa y me apetece tener sexo con Carlos. Me las quito sin pensármelo. Carlos me invita a abrir las piernas y apoyarlas en el reposabrazos de su sillón. Él ni siquiera se ha movido, yo estoy sentada en su mesa con las piernas abiertas. Por su posición y su cara no creo que tenga una mala visión. Sonríe de una forma muy sutil. Se inclina hacia adelante y posa sus labios sobre mi sexo. ¡Qué calor! ¿Se va a permitir el lujo de degustarme como si no tuviéramos prisa? Pues parece que sí. Me recorre

con su lengua, y no puedo evitar gemir de placer. Sigue durante un rato y pierdo la noción del tiempo, oímos pasos en el pasillo, pero nadie entra. Cuando los pasos se aproximan me excito más y más.

En cuanto se da por satisfecho y casi estoy a punto de correrme cesa en sus movimientos. Se baja el pantalón y yo me coloco sobre su erección. No puedo esperar más. Él recoge mi vestido con una mano y con la otra me azota en el culo. Estamos muy cachondos, él sabe a mí. Me saboreo en su boca mientras lo cabalgo. Sigo insertándome en él de forma más o menos ruda, hasta que exploto. No oigo, no respiro, no veo. Solamente siento un gran placer dentro de mí. Confundida con todas estas emociones no me he percatado de que la puerta se ha abierto y que una voz masculina exclama en un tono alto y claro.

—Rebeca ¡por el amor de Dios! A mi despacho ¡ya!

## A mi despacho, ¡ya!

*E*l eco de esa voz me retumba en la cabeza, su dueño se ha ido y ha cerrado la puerta. Creo que era Ernesto, aunque no lo tengo claro. Estaba centrada en otra cosa cuando ha sucedido.

Me recompongo como puedo, me pongo las bragas, estiro el vestido arrugado y salgo. Dejo a Carlos sentado en su silla con una semierección y cara de circunstancias, él ni siquiera ha acabado. En estos momentos no puedo solventar ese problema. Se acerca uno más gordo. Otro que sabía que iba a llegar y que ni siquiera he evitado.

Mientras camino por el pasillo me entra la risa, Ernesto, mi jefe, me ha visto en plena acción; mi culo desnudo subiendo y bajando como si fuera una máquina perforadora. ¡Tiene narices la cosa!

Llamo a la puerta, espero a que me dé permiso y entro.

Me siento frente a él, como tantas otras veces, con la ligera diferencia de que en esta ocasión no vamos a revisar ningún informe ni me va a facilitar detalles de algún viaje.

Estoy avergonzada de verdad, pero también me siento tranquila. Quizá, hasta que no sepa las consecuencias de mis actos no me pondré nerviosa.

Ernesto empieza a hablar muy serio. Está afectado, es lógico. Me habla de reglas no escritas, de relaciones clandestinas que nunca terminan bien, todo en términos muy generales. Cuando me da una versión global del problema se ceba conmigo, aunque es verdad, me sorprende esa faceta: se ha puesto su traje de jefe malo, y se ha transformado.

Está muy decepcionado conmigo, no se esperaba eso de mí, ya que es una falta muy grave que conllevará grandes consecuencias, se me paga por trabajar no por tirarme a un compañero... en ese punto no puedo evitar saltar. Ni que fuera yo la única que se ha prestado a ello. En vez de agachar las orejas y



asentir a todo, lo rebato, saco a la Rebeca belicosa que aparecía cuando me enfrentaba a Carlos al principio. Tal vez, se deba a que en realidad siempre he sido así, y ahora aflora esta forma de ser más espontáneamente.

Le doy mi opinión al respecto, admito mi culpa, porque debo, meto a Carlos en el ajo, porque también es parte implicada, no por echarle mierda. Él debería estar conmigo en esto y no tengo ni idea qué es lo que estará haciendo. Machacándosela ¡fijo!

Ante la visión inminente de mi despido quemo todos mis barcos, alego que en todos estos años he sido una empleada ejemplar. Que pese a mis despistes como todo hijo de vecino, mi trabajo ha sido impecable. Que no me niego a nada, ni pongo pegas, que lo hago bien y que debería darme otra oportunidad. Él niega con la cabeza y esboza una sonrisa leve, que me recuerda a alguien, que en estos momentos no caigo.

Veredicto final: DESPEDIDA.

Me voy a mi cubículo, recojo mis cosas, que son pocas la verdad: unas botas de campo, mi bolso, mi chaqueta, y me voy. No me gustan las despedidas, así que omitiré el mal trago. Además mañana estaré en boca de todos mis compañeros. Me fastidia ser el centro de atención, y mucho más quedar como la mala de la historia. Sé que va a ser así. Me gustaría poder explicar a todos mi punto de vista y que Carlos me apoyara, pero eso va a ser imposible.

Doy un último vistazo a mi cubículo, salgo al pasillo y veo alejarse a Ernesto junto a Carlos. Mi ex jefe pone su mano sobre el hombro de Carlos y ríe abiertamente. ¡Lo que me faltaba por ver!

Con la decepción más absoluta por el género humano en general y masculino en particular instalada en mi cuerpo, abandono mi puesto de trabajo. Un trabajo en el que he estado en los últimos años y en el que me sentía relativamente a gusto. No dejo de pensar en el gesto cariñoso de Ernesto. No me esperaba eso de él. Le consideraba un hombre íntegro, y aunque desconozco la conversación que mantenían, por los gestos y la risa no parecía que le estuviera dando la misma charla a Carlos que he recibido yo, y en consecuencia, dudo que ni siquiera esté despedido.

Me he cruzado con algunos compañeros por los pasillos y me he despedido de ellos como si tal cosa, no los volveré a ver en mucho tiempo. No quiero ofrecer explicaciones. Con la que sí me apetece desahogarme es con Nadia.

Ella me comprende, me escucha y normalmente me da sabios consejos. Por hoy ya he completado mi dosis de desgracias.

En cuanto hablo con ella me nota rara. Obvio. No puedo estar contenta, acabo de perder mi trabajo. Así que su proposición es clara. ¡Salimos! Es lo que nos pasa, nos gusta tanto la fiesta que lo celebramos todo, lo bueno y lo malo.

He llegado a casa, me cambio de ropa y a las ocho en punto la espero en la puerta de la farmacia donde trabaja.

—¡Loca! ¿Qué ha pasado?

—Pues lo que era de esperar —digo resignada—. Nos han pillado en plena faena en el despacho de Carlos.

—¡Vaya! —exclama en tono triston.

—Sí, y el despido ha sido inmediato —confirmo—. Solo a mí.

—¡Eso es injusto!

—¡Ya!

—Machistas de mierda... —añade enfadadísima.

—No sé por qué a mí y a él no. De lo que sí que estoy segura es de que yo me corrí y a él no le dio tiempo —cuento a mi mejor amiga mi pequeña victoria.

—¡Que se joda! —sentencia y las dos nos echamos a reír en medio de la calle.

## ¡Fuera el luto!

*E*stoy superanimada, aunque debiera ser lo contrario, me siento plétórica, necesito evadirme y disfrutar. Dispongo de la mejor compañía para ello: Nadia. En numerosas ocasiones he oído la historia de parejas que rompen después de mucho tiempo de relación. Cuando eso ocurre experimentan un periodo de despendole total, es decir, hacen locuras que no han hecho durante los años en los que han estado con la otra persona. A mí, la verdad, nunca me había ocurrido. Pero creo que voy a empezar a hacerlo. Quiero quitarme de la cabeza a Carlos. No hemos mantenido una relación al uso, pese a que me ha llegado al corazón más de lo que estoy dispuesta a admitir, es evidente.

Ceno con Nadia en una hamburguesería. Calorías para nuestros cuerpos serranos. Después vamos al bar de siempre. Las primeras cañas las tomamos allí. Y después, según nuestro plan, vamos a un lugar o a otro.

No dejo de bailar y hablar. El tema de conversación es recurrente: Carlos. Me dedico a despotricar de él, aunque también tengo mis momentos de nostalgia. No lo puedo evitar. La noche está animada hay mucha gente dispuesta a pasarlo bien y nosotras no hacemos ascos a nada de eso. Bailamos, reímos, bebemos. Ya me noto algo tocada, y es que el ritmo de Nadia es infernal. Ella lo achaca a que toma vitamina B12 antes de salir de fiesta, no lo tengo claro. Creo que su capacidad de tolerancia del alcohol es muchísimo más alta que la mía.

—A las tres y cuarto —dice dándome indicaciones de una posible presa. Mi estómago se contrae. No quiero ver a Carlos. Me giro con sigilo.

—¡Andrés! —exclamo de forma efusiva.

—Está tremendo, ¿verdad? —afirma Nadia—. Mucho más que cuando estaba contigo.

—¡Gracias, amiga! —finjo que me ha dolido—. ¡Con tus ánimos da gusto!

—¡No me malinterpretes, loca!

—Ya, lo hemos hablado no hace tanto. Está muy guapo, tienes razón.

—A mí el que más me gusta es el que está a las seis y media —comenta seria. Me giro y no puedo evitar soltar una carcajada.

Es un hombre de cierta edad, sentado frente a la barra, rodeado de mujeres, que obviamente están con él porque les ha pagado. No es muy agraciado el pobre, es horrible. Le cuelgan las piernas en el taburete, así que de pie no puede medir más de un metro y medio aproximadamente. Tiene un color bastante rojizo y no hace más que pasarse un pañuelo por la cara. Suda como si fuera un pollo. Las mujeres que lo acompañan se contonean y eso hace que el hombre resople y sude más aún.

Después de un rato viendo el espectáculo Nadia y yo nos ponemos a bailar, a hablar, saludamos a conocidos, en definitiva pasamos un rato agradable. Como siempre, he de ir al baño. De camino paso por el lado de Andrés y de sus amigos. Como algo instintivo lo agarro de la mano, él me sigue sin decir nada. Llegamos al baño. Es una zona donde el ruido es menor y donde sorprendentemente no hay demasiada gente. No puedo evitarlo, lo acorralo contra la pared y empiezo a besarlo. Él al principio está cortado, pero en unos segundos se reactiva y me devuelve los besos. Estamos durante un rato enrollándonos a las puertas de los baños. Pasa gente y ni nos inmutamos. En un momento dado Andrés se retira.

—No puedo, Rebeca —dice serio.

—¿Por qué?

—Tengo novia —contesta solemne.

—¡Cojonudo! Y ¿dónde está ella? —Necesito saber. No me estoy comportando bien y lo sé.

—Estudiando, estamos en plenos exámenes y ... —explica con cara de pena. En el fondo es un crío.

—¡Vale! —exclamo. Entro en el baño con el fin de disimular que me ha sentado mal su rechazo. Mejor me voy a hacer pis, que es a lo que he venido.

Cuando acabo me lavo las manos, me miro en el espejo, recompongo un poco mi pelo y salgo. Cual es mi sorpresa al ver a Carlos apoyado en la pared con los brazos cruzados y con cara de enfado.

—¿Has tardado mucho en cambiar de hombre? —escupe con saña. Estoy muy enfadada y si se piensa que me voy a callar lo lleva claro. No pienso aguantar bobadas ni insinuaciones.

—¡Anda! Mira quién está aquí, ¡el que le chupa la polla a Ernesto! —suelto con toda mi mala leche. Si él insinúa cosas yo también.

—¡No te pases, Rebeca! —advierde dolido.

—¡No te pases tú! — le grito. No quiero ni verlo.

—Déjame explicarte —pide en un tono más conciliador.

—No hay nada que explicar. Has conseguido lo que has querido, me han echado del trabajo y resulta que los motivos por los que estoy fuera también te incumbían a ti... —continúo sin dejar replicar a Carlos—, por una extraña razón solo he pagado yo las consecuencias de nuestros actos, y a ti creo que hasta te han felicitado. ¡Muy bien, chato! ¡Enhorabuena! —Toco su pecho con mi dedo índice.

—Todo tiene una explicación.

—Pues seguramente, aunque no quiero saberla —alego prepotente—. Si me disculpas me están esperando.

Me voy de forma altanera. Por un lado estoy disgustada y despechada, por el otro satisfecha. Carlos se ha pensado que Andrés es mi nuevo ligue. Ya lo conocía del día que los presenté, y que entre nosotros hay algo o lo ha habido es evidente. Si se ha llevado la impresión incorrecta no es mi problema. ¡Que se joda! Que piense lo que no es. Si sufre celos que se fastidie. Una pequeña victoria para mí. Estas píldoras de triunfos me dan alas. Regreso del baño, miro a Nadia. Es hora de irse. Ese mamarracho me ha amargado la noche. Me voy a casa cabreada, disgustada y caliente. Llamo a la desgracia. ¡Qué le voy a hacer!

## Tiempo para mí

Al día siguiente tengo resaca, como no he de ir a trabajar me quedo remoloneando en la cama. Es lo que sucede al pertenecer a la larga lista del paro. Me voy a tomar las cosas con calma. De hecho creo que el viernes no voy a hacer absolutamente nada.

Oigo a Sandra y a Mila salir de casa. Suelen marcharse juntas aunque vayan a facultades distintas. En cuanto me quedo sola me estiro y bostezo, me levanto, voy al baño, después me tomo un par de vasos de agua. Respiro profundamente. Y ahora, ¿qué hago?

Dispongo de tiempo para mí, así que decido darme un baño de esos largos, larguísimos. Dejo que la bañera se llene y busco entre mis cosas para encontrar el producto más adecuado. Sales de baño, bombas, perlititas de aceite, pétalos perfumados, gel espumoso... entre tantas cosas no sé por cuál decantarme, mientras la bañera se termina de llenar pongo música en mi móvil. Así me animo. Me voy a aplicar una mascarilla en la cara. Aún no la he estrenado y me apetece mucho.

Con mimo y cuidado me dedico a mí misma. Llevaré en la bañera cerca de una hora. Mi piel está arrugada como una pasa, pero no me importa en absoluto. Por un momento me he olvidado de todo y creo que soy feliz.

Al salir de la bañera me resbalo, me agarro de forma apresurada a la encimera del lavabo con tan mala suerte que golpeo el móvil y acaba en la bañera. ¡No me lo puedo creer! Lo cojo y lo intento secar con la toalla. Le quito el agua, corro a la cocina a por un cuenco con arroz y lo meto para que el cereal absorba toda la humedad posible. He de decir que me encuentro en pelota picada, hay un reguero de agua por toda la casa y aun así creo que no voy a lograr nada. Empiezo el día muy, pero que muy bien.

Me seco, me visto y voy a ver a mi teléfono. Nada, ni siquiera enciende. Pues tendré que comprarme otro. No es momento de vivir aislada del mundo, ahora menos que nunca. Debo buscar otro trabajo y he de estar localizable. Ese es el plan para el día: recorrerme las tiendas de telefonía para encontrar la mejor oferta.

El viernes no salgo, son las chicas las que vienen a casa. Necesito socializar con ellas, que me escuchen y me animen. Susana que ha dejado a la pequeña Nuria con su marido y Sonia. Vienen todas, incluida Nadia. Pasamos un rato agradable como siempre.

El sábado es la comida familiar. En casa he dicho que estoy de vacaciones. No quiero explicarles nada aún. Más bien, no sé cómo contar que me han despedido porque mi jefe me ha visto mover el culo encima de un tío. No refleja nada bueno de mí, la verdad.

Deseo pasarlo muy bien esta noche. Estoy despechada, es más quiero encontrarme con Carlos para darle su merecido. Quiero provocarle celos, que me vea con otro tío y si es enrollándome con él mucho mejor. No porque esté necesitada, sino porque quiero que lo pase realmente mal, que sufra un poquito, no un muchito; soy rencorosa y quien me la hace, me la suele pagar. La venganza, dicen que es mejor que se sirva en frío, no obstante yo en caliente actúo de otra manera, funciono de forma más retorcida.

Vamos a un bar y no sucede nada. Me noto inquieta, expectante, impaciente... necesito encontrarme con él y enfrentarme como nunca antes. Todo lo que ha pasado me ha dolido y me ha hecho perder un poco la fe en los hombres. No le pido que me hubiera defendido a capa y espada y que se hubiera despedido en solidaridad conmigo, ¡joder! Un poco de empatía ¿no?

Continuamos de bar en bar. No me divierto, Nadia me lo advierte. Me dice que pase del tema, que estamos las dos como siempre disfrutando y lo único que consigo es amargarla a ella con mi actitud. Lo que prometía ser una noche estupenda se ha convertido en un asco y por mi culpa.

Al final hemos recorrido los bares en los que me había encontrado con Carlos en alguna ocasión y resulta que acabo más cabreada, borracha perdida y con la cartera tiritando.

Llego a casa tambaleándome. Llevo una cogorza de campeonato. Me aproximo a mi portal y veo una sombra apoyada en la pared. A medida que me acerco me cercioro de que es Carlos.

—Bueno, bueno, bueno mira tú quien está por aquí —digo de forma

atropellada.

—Rebeca —saluda él aproximándose.

—Si has venido a algo en concreto creo que pierdes el tiempo. —Marco mucho las palabras e intento no trastabillar. Me noto peor de lo que creía.

—Quiero explicarte algunas cosas —comenta sereno. Siempre me ha molestado su frialdad, como que las cosas no le afectan.

—Ni te molestes —suelto—. Lo que desees aclarar me importa más bien poco.

—Estás borracha, Rebeca —asegura.

—Sí. En eso te doy la razón —confieso y adopto su misma posición.

—Creo que no entenderías nada de lo que te contara, no en ese estado —ataja serio.

—¿Quién te crees que eres?, ¿el hombre perfecto?, ¿el intocable?, ¡por favor! Todos tenemos taras —resoplo.

—No me creo nada, procuro que entiendas que lo que he de confesar es lo suficientemente importante como para no hacerlo mientras tú estás borracha —dice algo desesperado. Parece que se le agota la paciencia y eso me gusta.

—¡Vale, chato! —recalco—. Pídemme audiencia y cuando disponga un rato, y si me apetece hablaré contigo.

—Eres tan terca que me desesperas —declara. Ha perdido un poco los papeles. Lo estoy consiguiendo y me agrada esa sensación.

—Pues desespérate —respondo a la vez que trato de meter la llave en la cerradura.

No logro atinar, pongo el dedo de la mano contraria para fijar un punto de referencia, ni aun así lo consigo.

—Deja que te ayude.

—¡No me toques! —grito seria. Por momentos se me está espabilando la borrachera.

—¡Es por tu bien! —exclama desquiciado del todo.

—¡Nunca desde que te conozco me has hecho bien! —confirmo dolida y al borde del llanto.

Carlos hace el amago de agacharse para recoger algo del suelo. Me ha engañado porque realiza una maniobra poniéndome sobre su hombro. Me ha cogido como si fuera una pluma. No esperaba eso. Tampoco estoy muy ágil. Me quita el llavero de la mano, mete la llave en la cerradura y abre. Yo procuro zafarme, pero no encuentro la forma. Aunque le doy puñetazos y



alguna patada no puedo moverme. Me mete en el ascensor. Armo un buen escándalo. Subimos a mi casa. Me han abandonado las fuerzas. Estoy exhausta.

## Flaqueando

Carlos me deja en el suelo una vez que ya ha abierto la puerta de mi casa. Ya no podía oponer más resistencia. Creo que estoy sudando del esfuerzo. Cierra la puerta tras de sí y sin dirigirle la palabra voy hasta mi habitación. Es la primera vez que entra en mi casa. No tiene nada que ver con la suya, aunque eso ahora mismo no importa.

—Será mejor que te acuestes —dice Carlos apoyado en el umbral de la puerta de mi habitación.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! ¡No eres mi padre! ¡Quiero que te vayas de mi casa! Y si puede ser de mi vida ¡también! —grito del tirón.

—No me iré hasta que te acuestes —impone serio.

Como sé que lo cumpliré, me quito los zapatos y la ropa, todo de muy mala gana, he de decirlo. Me desnudo delante de él. Total, me ha visto desnuda antes, pero si encima le hago rabiar un poquito mejor que mejor. Me pongo el pijama. Veo que sonrío de medio lado. Cuando me voy a acostar le espeto.

—Quiero mi beso de buenas noches —pido con voz infantil.

Carlos se acerca, a veces, los hombres son tan ingenuos y predecibles, que me hacen sentir perversa, como en estos momentos. Me pongo de rodillas sobre la cama. Carlos se agacha para besarme. Empezamos a besarnos, cierro los ojos, los abro, me mareo. Lo empujo y salgo corriendo al baño. Imposible continuar.

Me deviene una arcada y vomito todo el alcohol que todavía no había llegado a mis venas. Noto algo detrás de mí, es Carlos que me sostiene la cabeza. Lo cierto es que no me ocurría esto desde hacía años. Me recuerda a una vez en la que Nadia me sujetó la cabeza para que no me manchara el pelo, de esto hace demasiado, lo llevaba más largo que ahora, era más joven y creo que igual de inconsciente que en la actualidad. ¡No tengo arreglo!

Cuando termino estoy sudando, me lavo la cara, me seco y miro a Carlos. Lo veo borroso por las lágrimas que he derramado cuando he vomitado y la borrachera aún no ha desaparecido. Me siento un poco avergonzada, estoy tan cansada que ni siquiera puedo pelearme con él.

Como si fuera un zombi, voy a la habitación, me meto en la cama y me acurruco sin decir nada.

—¿Todavía quieres que me vaya? —pregunta Carlos.

No puedo articular palabra. Que haga lo que quiera. Solamente emito un sonido, que lo interprete como quiera.

Amanezco sobre las diez y media de la mañana. Carlos está sentado en una silla que hay en mi habitación. Le tiene que doler hasta el alma, porque es incomodísima. En cuanto me muevo abre los ojos.

—Buenos días, ¿cómo te encuentras?

—Mal, me duele todo, sufro agujetas de vomitar y tengo la boca como el esparto —explico a modo de resumen.

—Te preparo el desayuno y ya verás cómo te recuperas —dice y se levanta.

Me encuentro sin fuerzas para impedirselo, lo echaría de nuevo de mi casa, aunque por otro lado no me disgusta que me cuiden y me mimen. ¿Estaré flaqueando? Seguramente. Si es que carezco de voluntad.

A los cinco minutos me levanto y voy hasta la cocina. Allí veo un tazón con leche, bollería recién hecha y un zumo de naranja. ¿Desde cuándo hay naranjas para hacer zumo? ¿Y la bollería recién hecha? Observo todo incrédula.

—He bajado a comprar —comenta.

—No tenías por qué hacerlo. —Me siento.

—He aprovechado y ya he desayunado yo también.

Asiento y comienzo a desayunar, procuro no forzar por miedo a que me siente mal. La verdad es que todo tiene una pinta extraordinaria. Me puede la gula, y antes de pensar en mi estómago ingiero como si no hubiera un mañana. Pagaré las consecuencias más adelante, pero es que estoy hambrienta.

Termino de desayunar y, ¿ahora qué? No me apetece hablar con Carlos sobre mi mierda de vida. Todavía no estoy espabilada.

—Rebeca, me gustaría... —dice, y corto toda conversación posible.

—No, Carlos, no sé lo que deseas decirme... —No dispongo de argumentos que aportar, improvisaré—. No necesito saber nada.

—Rebeca, es que si te lo explico, las cosas pueden cambiar —añade exasperado.

—Las cosas ya son como son Carlos, mi vida se ha ido a la mierda en dos días, tú no has hecho nada por evitarlo, tú conservas el trabajo yo no. ¡Fin! —zanjo el asunto.

—¡No es así! —exclama dolido.

—¡Sí es así! —contesto—. Además, ¿no es eso lo que ambicionabas? —pregunto para hacerle daño, no estoy siendo justa con él, no pretendo darle más vueltas al asunto. Y además quiero que sufra como yo.

—¡No! —desaprueba rotundo. Su voz ha sonado profunda y firme—. Yo no pretendía que te despidieran —manifiesta desesperado.

—Pues... ¡no ha habido suerte, chato!, además no creo que ostentes tanto poder en la empresa como para decidir quién se queda y quién se va —confirmo borde, ha sido un golpe bajo, pero estoy cegada—, si no te importa, me encantaría que te fueras, que desaparezcas de mi casa y de mi vida. ¡Olvídate que existo! —bramo y se me pone un nudo en la garganta, creo que estoy a punto de llorar, tanta presión me ha vencido.

Carlos resopla, se lo ve abatido. Creo que más por mi actitud que por otra cosa. Quiere explicarse y no le dejo, por otro lado, ¿qué pretende decirme? Todo está muy claro. El mismo acto está contemplado de dos maneras diferentes dependiendo de si eres hombre o mujer. Si eres hombre es un acto prácticamente heroico y si eres mujer pues... mejor me callo. Podría haber ofrecido guerra al respecto, aunque creo que no hubiera conseguido nada, es más, habría sido motivo de mofa, me habría expuesto más aún y no merecía la pena.

## Recursos humanos

Los días siguientes los aprovecho para resolver algunas gestiones que llevaban tiempo aparcadas. Como por ejemplo renovarme el carné de conducir, estaba caducado desde hacía más de cinco meses y no lo sabía. Hasta que revisando mi documentación lo he visto. Si me hubiesen parado, me habría salido caro, por el disgusto monetario sobre todo.

También mantengo más vida social, salgo con mis amigas, como con ellas y alguna tarde incluso he ido a casa de Susana y la he pasado con su bebé. No me extraña que esté agotada, un bebé absorbe demasiada energía, creo que no tendré hijos nunca. No me veo yo atada a un ser indefenso veinticuatro horas al día trescientos sesenta y cinco días al año, es demasiado para mí. Además, conociéndome, seguramente me lo dejaría olvidado en casa o en el supermercado y muchas cosas más que no quiero ni imaginar.

He estrenado mi móvil nuevo, estoy encantada. Lo malo de todo es que he perdido algunos contactos, poco a poco los iré recuperando.

Un día mientras me encuentro absorta con las novedades cosméticas suena mi teléfono. No me percató de que es a mí a quién le suena hasta que una chica que está a mi lado me advierte que es mi teléfono. ¡Soy un desastre! Lo cojo, lo miro, un número de centralita larguísimo.

—¿Dígame?

—¿Rebeca? —preguntan al otro lado.

—Sí, soy yo —contesto intrigada.

—Buenos días. Soy Felipe Correa, de Recursos Humanos.

—Hola, Felipe, no había reconocido la voz —digo contenta. Nunca he tenido un problema con él. Es un hombre adorable.

—¿Qué tal Rebeca? —saluda de forma afable.

—Bien, bien —me apresuro a confirmar.

—Dispongo de todos tus papeles y el finiquito, cuando puedas pásate a por ello —comenta en tono profesional.

—¡Vale!

—Rebeca, por cierto, no sé qué es lo que ha pasado, pero me gustaría hablar contigo. No lo entiendo —añade Felipe extralimitándose.

—Ya hablaremos, aunque me resulta raro que no hayas oído nada —manifiesto.

—No, la verdad es que tu despido nos ha pillado a todos con el pie cambiado, no lo esperábamos y en cuanto sacamos el tema se ponen a la defensiva, sobre todo Ernesto.

—Yo te lo cuento.

—Nos vemos pronto —se despide.

—Sí. Cuídate.

Cuelgo y me siento bien. Si en la empresa ignoran el motivo de mi despido es algo bueno para mí. Por lo poco que me ha contado Felipe se ve que es un tema tabú. No sé porqué no lo dice claramente. Mi acción era motivo de despido procedente. Por otro lado, si no han dicho nada ¿será que me quieren proteger? Ni idea. Voy a seguir con mis cremas. Mañana iré a ver a Felipe.

Al día siguiente me levanto, me preparo a conciencia y vuelvo a mi antiguo trabajo. Me noto rara, una sensación extraña me invade. Por un lado siento añoranza por lo que fui aquí, un poco de envidia por mis compañeros, con sus días ocupados y a mí permanecer tanto tiempo sin hacer nada empieza a aburrirme, por otro lado me siento satisfecha, porque sé que el trabajo lo desempeñaba bien. ¿Que no me comporté de forma ética? Lo admito. Pero soy una buena profesional.

He evitado la primera hora para no dar demasiadas explicaciones. Saludo a Cristina, parece con ganas de saber, sin embargo le digo que me esperan y voy con prisa. Mentira y gorda, no saben que he llegado.

Subo directamente a Recursos Humanos, llamo a la puerta del despacho de Felipe y entro.

Se alegra de verme, me da dos besos y nos ponemos con todo el papeleo pertinente. Al final me entregan el finiquito aunque ha sido despido procedente. Felipe no pregunta, pero sé que quiere una aclaración. Se la doy sin problema. Le explico cómo Ernesto me pilló montándomelo con Carlos en su despacho. Los ojos se le salen de las órbitas. Creo que le ha dado un micro infarto. Le señalo que si no han dicho nada será por protegerme o no sé muy

bien por qué, que es mejor que me guarde el secreto. Tras tranquilizar a Felipe, me despido de él y me voy con mi cheque. Lo necesito después del desembolso del móvil me vendrá genial.

Salgo a la calle sin decir adiós a Cristina que habla por teléfono. Justo en el aparcamiento me encuentro con Carlos. ¡Destino, por Dios! ¡Olvídate de mí!

Me hago la despistada, total, no es difícil para mí. Es mi estado natural. Además no quiero hablar con él. Le exigí que desapareciera de mi vida.

¿Esto es lo que querías? Pues lo has conseguido

—*R*ebecca, Rebecca —me llama. No puedo hacerme más la tonta.

—Hola —saludo indiferente.

—¿Te han readmitido? —pregunta y no me gusta cómo me ha formulado la pregunta. No sé si es lo que pretende, si le extrañaría que lo hicieran o qué, nos obstante su tono de esperanza al principio ha cambiado al final y eso me escama.

—¿Te importa? ¿Qué harías si así fuera? ¿Debo darte explicaciones? —especifico con desdén Estoy en plena forma, no me ha pillado como el fin de semana que estaba borracha.

—¡Claro que me importa! —exclama ofendido.

—Pues para tu información... no. No me han readmitido. No tengo tanta suerte como otros —añado tirando a matar.

—Rebecca yo... yo no tengo suerte porque no me hayan despedido. Es solo que... —Mide sus palabras. Y eso me irrita más aún.

—Que nada Carlos —atajo con una sonrisa falsa en la cara—. Al final conseguiste lo que perseguías ¿no? —insinúo.

—¿A qué te refieres? —pregunta algo perdido.

—A todo. Deseabas acostarte conmigo y lo hiciste. Querías que te masturbara y también lo conseguiste. Y lo mejor de todo, al final lograste quitarme de en medio haciendo que me despidieran. ¿Eso era lo que pretendías? Pues lo has conseguido. ¡Enhorabuena!

—No sabes lo que estás insinuando, Rebecca —dice él. Me da la sensación de que quiere contar algo, pero no se atreve.

—Pues yo lo veo claro. Así que si no vas a añadir nada más déjame pasar que mi tiempo es muy valioso —suelto con prepotencia—. Tú deberías



gestionarlos mejor. Llevas aquí diez minutos hablando conmigo, quizá te despidan... —escupo con toda la mala leche que dispongo. Que se joda.

Carlos agacha la cabeza y se va. He acertado, pero bien. No me da pena ninguna. Que se fastidie, yo tampoco lo estoy en mi mejor momento, y en gran parte por su culpa. Si hubiera ido conmigo a hablar con Ernesto, o permaneciéramos los dos en la empresa y lo hubiesen pasado por alto, o los dos habríamos sido despedidos. Solidaridad a tope. Pues no: yo a casa y él en su puesto de trabajo.

Me voy con buen sabor de boca, también con sabor agridulce.

Ataco a Carlos gratuitamente cada vez que coincidimos. No sé si seré injusta, es probable, todo esto me ha molestado muchísimo.

He cobrado mi cheque, y mi cuenta corriente se ha visto reforzada, aunque soy consciente de que esto no va a durar eternamente. Debo buscar trabajo inmediatamente. Lo primero porque dispongo de un dinero y no se multiplica de forma espontánea, segundo porque ya empiezo a aburrirme de estar en casa, los primeros días todo muy bien, ahora ya me agobia y tercero porque es lo único que sé hacer. En casa de mis padres aún no saben nada, y no encuentro la manera de contarlos. Lo bueno sería comenzar en un nuevo trabajo y ya de paso soltarlos todo a la vez: mi despido y mi nuevo trabajo. Así suavizaría un poco. Esto es la teoría, pero como me conozco y suelo llamar a la desgracia, nada de esto va a ocurrir.

Voy a hablar con Nadia, he estado navegando por internet y la oferta es escasa. He enviado algún currículum, sobre todo para trabajos que no tienen nada que ver con mi profesión, quizá sea el momento de cambiar. Para empresas constructoras necesito ir allí en persona y si pudiera hablar con alguien responsable de Recursos Humanos sería mucho mejor. Les explicaría mi trayectoria y sería más fácil. Por eso necesito su coche, si se lo pidiera a mi padre sospecharía mucho. Me da un poco de vergüenza, sé que Nadia no pondrá pega ninguna; si algo es ella es servicial a tope y siempre que puede me echa una mano, o las dos o el cuerpo entero. No tengo vida para devolver todos los favores que me ha hecho a lo largo de todos estos años.

Quedamos por la tarde, el tema principal de nuestra conversación es Carlos. Le cuento el encontronazo que hemos mantenido a la salida de la oficina, y ella lo ve de diferente manera que yo. Insinúa que igual su intención es explicarme algo importante. No me interesa, hasta su reacción me ha molestado. Necesito

que me apoye, que me dé la razón a mí y que él sea el malo de la película, pues no. Nadia se posiciona en parte al lado de Carlos.

Toda esta situación, me recuerda a algo que me comentó Carlos, sobre que mis amigos no eran objetivos y que me decían lo que anhelaba oír. Carlos, Carlos, Carlos... siempre Carlos. ¿No hay otro tema? No, se ve que empiezo a hablar de otra cosa y todo deriva en él. De repente mis inquietudes se han visto reducidas a una exclusivamente y eso me disgusta muchísimo.

¿Desde cuándo estoy tan pillada por un tío? No sé, el caso es que ya lo he reconocido: Carlos me gusta, me gusta mucho. Me encanta darle caña y que me responda, que entre al trapo como yo lo hago. Ese enfrentamiento me da vidilla, y del resto para qué mentir. Es un empotrador de los buenos. ¿Está bueno? Se podría decir que no está mal, no es espectacular, aunque gana muchos enteros en cuanto a cuestiones amorosas se refiere.

Creo que ya no busco tanto el que sea atractivo, busco a un hombre que sepa lo que se hace, sí. Me he vuelto exigente. Necesito que me haga sentir viva, sucia, que me provoque unos orgasmos terribles como sea, me da igual: lengua, dedos, polla... el caso es que quiero sentirlo todo, no que sea él que disfrute solamente y con Carlos lo encontré. La fecha de caducidad fue corta, pero... ¡así es la vida!

## Búsqueda activa de empleo

Al final resultó fácil lo del coche. No me equivoqué, Nadia me lo ha prestado sin problema. Aquí estoy, montada en su coche. Es un modelo antiguo, pero lo tiene impecable, huele a ella nada más entrar. No hay ni un papel, ni botellines de agua. Nada de nada. Limpio, aspiradora pasada y su olor característico. Por fuera está perfecto también, ni una rozadura ni nada. El coche permanece en un garaje por la noche y eso hace que se alargue su vida, no obstante Nadia es muy cuidadosa con sus cosas. Le he visto ropa puesta de hacía bastantes años y permanecía impecable. Cuida las cosas con mimo y eso se nota.

¡Allá va Rebeca! Hace tiempo que no conduzco, y no se me da mal. He hecho un plan para entregar mi currículum en varias empresas constructoras y alguna externa dedicada a la prevención de riesgos laborales. He hecho una investigación previa para llevarlo todo previsto, así aprovechar que dispongo del coche de Nadia. Lo complicado es que están muy separadas unas de otras, atravesaré la ciudad, aunque no tengo nada más que hacer.

En la primera empresa la recepcionista es una borde y casi me echa de mala manera. Me ha recibido una señora que debe rondar los cincuenta, obesa, de pelo más largo de lo que le favorece y cara de amargada. Se ve que está harta de recoger currículum, ese no es mi problema señora. Si estoy aquí, no es por gusto, es porque necesito un empleo ¡ya! Descarto que me llamen, incluso descarto que mi currículum sea recibido por quien debe, lo habrá tirado a la basura en cuanto me he ido.

Sigo con mi periplo de acercarme a la última empresa y debo atravesar la ciudad, opto por coger la circunvalación, así será mejor. Haré más kilómetros, seguramente lo haré en menos tiempo. Empiezo a estar cansada de poner buena cara, explicarle a quien me atiende quién soy, qué hago...

Parada en un ceda el paso, el semáforo de la arteria principal en la que conecta la circunvalación con la ciudad, se acaba de poner en verde. Espero, no he parado el coche del todo porque podré meterme si no hay muchos vehículos, cuando me voy a incorporar a la vía principal noto un impacto por detrás. ¡Mierda! Me acaban de dar. No doy crédito a lo que acabo de vivir. El golpe no ha sido fuerte, porque no lo ha sido, sin embargo mi cuerpo se ha desplazado hacia delante y ha vuelto a su estado inicial como si fuera un muñeco. No me extraña que cuando hay esos accidentes tan aparatosos los heridos sean tantos, demasiado poco pasa para las imprudencias cometidas.

Me bajo del coche aturdida, noto un frío helador en mi cuello, aun así salgo. La chica de detrás de mí está desencajada, con las manos sobre la cabeza y le falta poco para llorar.

—¿Estás bien? —pregunta presa de los nervios.

—Sí, sí, no te preocupes —digo.

—¡Madre mía! No sé cómo me ha podido pasar —añade de forma atropellada.

Empezamos a oír pitidos, seguimos en el medio del carril de aceleración y los coches se impacientan. Pues que esperen, porque esto hay que arreglarlo.

—¿Estáis bien? —oímos una voz detrás de nosotras.

—Sí —contestamos las dos a la vez cosa que nos hace sonreír. La situación es fea, y un poco de humor no viene mal.

Me giro y veo a Carlos. ¡No puede ser! El golpe ha sido duro porque lo veo hasta en la sopa, ¿se puede saber qué hace este tío aquí?

—Llamaré a la policía y al ciento doce —sugiere seguro de sí mismo.

—No hace falta —dice la otra chica—. La culpa ha sido mía —confirma y yo respiro aliviada.

Miro el coche de Nadia y no puede ser cierto lo que veo, prácticamente todo el maletero se ha metido hacia adentro. Parece un acordeón y eso que el golpe no ha sido fuerte. A ver cómo le explico a Nadia que su coche impoluto está hecho un asco. Se lo pagaré, la culpa no ha sido mía, pero el favor sí que se lo pedí yo. ¡No tengo remedio!

—¡Es necesario! —repite Carlos y ya me pongo de los nervios. Siempre lo que él diga y lo que él quiera, ¡no me da la gana!

—¡Ya la has oído! No es necesario —discuto rabiosa. Y ya no sé qué me pasa, de repente todo se vuelve negro.

## Siempre llamo a la desgracia

Abro los ojos, me cuesta enfocar. No sé dónde estoy. Miro hacia un lado, mi cuerpo está tan dolorido que rápidamente giro de nuevo la cabeza. Veo un box de hospital, creo. No reconozco bien. Es todo blanco. Tengo frío. Hay mucha luz. ¿Quizás me haya muerto y estoy de camino al cielo? ¿No dicen que ves una luz y que recorres algo parecido a un túnel? No lo sé. Pero al final no he encontrado a Dios, ni a Patrick Swayze como en la vieja película de *Ghost*. Aunque si me estuviera esperando semejante maromo no estaría mal. Giro mi cabeza al otro lado y vislumbro a un hombre. Parpadeo. ¿Carlos? Esto no es un sueño, ¡es una auténtica pesadilla! No me puede estar pasando esto a mí. Me persigue. Vuelvo a parpadear para que la imagen desaparezca de mi cabeza. Nada. No hay manera. Allí sigue.

—¿Rebeca? —pregunta en tono cariñoso.

—Hola —saludo aturdida y dolorida.

—Te desmayaste después del accidente. —En cuanto dice eso vienen a mi cabeza pequeños *flashes* de imágenes vividas.

—El coche de Nadia.

—Lo importante eres tú, el coche es un coche.

—Ya, pero es que me lo ha dejado y... ahora... menuda avería —digo enfadada por todo el inconveniente que le voy a provocar.

—Rebeca, escúchame —llama mi atención Carlos—. Tus padres están hablando con los doctores, no creo que tarden.

—¿Qué me pasa, Carlos? —indago muerta de miedo.

—No lo sé, alguna vértebra inflamada y en el cuello un esguince cervical por lo que he entendido, ya te lo explicarán ahora —responde. Resoplo, no sé el alcance de la lesión, aunque no parece muy grave. Me había temido lo peor.

—Vale —suelto más aliviada.

—Ahora que estás aquí retenida voy a aprovechar para contarte lo que llevo queriendo decirte desde hace tiempo. Sé que no es el momento y el lugar pero... —argumenta seguro de sí mismo.

—No te molestes. No me interesa —confieso Verme postrada en una cama me hace sentirme frágil e impotente.

—De acuerdo —asiente. Yo esbozo una sonrisa. Me he salido con la mía—. Me parece muy bien que no te interese, sin embargo yo te lo contaré igualmente. —¡Mierda, mierda! Murmuro para mis adentros.

—Como quieras, pero que sepas que no voy a prestar atención —declaro para quedar por encima. Él no dice nada, comienza a hablar.

—Antes de volver a España vivía en Dusseldorf como ya te conté. Allí era dueño de una empresa dedicada al interiorismo y a la decoración. No nos iba mal. Teníamos proyectos internacionales, y éramos bastante populares y conocidos. Yo trabajaba codo con codo con Angela, mi exnovia. Ella era la encargada de la decoración y yo de proyectar y remodelar los espacios para sacarles el mejor partido —explica de forma serena. Me he dado cuenta de que ha suspirado cuando ha nombrado a la tal Angela. Yo aquí permanezco impertérrita, disimulando que no me interesa la historia, aunque en realidad me pica la curiosidad—. Yo confiaba plenamente en ella, tanto es así que le daba manga ancha para hacer y deshacer, ella manejaba muy buen criterio y nunca jamás hubiera dudado de su honestidad. —Su cara se frunce en un gesto de dolor. No lo tiene superado—. Un día, la policía se presentó en el estudio de decoración. Me mostraron unos cuantos papeles firmados por mí. Los tuve que acompañar a la comisaría. Habían estado investigando y veían operaciones fraudulentas. Yo evidentemente no sabía de qué me hablaban. Comprobé mi firma en documentos que jamás habían pasado por mis manos. Por resumir, porque es largo, Angela ha estado desviando fondos de las cuentas a otras empresas para evadir impuestos, además de otras cosas.

Carlos, ha terminado la historia antes de lo que me hubiera gustado. Se ve que le duele.

—¡Vaya! —exclamo sin poder evitarlo.

—Como comprenderás mi reputación allí es pésima. He conseguido demostrar que algunos de esos documentos no los firmé yo. Y con otros busco la manera de demostrar que... bueno... que no tenía intención de evadir impuestos ni nada por el estilo. Mis abogados se encargan —añade moviendo

las manos—. De repente me encontré sin trabajo y sin prácticamente recursos para enfrentarme a todo. Fue Ernesto el que me dio la oportunidad.

—Ernesto —repito en voz baja. Ya me cuadran algunas cosas, no digo nada.

—Sí Rebeca, Ernesto es mi tío —confiesa y espera a que reaccione. Mis ojos se han debido de salir de las órbitas porque ha esbozado una sonrisa—. Nadie en la empresa lo sabe. Nunca me han gustado los favoritismos ni los enchufes, y si no hubiera sido por mi situación personal jamás hubiera aceptado el trabajo.

—Entiendo.

—Yo le pedí que no te delatara, me consta que te aprecia y cuando nos pilló como nos pilló se decepcionó bastante, contigo y conmigo. No quería que fueras el centro de atención, y menos aún si no podías defenderte, por eso no ha trascendido el motivo del despido —asegura.

—Bueno, ya lo sabe Felipe, el de Recursos Humanos. Yo se lo conté.

—Pues tampoco ha dicho nada, de momento todo está en calma —manifiesta—. Voy a intentar hablar con Ernesto cuando todo esto pase un poco y tú estés recuperada, para que te readmita.

—No. No quiero volver —digo seria—. Además como tú has afirmado, y sin que sirva de precedente estoy de acuerdo contigo, no me gustan los favoritismos. Buscaré otra cosa por ahí — argumento moviendo la mano y me doy cuenta de que estoy agarrotada. Me duele todo.

—Eres tan terca...

—No empecemos —le corto. No tengo ganas de discutir. Estoy como si me hubiera pasado un tren por encima.

—Sí que estás dolorida sí, en otras circunstancias hubieras saltado — bromea.

—Sí, estoy cansada, quiero irme a casa, ¿por qué no vienen? —confieso anhelante por salir de allí.

—No tardarán, tus padres y tu hermana están con los médicos.

—¿Quién los avisó? —pregunto curiosa.

—Yo. En cuanto te desmayaste llamé a la ambulancia, y después a tus padres.

—¿Por qué estabas en el lugar del accidente? —Quiero saber. No creo en las casualidades, las cosas pasan porque tienen que pasar.

—Llevo todo el día detrás de ti —confiesa un poco avergonzado—. Fui a tu casa a hablar contigo, pero vi que te montabas en el coche. He recorrido toda

la ciudad siguiéndote.

—Eso es acoso, ¿lo sabes?

—Seguramente, quiero dejar las cosas claras —dice más recompuesto.

—La historia me parece dura, no es algo agradable, pero no entiendo por qué me lo has contado y qué tiene que ver contigo y conmigo —insisto y regresa la provocadora que habita en mí.

—Bueno... —empieza a explicar.

En ese momento mi hermana Virginia entra como un huracán en la habitación, detrás de ella mis padres. Mi hermana se abalanza sobre mí y me da muchos besos mientras me riñe y se enfada conmigo. Mis padres, que se están dando la mano, se ríen al ver la reacción de mi hermana, cuando Virginia se retira, ellos me besan y comienzan a explicarme mi diagnóstico.

Carlos se ha sentido incómodo, porque se ha despedido dejándonos a los miembros de mi familia solos. ¡Mejor así!



## Mimos, mimos y más mimos

*E*se mismo día me dan el alta. Nada más permanecía en observación, querían cerciorarse de que las lesiones no eran graves. El desmayo, según ellos, fue provocado por la inflamación de las cervicales y por la acumulación de tensión. Estoy en casa con un collarín que me da un calor horroroso y me pica todo. Mis padres han insistido en que fuera a la suya, para permanecer más controlada, al final los he convencido de que me encuentro bien. No va a pasar nada porque no pienso salir de casa en mucho tiempo. Hasta que no esté recuperada y me llamen para hacer rehabilitación; eso sucederá cuando baje la inflamación.

Mis padres se han ido, y cuando llegan Mila y Sandra alucinan. Me cuidan como si fuera su mascota o algo parecido. He hablado con las chicas también y no descarto una visita por la tarde. Con Nadia he hablado largo y tendido, porque lo de su coche no deja de rondarme por la cabeza, me da mucha rabia. No sé el alcance de los daños, pero es que encima lo tenía tan bien cuidado que no se merecía ese final.

En efecto, a última hora de la tarde aparece Nadia.

—¡Hola loca! —saluda al verme.

—¡Ay! —gimo—. Lo siento, lo siento, lo siento —digo casi sin mirar a la cara a mi amiga.

—Rebeca por favor, no seas idiota —me riñe seria—. El coche es algo material, lo importante es que tú estés bien.

—Eso mismo ha dicho Carlos —susurro.

—¿Carlos? ¿Tu Carlos?, el mismo Carlos con el que te lo montabas día sí, día también, en la oficina y que hizo que... —pregunta alucinada.

—¡Sí! Y no pienso hablar de él —confirmo enfurruñada.

—Pues sí que está bien la cosa, de todas las maneras si querías llamar su atención no era necesario que rompieras mi coche, igual con levantarte un poco la falda hubieras conseguido el mismo efecto —se burla de mí.

—¡Gilipollas!, no me hace ni pizca de gracia —bromeo.

—Pues es lo que hay, loca —confiesa acercándose una galletita artesana que sabe que me chiflan y que compra al lado de la farmacia donde trabaja. Ella siempre tiene estos detalles.

—Me voy a poner como una foca —considero mientras engullo las galletas.

—Pues esos kilos de más son fáciles de bajar, te pillas un buen empotrador de esos que no te dejan ni a sol ni a sombra y en menos de un mes te encontrarás como antes —se mofa de mí.

—¡Vete a la mierda! —suelto con la boca llena.

—Ah, perdón, que ya tienes empotrador —insinúa haciendo alusión directa a Carlos.

—¡Eres imbécil! —exclamo. Me saca de mis casillas y disfruta con ello como una loca.

—Sí, sí, imbécil, pero con razón.

—No, ahora en serio, te voy a contar lo que quería decirme durante todos estos días.

—Y que no le has dejado porque eres una cabezota —apostilla ella.

—Que sí, voy al grano —digo moviendo la mano.

Durante lo que queda de tarde explico con detalle lo que Carlos me ha contado. Espero la opinión de Nadia como agua caída del cielo. Sus conclusiones no son como yo esperaba. Ella cree que Carlos siente algo por mí, en caso contrario, no se hubiera tomado tantas molestias, como pedirle a Ernesto que no me delatara, eso ha sido un punto a su favor y que la tal Angela es una zorra. En eso estamos de acuerdo, en el resto poco o nada.

Pasar la tarde con Nadia es muy agradable, ceno con ella y me voy a la cama. Estoy realmente dolorida.

Al día siguiente mi padre se pasa a visitarme, no tiene nada más que hacer, aparte de leer el periódico, hacer sus miniaturas y jugar al dominó con sus amigos. Así que por órdenes estrictas de mi madre todas las mañanas se presenta el hombre en casa con su cargamento de táper. Me trae la comida. Se lo agradezco porque cuando permanezco demasiado tiempo de pie me mareo. Ha insistido, siguiendo instrucciones de mi madre también, que le dé la ropa sucia. Que ella me la lava y la plancha. ¿Se puede ser más amoroso? No. Pues

eso. Comida casera a diario. Se agradece, aunque he de hablar con mi madre, porque parece que solo me hace comida de hospital: puré, cremas, sopas, arroz... quiero contundencia como una carne guisada o algo más que pollo asado y pescadilla cocida. Un poco de más sabrosura, creo que me lo hace hasta sin sal. ¡No me quejaré! No tengo derecho.

Entre todos me miman y mucho. De Carlos he recibido un par de mensajes, no contesto, aunque los leo. Esa historia ha acabado. No hay más que decir.

## Rehabilitación

Ya me han llamado para la rehabilitación. Todos los días viene una ambulancia a recogerme a casa. Cuando Menchu, la vecina, me ha visto no sabía ni qué decir. Tenía tantas preguntas por salir de su boca que no acertaba a articular palabra. Muy amablemente le he explicado que tenía prisa, que no me podía entretener y que ya hablaríamos en otro momento. Va a estar a la espera hasta que me vea volver. Le daré toda clase de detalles, ella se encargará de informar a todo el bloque, así me ahorro contar la historia un montón de veces.

La rehabilitación es dura, me mandan ejercicios que en otras circunstancias no me costaría lo más mínimo hacer. Estoy realmente dolorida, el latigazo que me dio no fue muy fuerte, tengo el cuello más rígido que un palo. Justamente eso parece que me han metido por el culo, camino más tiesa que un ajo. Llego a casa cansada de mover el cuello y la espalda ¡esto es increíble!

Cuando regreso, Menchu me acecha, como puedo le cuento aunque necesito sentarme, no aguanto mucho de pie.

En cuanto subo a casa sé que mi padre ha estado allí, su colonia es inconfundible, además he abierto el frigorífico y allí veo mi comida. ¡Albóndigas!, mi madre se supera día a día. Me voy a acostumbrar a esto. Decido tumbarme un rato, lo necesito. En cuanto me descalzo, llaman a la puerta. Será otra vez Menchu, o mi padre.

—Buenos días, Rebeca —saluda un hombre al otro lado de la puerta.

—Hola, Ernesto —digo alucinada.

Ernesto es feo como un demonio, y eso que lo he visto vestido. Si lo hubiera visto desnudo sería una imagen difícil de olvidar. Normalmente viste con pantalón de traje o en contadas ocasiones en vaqueros, pero hoy está con ropa deportiva. Tiene unas piernas muy finas, e incluso el pantalón que lleva que

parece ser que debería ser ajustado le sobra. No puedo decir lo mismo de su sudadera. La va a reventar, está embutido en ella. Es una imagen peculiar.

—¿Puedo hablar contigo? —pide.

—Sí, sí, perdona. —Le hago pasar.

—¿Qué tal te encuentras?

—Dolorida, la verdad, acabo de salir de rehabilitación y estoy agotada.

—Entiendo —dice. No sé muy bien a qué viene esta visita—. ¿Cuánto tiempo tienes previsto estar de baja?

—No lo sé, acabo de empezar la rehabilitación. La próxima semana me visitará el doctor y ya me dirá, creo que es pronto para confirmar algo, esto va para largo. Apenas me sostengo en pie —detallo y no miento. Esa es la verdad.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Hoy no trabajas? —pregunto intrigada, más que nada por su atuendo.

—No. Tengo unos días de vacaciones, esto podría considerarse algo extra laboral. —Me guiña el ojo.

—¿Por qué has venido Ernesto? Es obvio que después de lo que pasó no quieras verme, aunque haya tenido un accidente... —suelto con la intención de zanjar el asunto.

—Correcto —corrobor—. He hablado con Carlos —En cuanto oigo ese nombre me tenso. Solo me faltaba con recaditos como los niños pequeños—. Me ha contado lo de tu accidente, y bueno, tú y yo teníamos una conversación pendiente...

No doy crédito.

—Ernesto, seamos adultos —atajo—. Lo que viste no estuvo bien, reconozco mi culpa. Fue una falta de profesionalidad absoluta, en mi defensa he de decir que no era yo sola la implicada.

—Exacto —reconoce—, Carlos también se llevó su bronca.

—¡Ya!

—No fue justo, pero fue la solución menos mala —reconoce Ernesto por una vez que yo he sido la más perjudicada, en realidad la única.

—¡Vale!

—Más adelante, cuando estés repuesta del todo, llámame —dice levantándose.

—Para eso falta bastante. —Le agradezco el gesto convencida de que puede esperar sentado. No voy a llamarle nunca.

—Cuando estés bien, Rebeca, cuídate. —Se despide.

Oigo cerrarse la puerta y resoplo y grito y de todo. Estoy cabreadísima. No entiendo a qué ha venido la visita de Ernesto. Creo casi a ciencia cierta que ha sido Carlos el que le ha pedido que me readmitiera, y lo más increíble de todo, él se ha prestado a ello. Si no lo veo no lo creo.

Voy a tener que ponerme seria de una vez por todas. Zanzar el asunto y exigir a Carlos que deje de meterse en mi vida, que lo nuestro se acabó y que no quiero que siga apareciendo en todos los lugares en los que yo estoy.

## Mujer de armas tomar

*E*nfadada cojo el teléfono y llamo a Carlos. Apenas lo dejo hablar. He quedado con él, en mi casa o en la suya. Me da exactamente igual. Esto lo tengo que finiquitar de una vez por todas. Voy a poner las cartas sobre la mesa, a dejarle las cosas bien claras. Espero que lo entienda. Es un chico listo.

Me manda un mensaje de confirmación, quedamos en su casa a última hora de la tarde. Perfecto.

Durante el resto de la mañana me dedico a lo mismo de los últimos días: dormir, comer, ver algo la tele y leer. Esto me va a costar más de lo que creía. La búsqueda activa de trabajo deberá esperar hasta que me recupere del todo.

He hablado con Nadia, se ha vuelto a reír de mí. Me ordena que en cuanto termine la reunión con Carlos la telefoneé para contarle las novedades. ¡Claro que lo haré!

Al bajar me he encontrado con Menchu en el portal, me hace otro interrogatorio. ¡Qué pesada por Dios! Me pregunta cuarenta veces lo mismo. Para colmo, ha visto a mi padre y a Ernesto. No le queda claro quién de los dos es mi padre. Pues no se me ha ocurrido otra cosa que explicarle que mi padre es gay y que Ernesto es su pareja, así que los dos son mis padres. Ya le he ofrecido chismorreos para una temporada. Primero lo asimilará, si es que llega a hacerlo, cosa que dudo y mucho. Y después, ya se encargará de contárselo a todo aquel que quiera escucharla. ¡Qué vida tan aburrida tiene si se preocupa por la de los demás!

Llego a casa de Carlos a la hora prevista. Sorprendentemente hoy no he sufrido ningún percance. Desde el accidente, creo que mi cupo de desgracias está cubierto por una buena temporada.

Llamo a la puerta. Estoy algo nerviosa pese a llevar las ideas muy claras en mi cabeza. Sé lo que quiero decir para zanjar de una vez por todas el asunto.

Carlos me abre la puerta. Me recibe con un pantalón deportivo negro, nada que ver con el modelito de su tío Ernesto. Eso era para enmarcar. Y una camiseta de manga corta blanca que se le ciñe bien al pecho. Veo sus tatuajes y por un instante me distraigo de mi cometido.

—Buenas tardes, Rebeca, adelante —saluda muy educado.

—Buenas tardes —contesto. Con un repaso mental me obligo a mantenerme sosegada, no aturullarme y a no perder los papeles.

—Ven, siéntate —Me invita a pasar al salón donde... no quiero pensar en eso—. ¿Qué te apetece tomar? —pregunta desde la cocina. Lo cierto es que me tomaría algo, pero no es un acto social propiamente dicho.

—Nada, esto no es una visita de cortesía, Carlos —respondo en un tono más brusco del que en un principio me hubiera gustado.

—Siempre tan diplomática. —Saca al provocador que él también lleva dentro.

—El motivo de mi visita es para dejarte claro varias cosas —añado seria, segura de mí misma y algo prepotente. Por qué negarlo.

—Soy todo oídos —comenta recostándose en el sofá. Todo parece medido. Su arrogancia me pone nerviosa.

—No me ha gustado nada que mandes a mi casa a Ernesto con recaditos como si fuera una niña pequeña. —Empiezo.

—Yo no he hecho tal cosa —matiza con una sonrisa de suficiencia en la cara.

—Bueno, eso es lo que tú afirmas. Dudo que Ernesto haga eso a menudo. No lo veo. —Me enderezco. El cuello empieza a dolerme y la espalda a cargarse.

—Puedes creer lo que te parezca, ya te confirmo que yo no le he pedido nada. Además, estoy convencido de que mi tío tiene suficiente criterio para decidir por sí mismo. No necesita pautas de nadie —declara de forma arrogante—. Y por otra parte, no sé lo que te habrá dicho, pero si ha ido a ofrecerte una readmisión deberías ser más agradecida, aunque... —Lo deja en suspenso, con la mirada que le he echado continúa—, conociéndote, cualquier cosa.

—¡Está bien! Veo que no nos vamos a poner de acuerdo en eso, así que paso a otro punto. —Aparto el tema de Ernesto—. Deseo que desaparezcas de mi



vida. No vuelvas a aparecer en los lugares a los que yo voy o te presentes en mi casa, ni nada por el estilo —especifico y me parece una petición hasta infantil.

—No te eres el ombligo del mundo, ¡chata! —suelta hinchado de orgullo. El tono me cabrea como nunca antes.

—No me considero nada, lo único que te pido es no volver a verte. No deberíamos habernos conocido nunca —le espeto.

—Pues para no haberme querido conocer nunca, creo que no lo has pasado mal del todo. —Sonríe maliciosamente.

—Tú tampoco lo has pasado mal. Te recuerdo que no muchas mujeres te llevan a un callejón oscuro y te follan como yo lo hice —escupo prácticamente las palabras, sobre todo cuando he especificado «follen».

—En eso estamos de acuerdo —considera y da un trago de su cerveza. Se recuesta de nuevo. Si ha calculado todos sus movimientos es un auténtico cabrón, lo hace muy, pero que muy bien—. En eso y en follar. —Me mira fijamente a los ojos—. Cuando lo hacemos no discutimos.

—Pues eso se terminó, chato —detallo con suficiencia

—¿En serio? —Se hace el sorprendido, aunque en realidad no lo está.

—En serio —corroboro irguiéndome sobre la silla en la que estoy sentada.

—Torres más altas han caído, chata.

—Ya caí una vez, no esperes que vuelva a repetir. Suelo aprender de mis errores —continúo cada vez más enfadada.

—Así que eso he sido para ti, ¿un error? —pregunta con un alzamiento de cejas. Mi respuesta lo ha sorprendido.

—Sí, se podría decir que sí. Un gran error. —Le estoy dando bien, igual me he pasado.

—Yo tampoco quería enamorarme de ti, pero aquí estoy —declara incorporándose. Mi cara debe de ser un poema. Ahora la noqueada soy yo—. La vida tiene estas cosas, siempre existe el riesgo a enamorarse —concluye. Alucino.

—¿Quién está hablando de amor? —insisto cada vez nerviosa. Su respuesta me ha impactado, debo reconducir la situación.

—Yo, Rebeca. No entraba en mis planes para nada volverme a enamorar, y mucho menos, después de lo que me pasó con Angela —noto a Carlos menos a la defensiva, sincero y abierto a expresar sus sentimientos—. Pero de repente,

te veo ahí en la oficina. Tan torpe, tan... —explica y por un momento se queda sin palabras.

—¿Torpe yo? —censuro dolida, aunque la realidad es que soy torpe a más no poder.

—Sí. ¿Te recuerdo que casi me chupas la polla el día que nos conocimos? —alega con una sonrisa abierta.

—Cosas que pasan —contesto para quedar por encima.

—Pues *esas* cosas me han hecho enamorarme de ti. Esas y otras que me sacan de quicio —dice y me vuelve a mirar—, porque siendo sincero no eres mi prototipo de mujer, más bien, la antítesis de lo que me gusta.

—¡Vaya! —exclamo— ¡Tú tampoco eres lo que busco en un hombre!

—Eres un cúmulo de despropósitos.

—¿Cómo cuáles? —indago con curiosidad.

—Aparte de tu torpeza, que no te callas ni debajo del agua, que rebates todo incluso sin tener razón. No estoy acostumbrado a chicas como tú.

—Me imagino —comento como si no me importara—. Tú también tienes lo tuyo ¿sabes?

—¿De verdad? —Ríe. Le gusta esta guerra y a mí se me acaban los argumentos. Dispararé por última vez y me iré.

—Sí, eres un chulo, prepotente, déspota, orgulloso y arrogante.

—Muchas gracias, Rebeca, ¡eres un sol! —me incita.

—Así que como todo está claro ya, me voy —acabo levantándome.

—¿No prefieres quedarte y recordar viejos tiempos? —sugiere con una sonrisa maliciosa.

—¡Estoy de baja! —censuro enfadadísima. Al parecer mis propósitos no se han cumplido.

## Asimilando información

*E*n cuanto salgo de la casa de Carlos respiro profundo. De repente me siento agotada. Me duele la cabeza, la espalda y el cuello para qué contar. Estoy realmente dolorida y cansada.

Directamente voy en taxi, no puedo ni andar. Cuento con autonomía para un par de horas y hoy me he pasado. Regreso a casa y rumio la información recibida de Carlos e intento asimilarla. No comprendo del todo lo que me ha dicho, porque ¿me ha dicho que está enamorado de mí, no? Aun con todos los defectos que me ve ¿está enamorado de mí? No tengo nada claro.

Estoy hecha un lío, entre tanta información y el accidente no razono con claridad. Voy a llamar a Nadia. Ella seguramente ofrezca otro punto de vista y pueda aclararme algo. No esperaba esta declaración tan surrealista, y el solo hecho de pensar en Carlos me enerva. Quería zanjar el asunto, y resulta que no hago más que darle vueltas. ¡Para matarme!

En cuanto he llamado a Nadia ha acudido sin dudarle a casa. Me ha traído galletitas y se ha sentado en frente de mí para escuchar atentamente todo. Le he reproducido de forma fidedigna lo que Carlos me ha dicho, y mis respuestas, por supuesto. Ella le da vueltas, asimila todo y me ofrece un veredicto: ¡Enamoramiento profundo por ambas partes! Eso es lo que más me extraña, ¿por ambas partes? Yo lo niego y le doy mis argumentos, y ella, de uno a uno, los desmonta y, ¿ahora qué? Estoy mucho peor que antes.

Estaba convencida de que no estaba enamorada de Carlos, ahora Nadia me ha hecho dudar, e incluso puede que me haya abierto los ojos. No lo sé. ¿Qué debo hacer ahora? Ya le he dicho a Carlos que quiero que desaparezca de mi vida, y eso, es lo mejor que puede pasar. No vernos es la mejor solución. Además no puedo estar cerca de Carlos sin discutir, sin soltarnos pullas, que incluso rozan la falta de respeto, pero así somos. Reconozco que me gusta

nuestro continuo tira y afloja. Rebatirle, contestarle y llevar la razón me motiva mucho. Siempre necesito quedar encima, y eso solo me pasa con él. ¡Qué raro todo! ¿No?

Nadia se va y me meto en la cama. Me noto terriblemente agotada. Siento la espalda y el cuello como si fuera de madera. Me cuesta moverlos y me da la sensación que en ciertos puntos el dolor es más intenso, como una punzada continua. Mañana regreso a la consulta del doctor. Le comentaré lo que me pasa porque con la rehabilitación noto mejoría instantánea, aunque pasado un tiempo vuelvo a estar igual o peor.

La ambulancia me lleva a rehabilitación. Una hora más tarde paso consulta y hablo con mi doctor. Es bastante reticente y no se cree nada de lo que le digo. Paso a la acción. Me quito la ropa, no sin dificultad y le muestro mi espalda, tengo dos bultos en el medio, uno a cada lado, igual es que me van a empezar a salir las alas como a los ángeles de Victoria's Secret, el solo hecho de recordarlo me hace sonreír y acordarme del momento vivido con Carlos cuando se puso mi pijama.

«¡Maldito! ¡Otra vez tú! ¡Desaparece de mi cabeza de una vez por todas!».

El doctor parece impactado, considera que la rehabilitación no me está sentando todo lo bien que debería. La suspende, me manda hacer una resonancia para este mismo día y tras ver los resultados lo valorará. Me sugiere practicar natación, es un deporte muy completo y hará que se me recoloque todo. Eso sí, con monitor especializado en este tipo de lesiones. En cuanto he oído eso los ojos me han hecho chiribitas, me he imaginado a un monitor chulazo, con cuerpo escultural con un bañador muy, pero que muy pequeño, relleno de todo lo que debe, que me sostenga como si estuviera aprendiendo a nadar y yo entonces babeo...

El doctor ha alzado la voz para sacarme de mi ensimismamiento. ¡Qué vergüenza! Si supiera lo que estoy pensando... ¡no tengo remedio!

Esa misma tarde voy a hacerme la resonancia, mi madre me acompaña y es que desde que sufrí el accidente, todos en mi casa han estado muy pendientes de mí. Mi madre madruga muchísimo, y aun así la mujer ha estado cocinándose la comida, lavando y planchando mi ropa. Como si no tuviera más que hacer. Mi padre ha sido el recadero y mi hermana Virginia me fríe con los mensajes. Desde que salí con ella y cantamos en el karaoke nuestra relación se ha estrechado más aún. ¡Lo que une el karaoke y las cervezas es inquebrantable!

Después de la resonancia regresamos al barrio donde vivo, allí hay un par de gimnasios con piscina y una piscina climatizada municipal. Me acompaña mi madre para enterarme de los cursos que ofertan y si tienen algo específico para lesiones de espalda. Llevar a mi madre es un aliciente, ella explica pormenorizadamente a quién quiera escuchar mis lesiones. Eso que me ahorro.

A las alturas del año en las que nos encontramos es casi imposible encontrar nada. En la piscina municipal además no cuentan con nada especial para mi lesión, así que vamos de gimnasio en gimnasio. En uno de ellos ni me molesto, no han hecho más que poner pegatas, así que espero encontrar algo en el otro que me pueda servir. En efecto, la chica de la recepción, nos informa que hay clases personalizadas, además disponen de médico para que me vea antes de empezar la rutina y les quedan horarios libres. Normalmente suele ser para dos o tres personas con problemas similares, aunque si quiero individual no habrá problema. Hasta ahí todo perfecto, el inconveniente es el precio. Me va a costar un ojo de la cara, pero en salud no hay que escatimar, dice mi madre. Así que con mi inscripción hecha, nos vamos a casa. Empiezo al día siguiente.

## Organizando mi vida

Como ya no voy a rehabilitación por las mañanas, nada más a las consultas previstas, es cuando he elegido ir a la piscina. Creo que habrá menos gente que por las tardes. He buscado a conciencia en mi armario, nada más hay biquinis, más o menos sexis, y no son adecuados para hacer ejercicios de espalda. El caso es que tenía un bañador deportivo y ese será el que utilice. Preparo todos mis bártulos y voy para allá.

De camino me imagino cómo será el monitor, podría cumplirse mi deseo de que fuera un maromo estupendo, aunque por otra parte, no le haría ni caso, me limitaría a mirar cómo se mueve y ni natación ni leches. Llego al gimnasio, la chica de la recepción me conoce nada más entrar, me indica dónde está el vestuario y que Adrián me está esperando. El nombre me gusta, y no debe de ser muy mayor. Esperaré.

Entro en la piscina y veo a un chico jovencísimo con un bañador hasta la rodilla, ¡qué lástima! Un bañador turbo habría sido lo suyo, más que nada por ojear la mercancía. También lleva una camiseta que pone monitor. ¡Yo sí que te monitorizaba! ¡Madre mía! Será que estoy falta de...porque me he puesto como una moto. Es alto, moreno, pelo liso, una espalda anchísima y una cara de niño travieso que no puedo con ella. ¿Qué tendrán los chicos con cara de malote que me ponen tanto? En fin.

—Hola —saluda y yo sonrío como una imbécil.

—Hola —contesto tropezándome, entre la humedad y que creo que he pisado la toalla, se repite la historia. No caigo a sus pies, pero casi. Todo esto me ha recordado a Carlos y no quiero.

—Rebeca, ¿verdad? —pregunta atento.

—Sí, sí, soy yo.

—Vale, cuéntame un poco qué es lo que te pasa y nos ponemos con los ejercicios —sugiere. Comienza a andar y yo le sigo como un perrillo.

Le cuento a Adrián lo que me pasa, dónde estoy más dolorida. Él me pide permiso para tocarme en la parte de la espalda que le indico, en el lugar que me van a empezar a salir las alas de angelito y rápido sabe lo que debo hacer.

He de señalar que yo, nadar, lo que se dice nadar no sé, me defiendo, no me hundo, aunque sin técnica ninguna. Así que deberá ser paciente y se lo hago saber. Él no le da mayor importancia. Nos sumergimos en el agua y empezamos. En cuanto se ha quitado la camiseta se me ha caído la mandíbula a los pies. ¡Dios mío! Eso sí que es una tableta de chocolate, solo le faltaba en cada cuadradito el nombre comercial de la marca. Si él quisiera se lo escribía con tinta china si fuera necesario. Esto de la natación me va a costar. Iniciamos con algo suave, según él, yo estoy agotada. Una de las veces en las que saco la cabeza para respirar me parece ver a Carlos y ya me desconcentro, no cierro la boca, se me olvida mover los pies y los brazos y me sumerjo. ¿Soy boba o qué me pasa? Salgo a la superficie y boqueo como un pez, toso debido al agua que he tragado, la poca dignidad que había mostrado el primer día se ha evaporado. ¡No tengo remedio! La clase termina y Adrián me cita para el día siguiente. Él dice que ha sido una clase floja, que el primer día es mejor así, lo cierto es que me duele el alma. Entre los días que llevo de inactividad y que hacía tiempo que no nadaba, no puedo más. Creo que en cuanto llegue a casa me meto en la cama.

Regreso a casa y están Sandra y Mila. Es muy extraño, normalmente están en la universidad.

—Hola, chicas —saludo al entrar.

—Hola, Rebe —contestan al unísono—. ¿Qué tal la piscina?

—Estoy cansadísima —digo sentándome en una silla de la cocina—. Eso sí, el monitor es un bombón... —En ese instante empiezo a relatarles lo de la tableta de chocolate, que existen y que si él quisiera... No, es muy crío y ya tuve bastante con Andrés.

Las tres nos reímos bastante, al final comemos juntas en la cocina y entre todas recogemos rápidamente. No me dejan hacer muchas cosas, pero en algo sí que colaboro. Me recuerdan que están prácticamente en época de exámenes, que en breve dejarán el piso. Lo suelen hacer otros años. Solo vienen a realizar el examen y vuelven a sus casas, así que en los próximos meses estaré sola en casa.

Otros años, tanto Mila como Sandra, me pagan una parte proporcional de su alquiler para que el casero no alquile sus habitaciones a otras personas. Yo me hago cargo del resto, no es mucho, y mi economía se ve resentida durante esos dos meses más o menos. Todo esto, unido a la piscina, al dinero que le he dado a Nadia para que repare el coche, hace temblar mis ahorros.

Durante estos días he abandonado un poco lo de buscar trabajo, he de reactivarme. Necesito dinero. Miento si digo que no me han llamado de ningún lado, no es eso. Lo hicieron de una tienda de ropa, me ofrecían un contrato de veinte horas semanales, casi todas acumuladas en el fin de semana y el resto repartidas a lo largo de la semana. El caso es que los horarios eran una patata y el sueldo bajo.

De momento cobro el paro, sin embargo no quiero tirar de ahí. En otro sitio del que me llamaron me dijeron claramente que se trataba de cubrir unas vacaciones, más o menos unas tres semanas y después a la calle. Sin posibilidad de quedarme, así que... seguiré buscando.



## Empiezo a aburrirme y a desesperarme

*D*isponer de tanto tiempo libre no es bueno para mí. Mi cabeza da vueltas sobre cosas que jamás antes había pensado. Por las mañanas voy al gimnasio y empiezo a notar mejoría, como que todo se está colocando en su sitio, mi cuerpo se está reorganizando de nuevo.

Lo de la búsqueda de trabajo va un poco peor. No encuentro nada en condiciones. Y eso me desespera. Siempre me quedará un último cartucho que sería volver a mi antiguo trabajo, pero no quisiera recurrir a ello. Me gustaba, aunque ahora con Carlos allí y después de todo lo que pasó no sé si me apetece demasiado; como en el banco no entienden de mis apetencias, sino de si hay dinero contante y sonante en mi cuenta pues no me quedará más remedio que claudicar.

Pienso en Carlos más de lo que debería. Sus palabras me hicieron recapacitar y no sé si estoy enamorada de él, no obstante, que me gusta es obvio. Aun con todos sus defectos. Igual me pasa lo mismo que a él, Carlos dice de mí que soy un despropósito que no tengo más que peculiaridades que a él no le llaman y a mí me sucede algo parecido. No es mi prototipo de hombre y sin embargo me gusta.

Las chicas me llaman o me visitan con frecuencia. Nadia sobre todo, y eso que después de cargarme su coche no me atrevía casi a hablarle. Ella siempre me da consejos y sigue insistiendo en que estoy enamorada de Carlos. Más que nada porque no dejo de mencionarlo, pese a que en nuestras conversaciones también se ha colado Adrián, el monitor de natación. Señala que ahora que no veo a diario a Carlos parezco más tranquila, pero que si por alguna extraña razón vuelvo a verlo se reactivará ese sentimiento y otra vez mi corazón latirá desbocado, me volveré más torpe aún y podría llegar a cometer las mismas locuras de no hace demasiado tiempo.

Según la escucho no puedo evitar sonreír. Me vienen a la cabeza momentos vividos con Carlos en el trabajo, más bien, los encuentros sexuales clandestinos, que es lo que ha sucedido prácticamente. Aprovecho la tesitura y le comento a Nadia mi necesidad de encontrar un trabajo de forma más o menos urgente, ella me sugiere que vuelva a mi anterior trabajo; me quita un peso de encima, así no planteo yo la posibilidad. Entre las dos valoramos los pros y los contras. Desgraciadamente, al final impera el sentido común y la cuenta corriente. Tengo que ir a hablar con Ernesto.

Dilato en el tiempo regresar a mi antiguo trabajo. No sé qué es lo que me pasa, hay algo que me impide dar el paso. Más bien alguien. Si como confirmó Nadia, y no suele equivocarse, vuelvo a ver a Carlos y se desatan en mí todas esas emociones no voy a saber cómo actuar. No quiero cometer los mismos errores, liarme con un compañero de trabajo no volverá a ocurrir. El error me costó caro, aunque puedo enmendarlo. Esto no suele ocurrir a menudo. Las segundas oportunidades raras veces se dan.

Mis ejercicios en la piscina van progresando, no me he convertido en una sirena, voy cogiendo técnica. He mejorado bastante, sobre todo la postura. Eso lo es todo. Si adoptas una buena postura mejoras, de hecho cuando me relajo y vagueo un poco me empieza a doler, eso es que lo he hecho mal. Con Adrián va bien, me impactó al principio, ahora lo veo como un amigo de los que pueda tener mi hermana. Es algo mayor que ella, cerca de los veinte. Demasiado niño para mí. Además por lo que he podido observar, otra monitora le hace ojitos, y la recepcionista también. Así que el muchacho tiene tarea. Él se deja querer. ¡Malditos! ¡Sabéis que gustáis y lo aprovecháis!

Las tardes las dedico a rastrear páginas web de empleo, por si sonara la flauta y pudiera evitar a Ernesto. Parece que todo se conjura para que tome la determinación de volver al sitio del que salí, no de la peor manera posible, pero casi.

Me he propuesto ser profesional ante todo. No estar a la defensiva con Carlos, eludir sus provocaciones e incluso ignorarle. No sé si lo conseguiré, me conozco y casi siempre me sucede lo contrario de lo que pretendo, sin embargo he de intentarlo.

Al final, decido llamar a Ernesto porque quiero hablar con él. No me puede atender hasta la semana que viene. Me emplaza el lunes a primera hora en su despacho y si puedo estar un poco antes de la hora de entrada mucho mejor. No me parece mala idea, necesitaremos unificar criterios para ofrecer una

versión oficial, ya que mis excompañeros me preguntarán las razones de mi despido y de mi nueva reincorporación.

Aunque todavía no esté claro que Ernesto me readmita, he preguntado en el gimnasio la posibilidad de cambiar el horario. La natación me sienta fenomenal y no me gustaría abandonar. En principio no habrá problema, lo que no me aseguran es que me toque el mismo monitor, que no me preocupe que entre ellos hablan y saben de mi problemática. ¡Claro que hablan! Y otras cosas, eso lo omito.

El fin de semana lo pasamos las chicas y yo en mi casa. No salgo de fiesta y por raro que parezca no lo echo de menos. Las pastillas que tomo me aturden un poco, además no me apetece ponerme zapatos de tacón, creo que no los soportaría, estar de pie mucho tiempo no lo aguanto bien. Así que cenamos en casa, las risas están aseguradas. Un poco de desconexión no nos viene nada mal.

## Nervios

*M*e he levantado más pronto que ningún día. Estoy nerviosa, voy a volver a la oficina, aunque sorprendentemente no estoy nerviosa por eso ni por hablar con Ernesto. Siempre he tenido buena conexión con él, nos hemos llevado bien y nunca me he sentido cohibida ante su presencia. Puede que sea porque el hombre es feo, y me fijo en los pelos que salen de sus orejas y eso baja la libido hasta al más contento.

Mis nervios son debidos a Carlos. Como me dijo Nadia esto iba a suceder, me siento inquieta, expectante y es que temo mi propia reacción. Cuando nos encontramos somos como dos trenes a punto de colisionar, nos aproximamos a gran velocidad y no hacemos nada por evitarlo. Ese tira y afloja, provocarle es algo que me motiva. Quizá sea nuestra manera de calentarnos y excitarnos no lo sé.

He de confesar que me ha sorprendido la capacidad de Carlos por cumplir mis deseos, le dije que no lo quería en mi vida de nuevo y lo ha cumplido. Es un pequeño paso. Se lo agradezco.

Llego media hora antes de la entrada de mis compañeros. Cristina está en recepción, sus ojos se salen de las órbitas en cuanto me ve. Disimulo que hablo por el móvil, para evitar darle explicaciones básicamente. Saludo con la mano y subo directa al despacho de Ernesto. Mis pasos retumban en el pasillo, todo es tétrico. Llamo y espero. Es el propio Ernesto el que me abre la puerta en persona. Un detalle.

—Rebeca, buenos días —saluda alegre por verme.

—Buenos días, Ernesto —correspondo y a mí me pasa algo parecido.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta una vez acomodado en su sillón.

—Bien, voy poco a poco, la lesión de la espalda me está dando un poco de guerra, pero con la natación confío que se solucione —digo explicándome

como si no hubiera pasado nada.

—Hay que cuidarse, Rebeca.

—Estoy en ello —corroboro y rápidamente aprovecho para hacerle saber el motivo de mi visita aunque es obvio—, aunque también hay que comer.

—El trabajo es salud —asegura y yo asiento.

—Ernesto —continúo firme—, mi salida de aquí fue embarazosa y entiendo que bueno... —No sé ni cómo seguir, me sudan las manos.

—Eso solo lo sabemos tres personas, tú, Carlos y yo. Como te informé en su día el motivo de tu despido fue falta grave, nadie más que nosotros tres conoce a qué hace referencia —explica serio.

—Gracias otra vez —murmuro agachando la cabeza.

—Eres buena profesional, Rebeca, ruego que no cometáis el mismo error otra vez —confiesa en un tono hasta fraternal.

—Puedes estar seguro de ello —confirmo convencida de mis palabras.

—No va a haber otra oportunidad si así es. Ni para ti ni para Carlos —aclara mirándome fijamente a los ojos.

—Lo sé Ernesto. No te preocupes —aseguro y le sostengo la mirada.

—Lo que tengáis entre vosotros ha de quedar fuera de la empresa, sé que es difícil, no obstante, así ha de ser.

—No hay nada Ernesto —afirmo y noto como si un montón de bichitos se removieran en mi estómago.

—En eso no me meto. —Ríe malicioso.

—¡Es verdad! —exclamo un poco dolida.

—Empiezas mañana —concluye la entrevista y se levanta.

—Gracias, gracias, gracias —repito antes de hacer lo mismo. No puedo evitarlo y le doy un abrazo y dos besos. No es muy correcto, aunque me ha salido así.

—Rebeca por favor, soy un hombre casado —bromea.

—¡Perdón! Y gracias. Mañana nos vemos.

No salto de alegría y chilló porque no es lo normal. Además no quiero encontrarme con nadie conocido. Al final no he quedado en nada con Ernesto de la versión oficial de mi despido anterior. No importa, mañana comienzo a trabajar y soy feliz.

Después de la entrevista con Ernesto regreso a casa, cojo mi ropa de la piscina y voy al gimnasio. Por hoy cumpliré con mi horario, a partir de

mañana tendré que cambiarlo. Quiero seguir, ya que me beneficia mucho: noto mi espalda menos agarrotada y me canso mucho menos que al principio.

La clase de hoy es divertida, quizá sea mi cambio de humor que hace que todo lo enfoque de otra manera, pero me lo paso genial. Adrián es un amor, y mantenemos cierta complicidad. Lo que al principio me impactó ahora no. Fue algo momentáneo. El chaval es espectacular, y está muy bueno. No hay donde rascar, además lo he observado y es un picaflor, a otra monitora la trae loca, y con la recepcionista pasa algo parecido. ¡Chicas vais a sufrir! Serán ellas las que lo tengan que ver. No me meto en eso. Además ¿quién soy yo para inmismirme en la vida ajena? Nadie, como consejera no soy buena, si se tratara de mi amiga Nadia sí, yo, sin embargo, soy un desastre.

Cuando termina la clase le explico a Adrián mi cambio de horario, él se alegra por mí, me da pautas posturales para la oficina y me dice que por las tardes también da clases, por si quiero continuar con él. Cuadramos horarios y para mí es genial. Así no necesito volver a empezar con otro monitor nuevo. Todo marcha.

Por la tarde quedo con Nadia, he de contarle el giro que ha dado mi vida. Estoy contenta, volver a la actividad me anima. Ya estaba cansada de no hacer nada. Mientras me sentía dolorida lo agradecía, ahora ya se me hacía bastante pesado. Según Nadia, como me he recuperado, puesto que empiezo a trabajar ya, puedo salir. Desde que sufrí el accidente ha salido en contadas ocasiones, dice que sin mí todo es un rollo, ¿se puede ser más mona? ¡Me la como! No he contestado, he sonreído. No me apetece mucho salir, pero he de hacerle ese guiño, se lo merece y mucho más después de haberle estropeado el coche.

## Primer día de trabajo

*H*oy empiezo de nuevo a trabajar. No es nada extraordinario porque conozco de sobra el lugar, a los compañeros y el trabajo que tengo que desempeñar, pero estoy intranquila. No puedo evitarlo. Me he puesto una camiseta de tirantes y sobre ella un jersey de hilo fino tejido con un punto muy abierto, es de color azul celeste y manga acampanada, que con mis vaqueros combina genial. Complementado con unas botas ligeras y a currar.

Sigo la misma rutina de antes, voy a pie a trabajar. En la puerta me encuentro con unos y con otros. Se sorprenden al verme. Me preguntan qué tal estoy, es ahí cuando aprovecho y les explico que he tenido un accidente. Una maniobra para desviar la atención del por qué de mi despido. Les cuento con pelos y señales el accidente y la rehabilitación que llevo a cabo. Se quedan conformes, al menos de momento. Al final no son tan distintos de Menchu, mi vecina cotilla.

Enfilo mis pasos a mi antiguo cubículo. No sé si contrataron a alguien por mí o si está ocupado. Ernesto no me dijo nada al respecto. De todos modos llamaré antes de entrar. Lo hago y nadie contesta. Intento abrir, pero está cerrado con llave. No sé qué hacer. Me dirijo a la oficina de Ernesto, seguro que él me podrá informar al respecto.

—Buenos días, Ernesto —saludo contenta.

—Buenos días, Rebeca, ¿qué tal?

—Bien, es solo que no sé cuál es mi cubículo. El que ocupaba está cerrado con llave y ahora no sé dónde trabajo —contesto algo tímida.

—Desde que te fuiste hemos reestructurado un poco la oficina. Creo que no queda nada libre, tu lugar lo ocupa Eloy, un becario en prácticas. Ya te lo presentaré. —Se rasca el mentón, parece que está cavilando.

—Vale.

—De momento quédate en el cubículo de Carlos —sugiere serio. Noto como un calor extremo sube por el estómago hasta mi cara. He comenzado a sudar de pronto.

—Puedo compartir cubículo con el becario o con alguno de mis antiguos compañeros —comento en un intento de evitar el trago de permanecer al lado de Carlos.

—No, mejor no. Así estás más cerca —considera sonriente.

Eso no sé a qué viene, si quiere vigilarme podría ponerme en su despacho. La nueva ubicación provocará una situación incómoda, es como poner a un lobo a cuidar un gallinero. Tendré el pecado al lado y debo evitar la tentación. Sin duda esto será una prueba de fuego para mí. Pero me mantendré firme. El trabajo es lo primero.

—Como prefieras —concluyo. No puedo elegir, no estoy en condiciones de hacerlo.

—Además tus funciones han variado un poco. Ve a instalarte y en un rato te cuento las novedades.

Salgo del despacho de Ernesto resoplando contrariada. No me esperaba tantos cambios de repente. Pretendía mantener las distancias con Carlos, y eso va a ser prácticamente imposible. Trabajaré codo con codo con él. ¿Se puede empezar peor?

Llamo a la puerta de la oficina de Carlos y nadie contesta. Giro el pomo y entro, solo cumplo órdenes de Ernesto. Nada más entrar me invade su aroma. ¡Aún no he descubierto su perfume! La leve fragancia ha hecho que mi cuerpo se contrajera ¡Mierda, mierda, mierda! No quiero esto. ¡Será el primer impacto! Muevo mi cabeza para alejar pensamientos tórridos y continúo. Me quedo de pie, observándolo todo. Está como yo recordaba, nada parece haber cambiado. Me siento un poco intrusa. Pero si tengo que trabajar aquí lo haré.

Enciendo el ordenador, cuelgo mi mochila en el perchero y espero novedades. No dispongo dirección de correo electrónico. Por supuesto no pienso abrir el de Carlos, no sería normal. Reviso un informe que tiene sobre la mesa y en ese instante viene a mi mente el día que nos pilló Ernesto. Yo misma fui a llevarle uno parecido a Carlos, me puse como una gata en celo y todo terminó como terminó.

Llaman a la puerta. Hecha un manojo de nervios noto cómo mi estómago se ha contraído. Al final Nadia tendrá razón. Estoy más pillada por Carlos de lo que creía.



Es Ernesto, respiro aliviada. El hombre acerca una silla a mi sitio y comienza a explicarme mis nuevas funciones, qué es lo debo hacer y cómo. Básicamente se trata de lo mismo de antes, solo que no redactaré los informes, sino que corregiré los que me envíen mis compañeros. ¡Vaya! Me he convertido en importante y todo. Ese trabajo lo realizaba Ernesto, por lo visto el hombre tiene otros proyectos o no sé y quiere liberarse de carga. Seguirá siendo mi jefe y delegará parte de su trabajo en mí. Es mucha más responsabilidad, aunque estoy contenta. ¡Vuelta al trabajo y con premio! Espero que no esté envenenado.

El resto de la mañana transcurre entretenida, intento ponerme al día con las obras nuevas, los proyectos futuros, las obras terminadas. Sigo sin noticias de Carlos y es mucho mejor para mí. Así me encuentro más cómoda.

Ernesto no ha comentado nada de su ausencia y no seré yo la curiosa que lo haga. No me importa... bueno un poco sí. Pero me mantendré firme.

El día de trabajo ha resultado agotador para mí. La falta de actividad de estos días atrás me ha pasado factura. Apenas he comido una manzana, he querido empaparme de todo lo que estaba sucediendo en la empresa durante mi ausencia.

En cuanto apago el ordenador y me echo la mochila al hombro alguien golpea la puerta. Mi espalda se tensa, estos sustos me van a matar. No son buenos para mí.

—Adelante —digo.

—¿Todo bien? —pregunta Ernesto.

—Sí, sí. Por hoy he tenido suficiente —contesto nerviosísima.

—En pocos días te pones al corriente de todo.

—Ojalá. Es mucha la responsabilidad la que tengo ahora.

—Confío en ti —confirma el hombre barrigón y con pelos en las orejas situado frente a mí.

—Espero estar a la altura —declaro incómoda por la situación. Tanto halago y elogio no me van.

Salgo de la oficina como alma que lleva el diablo. No quiero eso. He salvado el escollo de Carlos y llega Ernesto con sus zalamerías. No, no y no. Haré mi trabajo de forma eficiente, que lo reconozcan cuando deban y punto. Es más que suficiente.

Antes de llegar a casa me paso por la farmacia donde trabaja Nadia, necesito ponerla al corriente de todo. Está muy liada y apenas podemos hablar.

Me pregunta con gestos si he visto a Carlos. Como niego con la cabeza señala con la mano y me indica que más tarde hablaremos. No nos hace ni falta hablar para entendernos.

Regreso a casa, cuando voy a buscar las llaves en mi mochila, noto que algo impide que esta se mueva del lugar en el que está apoyada, es decir, mi espalda. Realizo un movimiento algo brusco que hace que se me resienta el cuello y la espalda con el que logro traer la mochila delante de mí. Con la mochila viene un hilo del mismo color que mi jersey, tiro de él y noto que algo ha sucedido detrás. Me he cargado el jersey. Parece que el hilo se ha enganchado en la cremallera trasera de la mochila y he deshecho el tejido a medida que he tirado. ¡No me lo puedo creer! Pensé que con el accidente de coche ya había cubierto mi dosis de calamidades por una larga temporada, pues se ve que no. Vuelvo a mi estado original.

## Calma

*E*l cambio del horario de piscina me ha sentado genial. Así en cuanto acabo del gimnasio, me doy una ducha y lista para dar una vuelta. Prefiero hacerlo en casa y echarme mis potingues y esas cosas, pero hoy he quedado con Nadia. Ya empieza a hacer bueno y las terrazas aparecen como los caracoles cuando llueve. Será algo tranquilo. Aún no estoy para muchos trotes.

Como siempre, Nadia llega arrolladora, aunque salga de trabajar y no haya pasado por casa está estupenda.

—¡Hola, loca! —saluda al verme sentada en una silla de una terraza cercana a mi casa. No es el mejor sitio, aunque se está bien.

—Hola, ¿qué tal el trabajo? Estabas a tope cuando he ido —digo y aparto la mochila maldita que ha arruinado mi jersey; creo que ni siquiera mi madre podrá arreglar.

—¡He acabado agotada! Parecía que se iba a desatar una catástrofe nuclear o algo parecido. No he facturado tanto en mi vida. ¡Una caña! —grita al muchacho que viene raudo a nuestra mesa—. Bien fría.

—Bueno, ya estás de relax —confirmo y sonrío ante su comportamiento con el camarero.

—Sí, sí, cuéntame ¿tú qué tal? —Me da un codazo.

—Bien y mal —comento sin saber qué es lo bueno y qué es lo malo de todo lo que me ha pasado en el día.

—¡Una caña bien fría! —exclama el camarero al dejar la copa sobre la mesa.

—No como tú —le dice Nadia.

—¿Perdón? —pregunta el camarero sorprendido.

—Que no como tú —le espeta tal cual—, tú estás muy *hot* —añade en un perfecto inglés.

El chico no sabe muy bien qué hacer. No se esperaba esa respuesta. Rápidamente se recompone. No es nuevo, y no creo que sea la primera vez que alguna mujer le suelta una barbaridad. Pero con Nadia nunca se sabe.

—No lo sabes muy bien —sugiere él—. Salgo en un par de horas. Luego hablamos.

—Vale —confirma ella, entonces coge el vaso y bebe como si nada.

—¿Así sin más? —cuestiono alucinada.

—Mira, loca, desde que has sufrido el accidente no he salido como debería. Tú me entiendes, así que ya sabes, el calorcito altera al personal y yo estoy muy alterada —subraya echándose a reír y yo con ella. Nadia es única.

Continuamos hablando, le cuento mi día, el cambio de mi ubicación, de mis funciones y ella, como es lógico, ya que es mi amiga se alegra por mí.

Por supuesto, soy un poco reticente sobre todo si me va a tocar trabajar al lado de Carlos a diario. Hoy no lo he visto, y eso ha servido para que me ponga al día y me centre, mañana... Los sabios consejos de Nadia me animan. Ella es de la opinión de que las cosas pasan porque tienen que pasar. Si comparto despacho con Carlos, será porque así debe ser. También me ha aconsejado que reserve mis instintos animales para fuera del trabajo, que me conoce. Ahí le he parado los pies. No voy a cometer el mismo error dos veces. No quiero jugármela de nuevo. Además, Ernesto se ha portado conmigo genial, me ha visto el culo, eso sí, y yo a él vestido en ropa deportiva. Se podría decir que casi estamos empatados.

Después de un par de cañas más, un cuenco de patatas fritas, uno de gominolas y otro de aceitunas me voy a casa. Me noto un poco tocada. No me he dado cuenta de que me medico y eso unido al alcohol hace que me sienta un poco mareada. Aunque solamente tomo una pastilla por la mañana, es fuerte, porque llevo un globo considerable. O eso o que he perdido la costumbre de beber.

A Nadia la he dejado con su plan. Es incorregible. Sin embargo algo está muy claro: si una tiene necesidades y las puede cubrir ¡Adelante! ¡Que nos quiten lo bailao!

Ni ceno, me meto en la cama directa. El día ha estado lleno de emociones. Trabajo, piscina y cañas con Nadia. ¡Perfecto!

Al día siguiente voy derecha al cubículo de Carlos. Espero que me asignen uno pronto, o que me instalen un ordenador para mí. No me siento cómoda trabajando en su ordenador. Es como si pudiera estropearle algo en lo que

trabaja superimportante para él y no quiero ser la responsable. Y como me conozco, es probable que eso suceda.

Me pongo con el trabajo del día anterior que quedó pendiente. Ernesto aparece y cada vez que ocurre me da un vuelco el corazón. Cuando llama a la puerta me altera, creo que puede ser Carlos y me descontrolo. Pensándolo detenidamente, Carlos no tendría por qué llamar a la puerta, ya que esta es su oficina. A partir de este momento cambiaré el chip, si vuelve a suceder sabré que es Ernesto. ¡Tranquilízate Rebeca!

El resto de días transcurren en una calma total sin rastro de Carlos. Ernesto no explica nada al respecto tampoco. Quizá se encuentre de viaje para valorar algún terreno, pese a que no he oído nada en el comedor. Eso es algo que se suele saber, por lo menos antes. Todos sabíamos quién viajaba o dónde estaban los nuevos terrenos. Nadie comenta nada de Carlos y yo calladita que estoy mejor.

Ernesto me ha sugerido que utilice el correo electrónico de Carlos para comunicarme con otros departamentos hasta que me asignen uno a mí. No me gusta la idea, no me queda más remedio. Eso sí, me identificaré antes de escribir. Es un rollo, y no tengo otra alternativa.

La bandeja de entrada del correo de Carlos está a rebosar, con un montón de correos sin leer. Algunos son alemanes, lo identifico por la dirección del remitente. Y porque en el asunto no entiendo lo que pone. No abro ninguno. Observo que uno de los remitentes se repite todo el tiempo con la dirección: *ang.Dekorateur.de*; no hay que ser demasiado lista para reconocer que *ang* corresponde a Angela y no sé alemán, pero es probable que Dekorateur sea decoradora. ¡Zorra! Sigue molestándolo y me pregunto y ¿a mí eso debe importarme? Pues parece que sí. Y no entiendo por qué.

## Chispas

¡*P*or fin es viernes! Nunca pensé que pronunciaría esa frase con tantas ganas, pero esta semana ha sido dura. Ha habido mucho trabajo. Las sesiones con Adrián cada vez son más fuertes. El calor empieza a apretar y todavía no estoy al cien por cien. Así que necesito desconexión total. Deseo que llegue la hora de salir para ir a la piscina y por último quedar con las chicas. Hoy saldremos todas.

Falta media hora para finalizar mi jornada, lo sé porque lo único que hago es mirar el segundero de mi reloj moverse. No me apetece hacer nada y empleo mi tiempo en eso: en observar el reloj. Lllaman a la puerta. Debe de ser Ernesto que viene a despedirse de mí y a desearme buen fin de semana.

—Buenas tardes, Rebeca —saluda al abrir la puerta.

—Pasa, Ernesto —digo y finjo que trabajo; no es plan de que me pille mientras contemplo el segundero de mi reloj como si fuera un ente extraño.

Alzo la vista y veo que Ernesto viene acompañado de Carlos. ¡Madre mía! ¡Qué guapo! Lleva una camiseta de manga corta color azul marino con un bolsillo en su pecho izquierdo. El mismo pecho en el que tiene tatuado una tabla de surf en honor a su amigo fallecido. La manga de la camiseta no deja ver mucho sus tatuajes, esos que he recorrido con mis dedos y en los que he clavado las uñas cuando me ha llevado a un orgasmo arrebatador. ¡*Pff!*, ¡qué calor! Solo de pensarlo me pongo cardiaca. Incluso los vaqueros manchados con barro en los bajos, hasta eso me pone cachonda y las botas de trabajo. ¡Joder!

—Hola, Rebeca —saluda también y yo lo miro agilipollada—. Bienvenida —añade tendiéndome la mano.

—Hola, Carlos —Le correspondo y me levanto del sillón para devolverle el apretón de manos—. Muchas gracias.

—Yo me voy —concluye Ernesto para romper la tensión sexual no resuelta que ha invadido el cubículo. Los grados han subido considerablemente.

—Hasta el lunes, Ernesto —se despide Carlos como si tal cosa.

—Adiós —murmuro con la poca saliva que me queda en la boca. Se me ha secado, sin embargo mis bragas se empiezan a deshacer por el calor acumulado. ¡Así es! Para qué negarlo.

—¿Qué tal estás, Rebeca? —pregunta Carlos.

—Bien, mejoro poco a poco —contesto a la vez que me siento en su silla, ¿o se la tengo que ceder no sé ni qué hacer?

—Esas lesiones traen problemas. Son difíciles de curar.

—Eso me han dicho.

Parece que el ambiente es cordial y que no tiramos a matar como en otras ocasiones. Aunque permanezco en tensión. Esto no es bueno para mi espalda.

—Espero que mantengamos la cordialidad a partir de ahora que parece que nos toca compartir despacho —manifiesta.

—Yo también, aunque lo del despacho no es seguro según me ha comentado Ernesto.

—Es definitivo, Rebeca —corroboro serio y mi cara debe de cambiar por completo porque Carlos continúa—. No soy tan malo, ¿no?

—No. Sí. No sé. —farfullo—. Pensé que sería algo momentáneo.

—Pues parece que no —dice él mordiéndose el labio y creo morir, ¡qué morbo!—, lo siento.

—No. No lo sientas. No estoy en condiciones de elegir. Demasiado que Ernesto me ha ofrecido esta nueva oportunidad. —Recobro la cordura por un momento.

—Todo cambiará, tómalo como un periodo más o menos largo.

—¿Por qué dices eso? —pregunto curiosa.

—Yo me iré en cuanto encuentre otra cosa y solucione mis problemas fiscales en Alemania.

—¿En serio? —suelto sorprendida.

—Sí —contesta algo incómodo—. Nada más he pasado a darte la bienvenida, me voy, mira que pinta llevo. —Pasa sus manos a lo largo de su cuerpo y pienso: ¡fuego! Eso es lo que causas. ¡Fuego en mi cuerpo!

En cuanto Carlos desaparece de mi vista. Apago el ordenador y resoplo. He de salir a la calle. Necesito aire. Noto un no sé qué en el cuerpo que me produce taquicardias. Sí sé lo que sucede: un calentón considerable. Al final

Nadia tendrá razón. Entre el calorcito que altera al personal y que hace mucho que... exactamente todo el tiempo que he estado despedida. Necesito salir con las chicas.

Ya en la calle y un viento caliente me azota en la cara. Esto no era precisamente lo que necesitaba. Preciso aire fresco que me baje la temperatura del cuerpo, más concretamente de mi entrepierna.

Espero que en la piscina se me pase un poco este calor. Llego a casa, me cambio de ropa y me dirijo al gimnasio. Todavía es pronto, pero permaneceré en remojo un rato. Adrián está libre así que se pone conmigo y me da caña, que es justamente lo que preciso. Si me canso no pensaré en otras cosas.

Al salir del gimnasio las chicas me esperan en la terraza en la que Nadia ligó el otro día. Por lo que parece dio la vuelta al ruedo, cortó orejas y rabo porque coquetea descaradamente y el camarero, que se llama Fran, tiene demasiadas atenciones con ella. ¡Necesito novedades!

Susana trae a la pequeña Nuria que está para comérsela. Mientras la bebé juguetea con unas y con otras, nosotras nos ponemos al día. Las conquistas de Nadia, Sonia nos cuenta que su medio novio parece que va en serio y que en breve nos lo presentará ¡al fin saldremos de dudas! Sabremos si es un ogro o es un maromo potente. Yo no explico nada sobre mis novedades. Solo Nadia sabe que trabajo en el mismo cubículo que Carlos. Cuando se vayan le contaré todo lo que me ha pasado en los últimos minutos de jornada laboral. ¡Chispas! Eso es lo que ha sucedido. Han saltado chispas entre nosotros, y creo que él también lo ha percibido. Pero hasta que Nadia no me dé su opinión al respecto no adelantaré acontecimientos.

Susana se va pronto con su bebé. Sonia dice que ha quedado con su novio misterioso y se marcha. Este fin de semana saldremos de dudas y al fin lo conoceremos. Nadia se queda conmigo. Le pongo al día de todo. Me confirma mis sospechas y no me gusta oírlo en boca de otra persona. Afirma que estoy perdidamente enamorada, o bien que mi reacción se debe a mi sequía sexual que provoca que mi cuerpo reaccione ante los estímulos externos. Como trabaja en una farmacia, a veces, usa términos médicos para todo.

Necesito reflexionar detenidamente. Además Fran acaba el turno. Está esperando a Nadia y no seré yo la «sujetavelas» de turno.



## TSNR

*E*l sábado por la noche quedamos Sonia, Nadia y yo. Es la primera vez que voy a salir desde que tuve el accidente. Estoy ilusionada y también un poco cauta. No quiero fastidiar mi recuperación. Adrián me ha especificado que nada de usar zapatos de tacón. Eso me fastidia. Con lo mona que iba a ir yo. Pues no. Sandalias planas. Todo sea por mi salud.

Vamos al bar de siempre para calentar el ambiente. Todas tenemos ganas de jugar. Nadia está especialmente animada esta noche. Se ve que Fran es todo lo *hot* que ella necesita. Me alegro. Se ven, se gustan, follan, y cada uno a su casa. ¡Qué fácil sería si todos siguiéramos esas instrucciones! Pues no. Nos empeñamos en complicarnos la vida y como muy bien dijo Carlos: la vida es así, siempre hay riesgos y uno de ellos es enamorarse. Que me lo digan a mí que evalué todos los riesgos existentes en las obras y no veo los que hay en mi vida. ¡No tengo remedio!

Reímos, bebemos y nos vamos a otro bar. Necesito bailar. Me apetece. Se me van los pies en cuanto escucho música. Estoy muy contenta. Parece que mi vida se encarrila otra vez. Manejo un pequeño asunto entre manos por solventar. Ese asunto se llama Carlos y no sé muy bien cómo lo haré, aunque no quiero pensar en ello ahora. Me divierto de lo lindo.

Sonia desaparece unos minutos y vuelve a reaparecer de la mano de un chico no muy alto, de pelo castaño, ojos claros y cara de buena persona. No es ni un chulazo de los que quitan el hipo ni un ogro. Es un chico normal, tirando a guapete, pero para mi gusto un poco bajo. Si a ella le gusta. ¡Adelante!

—Chicas, él es Raúl —dice encantada.

—Hola, Raúl, soy Nadia —saluda mi loca amiga.

A su lado el pobre parece un ser minúsculo. Nadia siempre va con sus tacones y ofrece una imagen arrolladora. Además es muy alta.

—Yo, Rebeca. —Le doy dos besos también.

—¡Chicas, es mío! ¡Manos fuera! —amenaza Sonia. Todas reímos.

—Manos fuera, sí, aunque ojos y otras partes más apetecibles no —añade Nadia airosa. Sonia la fulmina con la mirada y ella se ríe de forma escandalosa. El pobre Raúl no sabe ni dónde meterse.

Seguimos con la juerga acompañadas de Raúl que poco a poco coge confianza mientras Nadia y yo bailamos y bebemos. Y como me ocurre siempre necesito evacuar. Voy al baño. Cuando salgo no encuentro a un hombre esperándome como en otras ocasiones, he de reconocer que me hubiera gustado. Llego hasta donde se encuentran mis amigas y Nadia se acerca a mí y me dice

—Rebe a las nueve menos cuarto. —Me giro descaradamente porque el bar está bastante lleno. Será alguno de esos maromos que ella encuentra con su maravilloso radar.

—¡Joder! —exclamo mirando a un grupo de chicos muy altos, y muy rubios, y muy guiris que hay al fondo del bar.

—Parecen un equipo de futbol alemán —comenta mi amiga mientras observamos al grupo de hombres fornidos.

El grupo parece que cambia de posición y nosotras seguimos expectantes a sus movimientos. Algunos se giran y prometían más. Otros continúan en la misma posición bebiendo cervezas como si fuera agua. En uno de esos movimientos veo un cuerpo más pequeño, no es que sea pequeño, rodeado de semejantes moles lo parece. Se gira y es Carlos. Sonríe. Me ha visto y yo a él. Nuestras miradas se encuentran. Creo que he sonreído. Él mueve la mano y yo lo imito. Estoy agilipollada perdida.

—¡Loca! Menudos amiguitos tiene tu empotrador —Nadia se ríe de mí.

—¡Calla! No es mi empotrador —digo enfadada.

—Pues no sé qué será, hija, pero entre la cara de gilipollas que se te ha puesto y la de él, aquí lo que pasa es que hay TSNR —resuelve.

—Déjate de bobadas y de tensiones sexuales no resueltas. Es mi compañero de trabajo, con el que comparto oficina. Punto —suelto seria.

—Ya —sigue con su ataque—. Lo que tienes que hacer es tirártelo tantas veces como sea necesario y punto —sentencia.

Las palabras de Nadia me hacen pensar. No. Es mi compañero. No quiero tentar a la suerte. Debo comportarme. En vista de mi éxito buscando trabajo no debo hacer de nuevo el tonto.

Nadia y yo seguimos bailando. Sonia permanece a nuestro lado, sin embargo está pendiente de Raúl, como es lógico. Seguimos a lo nuestro cuando noto un toque en mi espalda, me giro y veo a Carlos con una sonrisa arrebatadora en la cara. ¿Por qué hace estas cosas? Me descoloca.

—Hola, Rebeca, buenas noches —saluda.

—Hola, Carlos. —Le doy dos besos y no sé por qué he hecho eso, me ha salido así.

—Ven quiero presentarte a algunos de mis amigos de Dusseldorf —dice mientras me agarra de la mano, yo miro de forma alternativa a Nadia, que hace gestos obscenos, y a la masa de hombres enormes que me miran expectantes.

—No es necesario —comento sin saber muy bien qué hacer.

—Sí, verás, son muy simpáticos —añade Carlos.

No me queda más remedio que acceder, Carlos me presenta uno a uno. Ellos no hablan nada de español y yo de alemán tampoco así que les doy dos besos a cada uno a medida que me dice sus nombres: Darius, Lars, Edgar, Joachim, Otto y Harald. De repente me veo en medio de un círculo, rodeada por unos tipos el doble de grandes que yo. Empiezan a cantar algo que no sé muy bien qué significa, me intimidan. Entro en pánico. Carlos me ve la cara desencajada y acude en mi ayuda.

—Es una vieja canción que sirve para halagar a las mujeres bellas —explica Carlos muy cerca de mi oído. Eso me eriza la piel, también me pone nerviosa. No me gusta ser el centro de atención.

—Estos machitos no se atreverían de uno en uno conmigo. Juntos hacen fuerza, pero me los meriendo sola —digo sacando la soberbia que habita en mí.

Carlos traduce todo lo que comento a sus amigos y unos silban, otros mueven las manos y otros exclaman algo que no entiendo, que rápido me traduce Carlos. Algo así como que «qué carácter tengo, pequeña, pero matona» o algo parecido. ¡Que se lo pregunten a su amigo el español!

Tras ese alarde de masculinidad propia de la era prehistórica me despido de Carlos. Él me especifica que está con sus amigos y yo con mis amigas. Cada uno por su lado. Mucho mejor así.

En cuanto vuelvo Nadia se troncha de la risa. Soy para ella un motivo de mofa. Me ha llamado «mujer de las cavernas» al oír mi reacción. Estoy cansada, mi noche se acaba aquí. Necesito tumbarme, estirar las piernas y reposar la espalda.

Llego a casa molida. Quiero descansar y dormir muchísimas horas.

## ¡Soy su novia!

*E*l resto del fin de semana ha pasado tranquilo. En familia.

El lunes lo enfoco con ilusión. Siempre ronda Carlos por mi mente, pero he de convivir con ello, por mi economía y por mi salud mental. He vuelto a pensar en la opción que me sugería Nadia. La de follar con Carlos hasta que me canse, aunque no es la solución. Tengo que empezar de nuevo con buen pie. No quiero fastidiarla otra vez.

El lunes no veo a Carlos por la oficina. Lo prefiero. Así estoy mucho más tranquila y centrada. Por Ernesto sé que ha ido a Alemania a terminar de arreglar sus asuntos pendientes. Su bandeja de entrada sigue recibiendo mensajes de la tal Angela, que de ángel tiene más bien poco, diría yo. No entiendo nada de lo que indica en el asunto, cojo el traductor e introduzco alguna de las palabras de uno de los mensajes escogidos al azar. Leo: *Ich liebe dich*. En cuanto escribo esas palabras en el traductor alucino: *Te quiero*. Alucino. Me siento mal por inmiscuirme en los asuntos de Carlos, esta tía no creo que le esté haciendo bien. Dejo el tema aparcado, he de centrarme en lo mío.

A media mañana me llaman por teléfono, en realidad a Carlos, porque es el teléfono de su oficina.

—Buenos días —saluda una voz al otro lado. Es dulce, es una mujer, con un marcado acento alemán si no me equivoco.

—Buenos días —contesto.

—¿Puedo hablar con Carlos? —pregunta amable.

—No está.

—No puede ser verdad —dice altanera la mujer al otro lado de la línea telefónica—. Me acaban de pasar a su teléfono.

—Pues no está, si quiere cuando vuelva le digo que usted ha llamado —añado servicial.

—Y, ¿tú quién eres? —interroga altiva. El tono me toca la moral.

—Una compañera —confirmo y no miento.

—Carlos no tiene compañeras —espeta y ahí ya no puedo más.

—Tiene usted razón señorita, no soy su compañera. Soy su novia —suelto y cuelgo.

Estoy temblando. Nunca antes había hecho algo parecido. No sé por qué he defendido así a Carlos. Él solo puede desenvolverse en la vida, el ataque gratuito de esta tía me ha puesto de los nervios. Creo que era Angela, si no lo era igualmente se ha comportado de una forma muy maleducada. Espero que Carlos no se moleste. Se lo explicaré en cuanto vuelva.

Siempre busco situaciones complicadas, hacía demasiado que no me veía en algo embarazoso, ¡pues conseguido! Le he dicho a una tía alemana que soy la novia de su ex. ¿Es o no es algo ridículo? Pues esa soy yo. Un poco irresponsable, ridícula y torpe.

Carlos no aparece en todo el día. Ya me dijo Ernesto que se encontraba en Dusseldorf, lo que me extraña es que su ex no se haya enterado de que ha vuelto. Mejor, que se fastidie.

En cuanto salgo de trabajar voy a la piscina y después llamo a Nadia. Todavía sigo dándole vueltas a lo que he hecho. Me he autoproclamado la novia de Carlos. Ella se ríe de mí, insiste en que estoy más loca y más enamorada de Carlos de lo que quiero admitir y que me lo tengo que hacer mirar. Que no es lógico lo que he hecho. De no querer nada con él a declararme su novia. Y lo más gordo de todo es que el interesado no lo sabe.

No sé por qué, pero este lío me va a salir caro. Debo explicarle a Carlos todo. He de ser yo y no otra la que le diga de primera mano qué he hecho y por qué lo he hecho.

El martes Carlos tampoco aparece por la oficina. Estoy que muerdo. Necesito aclarárselo y no hay manera. He pensado en llamarlo por teléfono, quizá esté demasiado ocupado en Dusseldorf como para hacerme caso. En un rato que coincido con Ernesto intento sonsacar información, que cuando viene Carlos, que si tiene para mucho, el muy ladino me dice que de repente nuestro mucho interés en él. ¡Será capullo! No es interés en él, bueno, un poco sí, más bien interés en aclarar un asunto que puede que le reporte consecuencias

nefastas. ¡Prometo que lo hice por ayudar! Aunque mis intenciones casi siempre distan bastante del resultado final.

La natación me ayuda bastante para canalizar mi estado de ánimo, aparte de ayudarme en mi recuperación física, descargo mis frustraciones que en este momento son muchas. ¡Necesito ver a Carlos! ¡Maldito! Antes aparecía en mi vida sin previo aviso y de pronto se lo ha tragado la tierra. Nunca pensé que desearía verlo tanto como ahora.

## TSR

*E*l jueves por fin me entero a la hora de comer que Carlos aparecerá de un momento a otro. Respiro aliviada, pero las ganas de verlo aumentan más y más. Como y me pongo a trabajar. Finalmente no aparece por la oficina. Me han engañado o Carlos está en otro lugar, pero por su cubículo ni asoma.

El viernes llego a la oficina con la esperanza de que esté allí. He de confesar que me he puesto un poco más mona que de costumbre, pantalón como siempre, con una blusa muy bonita de cuello Mao color gris que me sienta fenomenal. Mi pelo ya vuelve a ser el mismo y puedo llevarlo sin horquillas. Fui a la peluquería a retocar el corte, no volveré a pasarme la tijera yo sola. Parece que aprendo de mis errores. Si voy a dar explicaciones a Carlos, por lo menos que me vea mona ¿no? Qué bobadas hacemos las mujeres.

Paso la mañana sin compañía, Ernesto me carga de trabajo y no paro. Carlos sigue sin aparecer. Como casi todos los viernes prácticamente me encuentro sola en la oficina. ¡Qué listos mis compañeros! Si antes no aprovechaba para escaquearme ahora mucho menos, estoy hasta arriba de trabajo. Muchos disfrutan de sus vacaciones también, así que la plantilla es reducidísima.

Vuelvo de recoger unas fotocopias en la impresora. Al entrar al cubículo noto la fragancia que usa Carlos de forma más acusada. Cierro la puerta y lo encuentro sentado en su sillón.

—Buenas tardes, Rebeca —saluda con una sonrisa.

—¡Qué susto, Carlos! —exclamo a la vez que doy un salto y esparzo todas las fotocopias por el suelo.

—Perdóname —se excusa y se levanta para ayudarme a recoger el taco de fotocopias del suelo.



—Nada, nada, venía distraída —digo e inhalo su fragancia de forma disimulada.

—Terminamos de recoger todos los folios. Nos quedamos los dos frente a frente. He de explicarle lo de Angela.

—Carlos, tengo algo que contarte —murmuro cortada.

—Lo que quieras —dice él dándome el resto de las hojas.

—El otro día llamó una chica alemana preguntando por ti y bueno... pues se puso un poco insolente y ... —No sé ni por dónde empezar.

—Gracias, Rebeca —suelta y mis ojos se salen de las órbitas.

—Gracias, ¿por qué? —pregunto.

—Por quitarme a Angela de encima —declara sonriendo.

En cuanto me dice eso respiro aliviada, lo acorralo contra una de las paredes opacas del cubículo. Tiro las fotocopias sobre la mesa, lo apoyo contra la pared, le agarro el paquete de forma descarada y empiezo a besarlo. No sé que me ha dado, ha sido algo instintivo, algo animal. Los besos que doy a Carlos son agresivos, incluso creo que le muerdo los labios. Él, como siempre, me corresponde. Los dos jadeamos. Proyecto la frustración de todos estos días en Carlos, aunque parece que ni a él ni a mí nos importe. Estoy muy excitada. Necesito el contacto con su piel. En estos minutos no me interesa nada más que Carlos, su boca, su sexo y él. Puede que haya perdido la cabeza. Estoy segura de ello. Es algo irremediable para mí. No me importa nada. Si vuelven a pillarnos con las manos en la masa iré de nuevo en la calle y no me importa. Estoy cegada.

Carlos no se queda quieto, sus manos ya se encuentran bajo mi blusa, se lo pongo hasta fácil. Si es que lo deseo, deseo que me toque, que me bese y que me folle como no ha hecho otro hombre antes en mi vida.

Los tórridos besos continúan. Los dos estamos excitadísimos. Noto la polla de Carlos bajo mis manos. Está muy duro y yo muy húmeda. Con un movimiento casi imperceptible cambiamos las posiciones. Ahora Carlos lleva la iniciativa. No me importa en absoluto, sabe lo que necesito y siempre me lo ha dado. Me apoya sobre la mesa, retira los folios, el teclado del ordenador y se arrodilla. Si ahora me pide matrimonio ¡me caigo de culo! No, no, me he equivocado... Se agacha para quitarme las botas y desabrocharse las suyas, me ahueca el culo y me baja el vaquero, se queda mirando mi sexo que aparece en cuanto me saca las braguitas.

—Rebeca, llevo deseando esto mucho tiempo —dice con voz de excitación

total.

—Yo también—admito.

Carlos realiza un recorrido dándome besos por el interior de mis muslos. Creo entrar en erupción. Necesito acción ¡ya! Se entretiene un poco en mi sexo, lo justo para lubricarlo más de lo que está. Se baja el vaquero y se inserta en mí. ¡Dios! ¡Qué placer! ¡Lo he echado de menos! Lo reconozco. Comienza a bombear dentro de mí. Mis piernas reposan sobre sus hombros, tumbada sobre la mesa donde el resto de la semana me dedico a trabajar. No puedo pensar. No puedo respirar, solamente puedo sentir. Sentir a Carlos dentro de mí. Es un acto físico, porque lo es, aunque me temo que Carlos también se ha metido dentro de mi cabeza y de mi corazón. Estoy enamorada, ¿qué más puedo hacer? De momento disfrutar del polvo colosal que me está echando y que me transporta a otra dimensión. Continúa con sus movimientos, me acaricia las piernas, juega con mi clítoris, con mis pechos, y yo no hago nada, me dejo llevar por el orgasmo arrebatador que me hace gritar de puro gusto. Si alguien en la empresa dudaba que entre Carlos y yo hubiera algo, creo que después de mi grito no deja lugar a dudas.

Tras mi orgasmo Carlos acelera de forma brutal. Si no me tuviese sujeta por las piernas, me podría haber lanzado con uno de sus empujones contra la pared contraria. El ritmo es bestial, la fricción máxima. Cosa que hace que vuelva a experimentar otro orgasmo a la vez que lo alcanza él. ¡Maravilloso! Este hombre tiene este don, y de momento lo voy a disfrutar ¿Por qué no?

En cuanto todo termina. Carlos se sale de mí. Yo me incorporo. Nos miramos y nos abrazamos. No ha sido algo premeditado. Ha surgido así. No sé ni qué decir. Estoy atolondrada. Me visto como puedo y recompongo mi estado primitivo. Más que nada por si alguien se acerca o entra.

—Ahora sí, ¿no? —pregunta con una sonrisa abierta.

—Ahora sí, ¿qué? —insisto borde, lo reconozco.

—Ahora que vas diciendo por ahí que eres mi novia sin yo saberlo, lo serás, ¿verdad?

—¡Ni de coña! —espeto.

—¿Cómo? —suelta alucinado.

—Lo hice por ayudarte y porque me trató un poco mal —me justifico.

—Te has vuelto a jugar tu puesto de trabajo otra vez al hacerlo de esta forma tan salvaje conmigo, le dices a mi ex que eres mi novia y ¿no quieres serlo? La verdad es que no entiendo nada —declara frustrado.

—Pues ya lo ves —Dejo caer los brazos.

—¡No hay quien te entienda! Asumes riesgos que luego no te llevan a ningún lado —brama.

—Eso me dijiste una vez que la vida tiene sus riesgos, y que uno de ellos podría ser enamorarse —contesto parafraseándolo.

—Pues ¡corramos ese riesgo, Rebeca! Tú y yo juntos —añade entusiasmado—. Juntos podremos con todo. No estaba en mis planes volverme a enamorar, pero sucedió —justifica sereno.

—Creo que no sabes dónde te metes. —Sonrío. Carlos se aproxima a mí y me abraza.

—No digas tonterías. —Me acaricia la cara.

—Yo te aviso, atraigo a la desgracia y si quieres situaciones embarazosas conmigo no te aburrirás.

—Estoy deseando no aburrirme, Rebeca —concluye y me vuelve a besar.

## Epílogo

### Tiempo después

—¡Venga, Rebeca! Que no llegamos —grita mi madre.

—¡No encuentro la tuerca del pendiente mamá! —exclamo histérica.

—Estaba todo listo en el tocador de mi habitación —dice mi hermana—. ¡No llegamos, Rebe! ¡Por Dios! ¿Ni el día de tu boda te vas a comportar? — recalca; a veces parece ella la mayor y yo la pequeña.

—¡Lista! —exclamo y estiro mi vestido de novia.

—¡Estás preciosa, hija! —manifiesta mi padre con un puchero.

—¡No llores, papá! Porque si tú lloras, yo también y el maquillaje se echará a perder y seré la novia más fea del universo —intento animarlo.

—¡Vamos! —nos apremia mi hermana.

Mi madre y mi hermana van en el coche de esta última y yo y mi padre en el de mis padres, él es padrino y el que llevará a la novia.

Hoy es el día de mi boda. Después de dos años de relación con Carlos nos casamos. Yo no lo tenía muy claro, pero al final ha resultado que nos entendíamos. Lo que empezó de forma desastrosa parece que termina bien.

Hemos organizado algo sencillo. No queríamos nada muy pomposo con asistencia de más amigos que familiares, porque hemos decidido que nuestra boda sea como nosotros deseamos. Con pocos convencionalismos, de hecho, mi vestido de novia es de color azul eléctrico. Sí, nada usual, no me apetecía ir de novia clásica, tampoco me caso en una iglesia, así que no era muy de recibo ponerse un traje al uso.

De camino al ayuntamiento mi padre no deja de sorberse la nariz, está pasando un rato pésimo. Espero que mejore, me sabe mal por él.

Llegamos al ayuntamiento. Nuestros amigos nos esperan expectantes. Allí están Nadia, espectacular como siempre, Sonia y su novio Raúl, que al final resultó ser duradero, Susana, su marido y Nuria que es una muñequita.

También veo a los amigos alemanes de Carlos. Nuestra presentación de hace unos años fue un poco caótica, pero eso quedó atrás. Son unos tíos estupendos. Observo más amigos por aquí y por allá que nos saludan.

Nadia se acerca a mí y me da un ramillete de flores que van en consonancia con mi vestido, nadie me conoce mejor que ella. Entro del brazo de mi padre mientras suena una canción de Metallica, *Nothing else matters*, hasta en eso somos originales.

La ceremonia es corta, bueno en realidad se alarga porque los anillos no aparecen. Mi madre se los había dado a mi hermana y mi hermana a mi prima, y no había manera de encontrarlos. Lo de siempre, inconvenientes que surgen. Sigo atrayendo a las calamidades.

Después de ese rato de no saber dónde estaban los anillos todo termina. Lluvia de arroz, de pétalos y de confeti nos unen a Carlos y a mí.

Tras las felicitaciones se forma un remolino alrededor nuestro. Pasa algo. Mi madre se ha desmayado. Toda la tensión vivida provoca que la mujer descargue sus nervios y se desmaye. ¿Avisamos a la ambulancia o no? Parece que se recupera, así que continuamos.

Vamos a comer al restaurante que regenta el tío de Carlos, el hermano de Ernesto. Que ha resultado ser un clon de él. Un hombre feo, con barriga y piernas finísimas, con más pelo en las orejas que en la cabeza, en definitiva un encanto de hombre.

Todo está buenísimo, lo pasamos genial. Carlos y yo hemos decidido no abrir el baile con el típico vals, eso está trasnochado y no nos apetecía bailar ese tipo de canción. Así que nos hemos marcado un *Dirty Dancing* a nuestra manera. Ensayamos un poco en casa antes, no obstante, no ha resultado como debería, todo se precipita cuando la costura de la espalda de mi vestido dice que hasta ahí ha llegado. Noto un ruido y se abre la tela dejando mi espalda al aire. Suerte que en cuanto mi amiga Nadia ha visto que se iba todo al garete ha sacado a mi padre a bailar y ha animado al resto de los asistentes a hacer lo mismo.

—¿Qué tal, Rebe? —me pregunta Carlos al oído.

—Bien, estoy agotada, pero bien —contesto acurrucándome en su pecho.

—No pensé que al final todo saliera bien —dice para hacerme rabiar.

—Ha salido regular, mi padre llorando, los anillos que no aparecían, el desmayo de mi madre, la rotura del vestido, ¿quieres que siga? ¡Ya sabías con quién te ibas a casar!

—Con la mujer más maravillosa, torpe, terca y especial del mundo.

—Todavía no ha acabado la noche —le chincho—. Me puedo caer y partir la pierna, sabes que puede suceder.

—¡Ven aquí! A partir de este momento permanecerás muy cerca de mí para que no llames a las desgracias.

—Te quiero —me declaro loca perdida por mi ya marido.

—Yo también te quiero, Rebeca.

© 2019, Vega Fountain

Primera edición en este formato: junio de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.  
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.  
08003 Barcelona  
[actualidad@rocaeditorial.com](mailto:actualidad@rocaeditorial.com)

ISBN: 978-84-17705-26-8

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.